

MORUENA ESTRÍNGANA

MI ERROR
FUE

*Confiar
en ti*



3

Parte 1

Click
EDICIONES

Índice

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[MI ERROR FUE CONFIAR EN TI](#)

[PARTE I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Dedico esta serie a mis lectores.

Gracias por estar conmigo en cada libro

y por vuestro cariño y apoyo constante.

¡Un escritor no es nada sin vosotros!

PRÓLOGO

La joven *lady* entró en la cafetería esperando encontrarlo, pero lo que vio hizo que su mundo se destruyera: el joven del que se creía enamorada se estaba besando con su compañera de clase. Hacía tan solo un rato que ella lo había seguido a la oscuridad de la noche y se había dejado seducir por él.

Anhelaba tanto ser besada por esos labios peligrosos y misteriosos, que no esperaba que él tardara unos minutos en estar al lado de Roberta con la misma complicidad con la que había estado con ella.

A pesar de que solo se trataba de un beso en la mejilla, ella notó que entre ellos había algo más.

Se fue de allí sin delatar su presencia, sin dejar que nadie viera como un reguero de lágrimas se derramaba de sus grandes ojos azules por lo sucedido. Pocas horas después, Liam le confirmó lo que en el fondo de su corazón ya sabía: que la habían engañado.

A raíz de este incidente, su vida cambió para siempre. Desde que nació había sido educada para ser la futura esposa del príncipe Liam; sin embargo, él no se había enamorado de ella, sino de Elen, una chica del pueblo de origen humilde por la cual Liam pensaba desafiar al mismísimo rey, su padre. Bianca se sentía feliz por Liam, pues ella tampoco sentía nada por él, así que aceptaría su destino y no diría nada, como siempre había hecho. Cuando el compromiso se rompió, su padre, el duque, la culpó de todo; para él era inconcebible que hubiera dejado escapar al príncipe. ¿Cómo era posible? ¡Con la cantidad de tiempo y dinero que había invertido para que su hijita se convirtiera en reina algún día! Incluso había pagado una fuerte suma de dinero para que en la universidad la adelantaran los cursos que le faltaban para ir a la misma clase que el príncipe Liam —él le sacaba tres años—, y todo para nada.

Bianca se sentía muy mal ante un futuro incierto donde su padre, una vez más, movería los hilos por ella. Y lo peor de todo era que seguía recordando a Albert. Sus ojos negros la perseguían allí donde iba y tampoco ayudaba mucho que, después de ese día, Albert intentara hablar con ella cada vez que se lo cruzaba en la universidad para, según él, explicarle lo que pasó. No tenía nada que hablar con él, y menos cuando le soltó, con toda su cara, que no se arrepentía de nada, que tenía sus motivos para hacer lo que había hecho. Ahora mismo lo odiaba con la misma intensidad con la que lo había empezado a querer, ya que, de no haber sentido nada por él, nunca se habría dejado embaucar de esa manera.

Estaba harta. Solo tenía diecisiete años y desde que tenía uso de razón nunca había tenido un momento para sí misma, siempre habían sido otros los que habían elegido por

ella y la habían manipulado. Quería ser libre por una vez en su corta vida. Con esa idea en la cabeza, Bianca preparó su huida, pero cuando su padre la encontró y le recordó que él era quien mandaba, asumió que no tenía más remedio que aceptar, que ella solo era una marioneta y su padre, el único que movía sus hilos. La vida que ella deseaba para sí misma tenía que quedar relegada a sus sueños y su imaginación, allí donde nadie tenía control sobre ella y podía sentirse completamente libre. Y donde de vez en cuando, aun sin quererlo, se colaban de rondón un par de ojos negros.

MI ERROR

FUE CONFIAR EN TI

PARTE I

CAPÍTULO 1

Dos años más tarde

BIANCA

—Estás preciosa esta noche.

Asiento sin perder la falsa sonrisa, esa que me han enseñado a practicar desde niña.

El hombre que está a mi lado tiene casi ochenta años y, si todo sigue su curso, pronto se convertirá en mi esposo. Reprimo el asco que me produce el solo pensarlo, y no solo por su edad.

Nunca me he sentido cómoda a su lado y saber que pronto tendrá poder sobre mí me causa escalofríos. Gracias a mi educación nadie lo notará... excepto yo, claro está, pero eso no importa.

Bajamos las escalinatas y nos dirigimos a la fiesta que está dando en su casa el conde Cypres, mi futuro esposo, en la que anunciará nuestro compromiso. Mi padre está junto a mi madre, contento, feliz por haberme conseguido lo que él considera un buen partido, pero yo me siento como una posesión que solo pasa de unas manos a otras. A pesar de que estamos en el siglo XXI, mi padre no me deja libertad para elegir. Tengo bien aprendida la lección: aceptar de día lo que de mí dispongan y llorar sola en mi cuarto por las noches.

Pero cuando pienso en la noche de bodas, en tener que acostarme con este hombre que bien podría ser mi bisabuelo, las náuseas vuelven y dudo si seré capaz de reprimirlas cuando ese día llegue. En mi interior sé que para mí será como una violación consentida. Y así me sentiré.

—Esta será una gran noche para mi pequeña —dice mi padre antes de darme un fingido beso en la cara. Cuando nos anuncian, el conde y yo entramos en la sala, yo cogida de su brazo, haciendo que todos los presentes se vuelvan a nuestro paso.

Los ignoro a todos y sonrío mientras saludamos a unos y a otros como si nada pasara, pero mi mente está muy lejos de aquí. Imaginando que estoy en otro baile y voy cogida del brazo de alguien muy diferente, alguien que me importa, que se va a prometer conmigo porque estamos enamorados.

En cierto momento requieren al conde y, tras disculparse, me quedo con mis padres.

—Tengo sed —digo. Mi padre me da permiso y me dirijo a la sala donde están las bebidas para tomar algo, lo que sea, con tal de quitarme este sabor amargo de la boca.

—Bianca.

Escucho mi nombre nada más salir del salón y pienso que debe de ser un error, que él no puede estar aquí, pero cuando su profunda y seductora voz vuelve a llamarme, dejo de engañarme y me giro para enfrentar a Albert. No lo he visto desde hace más de dos años. O, mejor dicho, no lo he querido ver, pues cuando hemos coincidido en alguna fiesta lo he ignorado completamente, sin tan siquiera caer en la tentación de buscarlo con la mirada.

—Milord —digo con postura altiva.

Lo observo. Está más increíble de como lo recordaba. Sus facciones se han perfilado en estos dos años que llevo sin verlo y eso solo lo hace más apuesto de lo que ya era antes. Su pelo negro le cae por la frente bronceada por el sol y sus músculos están más

marcados. A sus veinticuatro años, su belleza es más madura, pero aún quedan en él rastros de juventud. Es una mezcla peligrosa que no hace más que acelerar los latidos de mi corazón.

Sus ojos negros me miran serios, como siempre lo han hecho. Siempre fue un mujeriego y, por su imponente aspecto, estoy convencida de que lo seguirá siendo. No estaba preparada para verlo, y esta noche menos que nunca.

—Puedes dejarte de formalidades conmigo.

—No, no puedo —le digo con firmeza—. Y, si me disculpa, tengo mucha sed y cosas más importantes que hacer que estar aquí hablando con usted.

Me giro para irme, antes de que note lo mucho que me ha afectado tenerlo otra vez ante mí.

—¿Cómo puedes prometerte con ese viejo? ¿Por qué lo haces? ¿Tan importarte es el dinero para ti?

Me vuelvo enfadada por sus palabras y lo miro olvidándome de ocultar mis sentimientos.

—Tú no sabes nada.

—No, pero tus ojos me acaban de decir lo que esperaba.

Me doy la vuelta de nuevo, pero la mano morena de Albert me sujeta y me lleva a una de las salas cercanas, lejos de la vista de todos.

—Déjame en paz —le exijo cuando cierra la puerta tras de sí—. ¿Te has vuelto loco?

—No, y en todo caso, te aseguro que no más que tú. Siempre puedes decirle a tu padre que no deseas este matrimonio.

—Claro. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Además..., ¿qué hago yo hablando contigo de esto?

Voy hacia la puerta, pero la voz de Albert me detiene.

—Puedo ayudarte.

—¿Tú? —Me río de él—. Nunca dejaría que tú me ayudaras. No me conoces si crees que pienso aceptar algo de ti.

—Está bien. Si estás dispuesta a desperdiciar tu única oportunidad de ser libre por no escucharme, buenas noches.

Abro la puerta con la intención de irme y no escuchar más tonterías, pero me detengo presa de la curiosidad.

—Te doy un minuto para que me expliques cómo podrías liberarme de mi compromiso. —Me

quedo mirándolo, aguardando su respuesta.

Él sonrío.

—Sé lo de tu compromiso desde hace unos días. El conde se lo contó a mi padre. Por

eso estoy aquí.

—¿Acaso estás haciendo de buen samaritano? No te pega. —Intento calmarme y no perder los nervios, pero es muy difícil cuando el verlo y mi inminente anuncio de compromiso han hecho que tenga los nervios a flor de piel.

—No, pero aunque no te lo creas, me siento un poco culpable por lo que pasó hace años. Liam hubiera sido mejor partido que este.

—Claro, pero solo un poco, ¿no?

—Sí, lo suficiente.

Sonrío por lo irreal de todo esto.

—Hace tiempo confié en ti, pero ese tiempo ya pasó —le digo dirigiéndome a la salida.

—Tú misma, pero yo tengo la solución para librarte de ese viejo... A menos que tus ojos me hayan mentido y que seas como todas. Que lo que tú quieras sea su dinero. De ser así, te deseo suerte en la vida.

Me vuelvo furiosa y me voy derecha hacia él. Tengo que mirar hacia arriba cuando estoy a su lado, pues es bastante más alto que yo.

—¡¿Qué sabes tú de mí?! —grito perdiendo los estribos definitivamente—. ¿Qué sabes tú de lo que ansío? Te puedo asegurar que no es el dinero. Cambiaría todo mi dinero por...

Me callo, pero Albert me alza la barbilla con su mano y me obliga a mirarlo a los ojos.

—¿Por qué?

—Por la libertad. Solo quiero ser libre. Ya ves, no todas somos como tú piensas.

—Tal vez...

Aparto su mano de mi cara y camino rabiosa hacia la puerta, esta vez decidida a marcharme cuanto antes y así dejar de ponerme en evidencia.

—De verdad, Bianca, yo quiero que seas libre.

—Ya te he dicho que no confío en ti.

—Pero me necesitas.

—Yo no te necesito. Además, ¿por qué ibas a querer ayudarme?

—Porque tu libertad será mi libertad.

Me vuelvo intrigada.

—¿De qué estás hablando?

—De todos es sabido que mi padre ansía que me case, sobre todo por el hecho de que no soy hombre, digamos, de una sola mujer. No me gustan los lazos ni estar atado a nadie.

—Qué suerte la tuya —comento con ironía, recordando la noche que lo vi besando

cariñosamente a otra después de haberme besado a mí, de hacerme creer que era el beso más magnífico del mundo... Reprimo ese recuerdo y lo escruto con la mirada en silencio, esperando que continúe.

—El trato que quería proponerte nos liberaría a ambos: a ti, de un marido que no deseas, y a mí, de la insistencia mi padre.

—¿Y cuál es tu trato?

—Que te cases conmigo.

—¿Qué?!

—Por supuesto, solo sería un matrimonio de puertas afuera. Pero tu padre ya no tendría poder sobre ti, lo tendría yo como tu marido, y por mi parte puedes hacer lo que se te antoje. Me es indiferente. Además, seguro que a tu padre le agrada la idea: te casarías con un marqués en vez de con un conde. Escalas un puesto en la escala social.

—Vete al infierno.

—He estado en él varias veces. No es tan malo cuando te acostumbras.

Lo miro furiosa y esta vez sí abro la puerta para irme, pues pienso que Albert ha venido a burlarse de mí.

—Redactaría un contrato para que vieras que lo que te digo es verdad. En él renunciaría a cualquier poder sobre ti, y serías libre.

—Mientes.

—¿Qué opción te queda entonces? ¿Casarte con ese viejo? Yo por mi parte no quiero nada de ti.

Ni siquiera te obligaría a acostarte conmigo, aunque si quieres...

—Ni muerta.

—Bien, aclarado ese punto..., piénsalo. A veces en la vida hay que arriesgarse. ¿Qué tienes que perder?

—Me parece increíble que esperes siquiera que lo voy a pensar.

—Como quieras. Yo no tengo más que decir. Disfruta de la noche. Y de tu noche de bodas, claro...

Siento asco cuando menciona mi noche de bodas y salgo de la sala haciendo que la puerta se cierre con fuerza detrás de mí.

Al llegar a la fiesta, respiro hondo antes de entrar en el salón para no dejar que mi caos emocional se trasluzca en mis facciones, y me encamino hacia donde están mis padres. Mi padre me mira con una expresión severa y me pregunta por qué he tardado tanto.

—No me encontraba bien.

—Que sea la última vez. Tu prometido ha venido a buscarte y he tenido que disculparte.

Asiento y veo a mi prometido acercarse complacido. Su presencia me intimida, al igual que lo ha hecho siempre mi padre. Cuando coge galantemente mi mano, siento su pegajosa mano masajear la mía. ¿Qué sentiré cuando me toque estando desnuda? Siento un fuerte impulso de alejarme de él y oigo como piden silencio. Recorro la sala con la mirada y sé lo que viene a continuación. Todo el mundo espera expectante el anuncio —aunque muchos ya lo imaginan, es un secreto a voces—. Al fondo de la multitud veo a Albert, que me mira con una media sonrisa en el rostro y alza su copa hacia mí, brindando.

Recuerdo sus palabras: «¿Qué tienes que perder?».

Fijo mis ojos en él mientras escucho hablar a mi prometido y, de pronto, suelto su mano. El silencio se hace aún más denso, los presentes aguantan la respiración y yo paseo mi mirada por ellos, sabiendo que lo que estoy a punto de hacer es lo más atrevido que he hecho en mi vida, pues nunca he desafiado a mi padre en público.

—Lo siento.

Me separo de su lado y paso por entre los invitados, que me miran asombrados y empiezan a murmurar, sin comprender qué diablos estoy haciendo. Yo ahora mismo tampoco lo sé, pero la palabra libertad y la pregunta de Albert, «¿qué tienes que perder?», no dejan de repetirse en mi mente.

Cuando llego al lado de Albert, toma mi mano y me saca de la sala y del edificio rápidamente, escuchando los gritos de los guardaespaldas de mi padre pisándonos los talones. Albert me abre la puerta de su limusina, que está aparcada frente a la escalinata de la mansión, y monta tras de mí. Solo cuando su chófer ha conducido varios centenares de metros lejos de la fiesta y compruebo que nadie nos sigue, me relajo en el asiento trasero y me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

—Tranquila, respira. Tómate esto. —Albert me tiende una copa. Le doy un trago generoso y empiezo a toser—. Más despacio, preciosa, o te atragantarás.

—¿Qué diablos es esto?!

—Uno de los mejores *whiskies* del mundo, pero veo que no estás acostumbrada a él.

—Sabe a rayos —le digo devolviéndole la copa.

Albert la toma y se la termina de un trago.

—No sé qué hago aquí. Esto es un gran error. —Miro la noche tras la ventanilla de la limusina y noto que todo está muy oscuro—. ¿A dónde vamos? —pregunto un poco asustada.

—Tranquila, pronto lo verás.

Enseguida me acuerdo de cómo me engañó. No debí haber confiado en él.

—Llévame de regreso a la fiesta. No quiero seguir con esto.

—Un poco tarde para arrepentirte, ¿no crees?

Al poco rato la limusina se detiene y Albert abre la puerta.

—Sal, preciosa. No sabemos cuánto tardará tu padre en encontrarte.

Salgo del vehículo sin coger la mano que me ofrece.

—Vaya, tienes carácter. Siempre me pareciste muy sumisa y estirada.

Miro a mi alrededor. Estamos en medio de un claro, y al fondo hay una pequeña capilla.

—Esa capilla pertenece al ducado de mi padre. Hace tiempo que no se usa, pero hoy servirá.

—¿Lo tenías todo pensado?

—No suelo emprender nada si no sé de antemano que voy a ganar —dice caminando hacia la capilla.

Ando tras él, arrepintiéndome a cada paso de lo que estoy haciendo, pero incapaz de volver a la cárcel de oro donde vivía antes.

Entramos en la capilla y veo a un cura y a una mujer a su lado. La mujer me tiende un ramo de flores y mira seria a Albert.

—Se ha vuelto loco, señorito.

—¿Y cuándo no lo he estado?

A continuación entra un hombre trajeado y le entrega a Albert unos papeles.

—¿Lo has redactado todo?

—Tal como me lo dijo por teléfono hace un rato...

Albert los mira y me los tiende.

—Por si no te fías de mí.

Leo los papeles a la luz de las velas. Sorprendida, descubro que Albert decía la verdad: me deja plena libertad de mis actos. A cambio, solo deberé estar disponible para las fiestas en las que se requiera acudir con su esposa. Si duda, lo que más me llama la atención es la palabra libertad.

—Por supuesto, no te faltará de nada. Como marquesa, tendrás todo lo que desees y podrás ir donde quieras. ¿Has pensado en viajar sola? Te sentará bien. Conocer mundo..., vivir.

Miro a Albert y sopeso sus palabras. Libertad no es vivir a su costa. Si me casara con él, seguiría dependiendo de alguien, como hasta ahora he dependido de mi padre, y no por decisión mía. Si por primera vez puedo ser libre de verdad, quiero ser yo la única que dirija mi camino.

—Estoy de acuerdo en acudir a actos específicos contigo, pero nada más. No quiero ni un céntimo tuyo.

—¿Qué? —me dice tras un largo silencio—. ¿Esperas que así piense que eres diferente y sea más generoso?

Me quedo extrañada por su pregunta y niego con la cabeza.

—Por favor, redacte que renuncio a los bienes de Albert y que me valdré por mí

misma —

anuncio mientras le tiendo los papeles al que supongo que es el notario.

—¿Por ti misma? —Albert ríe a carcajadas—. No sabes nada de la vida. La vida es algo más que saber qué vestido ponerte para determinada ocasión o cómo es el príncipe Liam, que es para lo único que has sido educada. ¡Por Dios, si tu padre ni siquiera te dejó terminar la carrera!

—Lo sé, lo sé muy bien, pero soy inflexible en este aspecto: o aceptas mis términos, o me voy ahora mismo.

—Está bien, de acuerdo. ¿No quieres mis bienes? Bien, lo redactamos, a mí me es indiferente, pero eres tú la que perderías. Sé que no podrás valerte por ti misma.

—Es mi problema. Soy libre, ¿no? Pues es así como quiero empezar una nueva vida, y no quiero depender del dinero de nadie, únicamente del que yo gane.

Aguanto la mirada oscura de Albert y finalmente asiente.

—Tú verás, es tu vida. Redáctalo.

El notario lo redacta y, cuando lo tiene listo, nos lo da para que lo firmemos. Albert lo toma, firma y me lo pasa, y yo hago lo mismo, sin pensarlo más. ¿Es posible que pueda ser libre? Pero...

¿a qué precio? Miro a Albert y me duele seguir sintiendo como mi corazón martillea por él. Ser su esposa... y no ser nada de él..., pero sería libre. Libre. Nunca, ni en mis más alocados sueños, pensé que pudiera serlo de verdad.

—Bien, comencemos esta boda. Y por favor, cura, vaya al grano. Yo acepto casarme con ella y ella conmigo. —El sacerdote le echa una mirada reprobatoria y él se justifica—: Tenemos prisa.

—Insolente, no sé como tu padre te soporta. Hija, ¿aceptas casarte con este ser abyecto...?

Albert carraspea.

—Ahórreselo, ella ya sabe la clase de persona que soy.

—Desgraciado... Bianca, ¿accedes a casarte...?

—Sí, acepto —digo antes de perder el valor.

—Pues sin más, os declaro marido y mujer. Supongo que lo del beso nos lo ahorramos también

—comenta el padre con ironía.

Albert solo sonrío y va tras él para firmar los papeles que nos acreditarán como marido y mujer.

Los firmo, dejándome llevar una vez más por el impulso de esta locura, y me pregunto si todo esto no será más que un sueño o una pesadilla.

—¡¡Bianca!! ¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! ¡Te ordeno que vengas aquí

ahora mismo!

La voz de mi padre resuena como un trueno en la capilla y me tenso, como siempre me ha sucedido. Levanto la mirada y lo veo imponente en la entrada. El conde está a su lado, así como los guardaespaldas de mi padre.

—Le ordeno que hable con más respeto. —Albert se coloca a mi lado y pone su firme mano en mi hombro, infundiéndome fuerza y tranquilidad con ese simple gesto.

—¿Y por qué debería hacerte caso? No eres más que un desgraciado.

—Y ahora su yerno.

Pese a la poca luz de la capilla, puedo ver que mi padre se pone muy serio.

—¿Mi qué?

—Alégrese, su hija ha pescado un marqués y, además, uno de los más influyentes, y por si eso fuera poco, un día será duquesa, como heredero al ducado de mi padre que soy. Y todo esto sin costarle un céntimo, porque no quiero su dote, se la puede quedar.

Las facciones de mi padre se tensan.

—¿Qué clase de broma es esta? —grita mi prometido, o más bien mi exprometido.

—No es ninguna broma. Aquí están los papeles de la boda y, por si se les ocurre romperlos, sepan que mi abogado ya se ha marchado con la copia oficial, para que nadie pueda revocar nuestra unión. —Albert mira su reloj—. Les invitaría a la celebración... pero es privada. Si no les importa, me gustaría poder retirarme con mi esposa.

—Esto no quedará así —comenta el viejo conde saliendo indignado de la capilla.

Albert me toma de la mano y caminamos hacia la puerta pasando al lado de mi padre.

—Has tomado tu decisión, hija. Yo ya no estaré cerca para ayudarte —me dice con dureza.

Tras esto, mi padre y los que le acompañan se van y nos quedamos solos Albert y yo. Cuando subimos de nuevo a la limusina, miro mi ramo de flores y pienso en mi extraña boda. Tengo la sensación de haberme precipitado, de haber cometido un grave error... ¿Lo habré hecho? En el fondo sé la verdad, y es que sí.

CAPÍTULO 2

BIANCA

Me levanto desorientada, en una habitación que no es la mía, y enseguida los recuerdos de la noche pasada irrumpen en mi mente. ¿Qué he hecho?

Sintiendo que me asfixio, voy hacia el servicio para mojarme la cara. Cuando logro tranquilizarme un poco, miro alrededor y admiro el lujo y la belleza del cuarto donde estoy alojada, si bien es un sitio vacío de emociones, como lo era el mío.

Tocan a la puerta y me doy cuenta de que he dormido con una de las camisas de Albert que me prestó cuando llegamos a su mansión.

—¿Quién es?

—Soy yo. —Sin esperar respuesta, Albert entra en mi cuarto.

—¡Márchate! —digo cogiendo rápidamente la colcha de la cama para taparme, pues me siento desnuda con su camisa. Albert sonrío por mi azoramiento, y lo odio porque pueda reírse de mí en un momento así.

—Solo he venido a informarte de que me voy y no sé cuándo volveré. ¿Necesitas algo?

—Que te vayas.

—Encantado de irme. ¿Algo más?

—Nada, me iré en cuanto me cambie.

—¿Y qué ropa vas a ponerte?

—No te importa.

—¿A dónde irás? —me pregunta divertido.

—¿Esperabas de verdad que mintiera?

—Sí, pero tranquila, no me importa pagar tus lujos. Tengo dinero de sobra.

—Puedes meterte tu dinero por donde te... —Me muerdo la lengua y no termino la frase. Intento calmarme, recordar mi educación..., pero me es imposible con Albert. No lo soporto y no puedo evitar rebatirle. Lo que me hizo hace años sigue, por desgracia, muy presente en mí, y esto hace que su presencia me exaspere más de lo debido y no sepa actuar como me han enseñado. Frunzo el ceño, enfadada conmigo misma por no poder guardar las formas delante de él.

—Para ser una *lady*, no hablas muy bien que digamos.

—No tengo por qué hablar bien delante de ti. Me importa un rábano lo que pienses de mí.

—Qué lujo. —Lo miro furiosa—. ¿Dónde irás? —pregunta de nuevo.

—A buscar trabajo.

—¿Y cómo vas a vivir hasta que lo encuentres?

—Puedo vender mis joyas... —De pronto, recuerdo que anoche solo llevaba una fina cadena de oro blanco. Con eso no tendré ni para empezar—. Me las apañaré.

—Y, solo por curiosidad, ¿en qué piensas trabajar?

—De lo que sea. Y ahora, márchate, me tengo que ir.

Albert me escruta un momento y luego se acerca a mí y me tiende un móvil.

—Por si te necesito... o me necesitas.

Lo cojo, pero se lo tiendo otra vez de inmediato.

—No lo necesito.

—No lo uses si no quieres, solo tenlo cerca por si tengo que localizarte para ir a alguna fiesta.

¿Recuerdas el trato?

Asiento y lo acepto. Albert se mete la mano en el bolsillo y saca una cartera.

—Toma. Con esto tendrás para empezar tu nueva vida —dice tendiéndome un buen fajo de billetes.

—No lo quiero.

—¡Oh, vamos, Bianca! ¡Sé razonable! No puedes llegar al pueblo a buscar trabajo y conseguirlo el primer día... Y además, en algún sitio tendrás que dormir, ¿no?

—Por favor, no finjas que te interesas por mí cuando no te importo nada. No soy para ti más que un trato, así que trátame como tal.

—De acuerdo, haz lo que te dé la gana. Pero te apuesto lo que quieras a que en una semana estarás de vuelta.

—Antes muerta. Y ahora, márchate. Me incomoda tu presencia.

—Vaya. Nunca imaginé que bajo esa fragilidad se escondiera una joven con tanto carácter —

comenta de espaldas antes de irse.

—Eso es porque nunca te molestaste en conocerme.

—No suelo perder mi tiempo más de lo necesario.

—Pues entonces no gastes más tu tiempo conmigo y déjame sola de una vez.

Albert asiente, pero cuando está a punto de salir por la puerta, niega con la cabeza y se vuelve a mirarme.

—Mi número está guardado en la agenda del móvil. Vine a dártelo no solo por si tenía que localizarte, sino también para que pudieras llamarme si necesitabas algo.

—No lo haré.

—Bueno, por si acaso. Cuídate.

Asiento y Albert se va. Cuando al fin estoy sola, me siento en la cama y trato de

calmarme. Ser libre fue siempre mi gran anhelo y ahora que lo soy, me siento perdida.

Me acerco a la puerta y llamo a la sirvienta. Al poco viene con unas ropas para que me vista: un vaquero, una camiseta, una chaqueta que parece de Albert y unas deportivas.

—El señor pensó que lo necesitaría.

Me sorprende que Albert pensara en algo así y las tomo antes de cerrar la puerta para ponérmelas y empezar mi nueva vida. ¿Seré de verdad capaz de conseguirlo?

*

Tras vestirme y bajar, he pedido indicaciones al mayordomo de cómo puedo llegar al pueblo más cercano y salgo a la calle. Resulta que estamos viviendo en el reino de Liam. Mientras camino entre las calles de las grandes mansiones pienso en el tiempo que pasé aquí, en la universidad. Al doblar una esquina, me encuentro con la heladería de los padres de Elen. Me sorprende que esté cerrada. Sin querer, me asalta el recuerdo del beso de Albert y su engaño. ¿Seré tan tonta como antes?

Sigo caminando hacia el pueblo, pensando si no me habré dejado arrastrar otra vez por las palabras de Albert porque anoche los acontecimientos me sobrepasaron y sentía que cualquier cosa era mejor que casarme con el conde Cypres.

Cuando llego al pueblo, miro a mi alrededor, agobiada. Estoy rodeada de gente que pasa por mi lado con prisas, ajena a mi desconcierto. No sé hacia dónde ir, ni por dónde empezar. Mis pies siguen andando, sin tener idea de dónde tengo que ir para buscar alojamiento o para vender mis pocas posesiones. En mi mente todo parecía más fácil.

Tras varias horas dando vueltas, la mayoría en círculo, me siento en un banco, exhausta y muy angustiada. «No puedo rendirme ahora. No cuando por fin soy libre», me digo. Levanto la cabeza. En la acera de enfrente hay un restaurante del que sale un olor atrayente, por lo que me levanto y me acerco a él. Enseguida me llegan los murmullos de los comensales y el olor a comida recién hecha.

Las mesas de madera maciza están recubiertas por manteles de color rojo. La barra también es de madera y las paredes están pintadas de un color rojo muy acogedor. Me siento traspasada por la calidez del sitio y mi estómago ruge por el hambre.

—¿Desea una mesa, joven? —me pregunta un hombre con cara amable.

—No, yo..., yo solo...

—Te aseguro que mi mujer cocina muy bien.

—Qué adulador —replica una mujer no muy mayor que sale de la cocina—. Voy a llevarle algo de comida a Adair. Me temo que está tan enfrascado en los estudios, que no se acuerda ni de comer.

—Laia no dejará que se muera de hambre.

—Laia ahora está liada con sus propios estudios para el año próximo.

La mujer sale y mira a su marido como si no entendiera nada; este le sonrío.

—¿Te quedas a comer? —me pregunta ahora la mujer.

—No... Yo solo quería saber de un sitio para vender esto. —Les enseño mi collar y el hombre lo observa.

—A dos calles de aquí hay una casa de empeño. Me pillas de camino. Si quieres, te acompaño y así no te pierdes —me dice la mujer.

Asiento y sigo a esta buena mujer, sorprendida de que alguien que no me conoce me ayude sin más.

—¿Cómo te llamas?

—*La...* Bianca. —Se me hace raro presentarme solo como Bianca, sin añadir el *lady* o señorita, y sin usar el ducado de mi padre.

—Bonito nombre. La joven que estuvo prometida con el príncipe Liam también se llamaba así.

Era pelirroja como tú y también tenía unos ojos grandes y azules... —La mujer se detiene y me mira atentamente—. ¿Eres tú?

Me sonrojo y desvío la mirada. La verdad, no esperaba que me reconocieran tan pronto.

—Yo...

—¿Qué haces aquí? ¿Te has escapado?

—¡No!

—¿Entonces tu padre sabe que estás aquí?

—No. Pero he dejado de ser responsabilidad de mi padre. Créame, no me he escapado. Solo estoy empezando una nueva vida. —«Y por primera vez yo decido cómo vivirla», pienso.

La mujer me estudia, tratando de determinar si le digo la verdad o no. Finalmente asiente.

—Te creo, pero este no es lugar para ti. Vuelve a tu casa.

—No lo haré.

—¿Y de qué vas a vivir? ¿Tienes dinero?

—No, solo lo que me den por estas joyas.

—¿Y qué harás después?

—Buscar trabajo.

—No te será fácil. Esto es una locura, niña, ¿no te das cuenta? En tu casa lo tenías todo, estabas muy bien...

—No, en mi casa todo el mundo me decía lo que tenía que hacer. Solo quiero ser libre.

—¿Libre? ¿A qué precio?

«Al precio de casarme con Albert», pero esto no se lo digo.

—Mire, si no quiere ayudarme, me parece bien... Solo le pido que no diga a nadie quién soy.

—Alguien se dará cuenta como he hecho yo. Aunque, claro, yo trabajaba en palacio y te vi con más frecuencia que la gente del pueblo... —Eso me tranquiliza, tal vez solo me haya reconocido por eso—... Pero no puedes estar segura de que no lo harán.

Tiene razón y no lo discuto.

—No me importa. Pero, tranquila, no la molestaré más. Gracias por todo —digo empezando a irme.

—Siento lo que pasó con Liam —me grita. Me detengo y me vuelvo—. Estaba cerca cuando tu padre vino a por ti tras la ruptura de vuestro compromiso.

Recuerdo ese día. La furia bullía en los ojos de mi padre y, por primera vez en su vida, perdió los estribos en público y me gritó delante de todo el mundo. Luego me castigó como ha hecho siempre... Aún siento escalofríos por ello, y más porque él sepa lo que me hace daño y lo utilice contra mí, pero eso ha cambiado.

—No tiene por qué sentirlo. Yo me alegro de que Liam haya encontrado el amor.

Nos quedamos en silencio y espero a que la mujer diga algo más, pero ella solo me estudia y niega con la cabeza, como si lo que está pensando fuera una locura. ¿Tan perdida parezco? Vale que llevo ropa algo grande y que con el pelo suelto y sin maquillar parezco aún más joven, pero mi porte sigue siendo elegante y transmito seguridad... o eso quiero pensar. Desde ayer me cuesta mucho ocultar mis emociones como llevo haciendo toda la vida. Me pongo aún más recta y la miro como si estuviera en una fiesta y debo aparentar lo que soy, una *lady*. No quiero parecer desvalida.

—No vas a dar marcha atrás, ¿verdad? Se te ve decidida —afirma la mujer, y yo me relajo un tanto—. En mi restaurante no me vendría mal alguien que me echara una mano con los platos y con las mesas... Tal vez no estás preparada para servir, pero...

Me sorprende su ofrecimiento y me relajo del todo.

—Lo estoy. Y gracias, acepto su oferta —respondo de corazón, aliviada por no tener que seguir buscando empleo.

—Vamos, te acompaño a la casa de empeño y luego volvemos juntas al restaurante. Llamaré a mi marido para decirle que eres nuestra nueva empleada. Por cierto, mi nombre es Blanca.

Le sonrío con calidez, agradeciendo al destino por ponerla en mi camino. ¡Y Albert pensaba que no podría con esto sola! Estoy feliz y, cuando entramos en la tienda del prestamista, me siento francamente optimista. Todo va a salir genial.

—¿Solo esto por mis joyas?

Miro el escaso dinero y el hombre asiente.

—Lo tomas o lo dejas, bonita.

Lo miro, cojo lo que me da a cambio de mis joyas y le pregunto:

—¿Sabe de alguna habitación que pueda alquilar y que no sea muy cara?

—Por ese dinero solo te puedo recomendar un lugar y no sé si será bueno para una joven como tú.

—Dígamelo y ahórrese sus consejos.

Me lo dice y me explica cómo llegar, tras lo cual salgo de la casa de empeños.

Una vez me presento en el lugar indicado, se me cae el alma a los pies cuando veo que está todo en condiciones infrahumanas: la mitad de las ventanas tiene los cristales rotos, las paredes están negras por el paso de los años y la falta de limpieza y el aire huele a rancio. Y lo peor es que, desde que he entrado por la puerta, no paro de sentir cómo me miran. Me estremezco. Aun así, en vez de irme por donde he venido, entro en el edificio y pregunto si tienen una habitación libre.

Estoy siendo una insensata, lo sé, pero la idea de demostrar a Albert que puedo cuidar de mí misma me da fuerzas. No pienso volver a su casa derrotada. Voy a mostrarle a ese mujeriego de qué pasta estoy hecha. Solo espero seguir pensando lo mismo cuando caiga la noche.

—¿Tienes dinero para pagarla? —me pregunta el recepcionista apartando un momento los ojos de la tele portátil de color rojo que hay sobre el mostrador.

—Sí.

Él me mira suspicaz y comenta:

—Tienes que pagar quince días por adelantado.

En este instante, solo de pensar que voy a pasar quince días viviendo aquí, me entra pánico y casi estoy a punto de irme, pero mi determinación de demostrar a todos de lo que soy capaz, incluida a mí misma, me hace darle el dinero. El hombre lo coge y me acompaña a mi cuarto en silencio. Cuando abre la puerta, casi vomito por el horrible olor que sale de la habitación.

—El antiguo inquilino no era muy limpio, pero mi mujer ha habilitado el cuarto y las sábanas están limpias.

Asiento y entro cerrando la puerta tras de mí. La habitación es muy austera, no tiene más que una cama y un incómodo sofá de dos plazas. Al sentarme en la cama, los muelles del colchón chirrían bajo mi peso. El alivio se pinta en mi cara cuando me doy cuenta de que tengo aseo propio, pero al ver el estado en el que se encuentra, las lágrimas asoman a mis ojos y me siento desfallecer.

—No voy a rendirme. No voy a rendirme... —me repito para no ceder a la pesadumbre.

Cuento el dinero que me queda y salgo para comprar cosas con las que desinfectar todo esto.

—Bonita, ¿quieres compañía?

Corro tras oír el comentario del hombre que acaba de pasar por mi lado y entro en el supermercado que hay cerca de mi nuevo hogar. Pregunto a la dependienta dónde están los productos de limpieza, pero cuando llego al pasillo que me indica y veo cuántos hay, me siento abrumada, no sé qué comprar. Al final cojo uno de cada y los llevo a la caja. Me

voy a gastar casi todo el dinero en esta compra, pero la habitación ahora mismo está inhabitable. Por lo menos tengo que poner en orden el aseo.

—¿Estás segura de que quieres comprar tantos productos iguales? —me pregunta la cajera, que masca chicle de manera ruidosa.

Miro a la mujer y luego todas las botellas que he dejado sobre la cinta transportadora.

—¿Son iguales?

—Sí, joven. Con que te lleves estos dos, tienes de sobra, pero si los quieres todos...

—No, no, deme esos dos.

—Para que luego digan que no soy legal —añade con desgana—. Son siete con noventa y cinco.

Le pago los productos sin decir nada ante su comentario y vuelvo corriendo al hostel. Una vez en mi habitación, tomo los productos y leo las instrucciones de uso, pero no explican debidamente cómo usarlos. Al final cojo uno de ellos y lo vierto casi en su totalidad en la bañera y el lavabo, y el otro en el retrete. Espero que hagan algo, pero solo los veo en el fondo. «Dios, soy una inútil», me digo dejándome caer en la puerta del aseo, mareada por el fuerte olor de los productos.

Pero solo le doy un minuto al desconsuelo. Enseguida me levanto, me guardo el dinero que me queda y salgo para ir al restaurante.

El jefe me tiende un delantal cuando me ve cruzar la puerta.

—Ya pensábamos que no vendrías. Ven, mi mujer te está esperando.

Sigo a Jorge hasta la cocina. Su mujer me sonrío y me lleva hacia una gran pila de platos sucios.

—Empezarás fregando platos, que es lo más sencillo. ¿Te parece bien?

Asiento poniéndome el delantal, me planto ante la montaña de platos por fregar y me los quedo mirando, sin saber cómo empezar.

—Mira, se hace así —dice echando lavavajillas en el estropajo y fregando uno de los platos.

—Perfecto, estoy deseando empezar.

—Seguro que no pensarás lo mismo cuando lleves aquí dos horas. Pero cuanto antes descubras cómo es la vida, antes dejarás esta tontería, niña.

Aparto la mirada avergonzada. No me lo ha dicho para ofenderme, solo ha constatado un hecho.

No obstante, me molesta que tenga ese concepto de mí, lo cual renueva mis fuerzas para demostrar que ella también está equivocada.

Sigo atentamente sus explicaciones de cómo fregar y aclarar los platos. Cuando lo he comprendido, le tomo el relevo, pero echo demasiado lavavajillas en el estropajo y el primer plato se me resbala por el exceso de espuma y se va directo al suelo. De inmediato me vuelvo con cara de culpa hacia Blanca, pero ella no dice nada, de modo que sigo con el

siguiente, que casi se me cae también. Me siento impotente, pero en vez de darme por vencida, trato de poner más empeño y esfuerzo. Poco a poco le voy cogiendo el tranquillo y, aunque la pila de platos no disminuye, me siento orgullosa de mí misma. O al menos al principio, porque después de dos horas fregando y ordenando platos, los brazos comienzan a temblarme de cansancio.

—¿Te rindes ya?

—Nunca.

—Bien, así me gusta, porque ahora vienen los platos de la comida.

Asiento y me endezco para seguir. No quiero que Blanca note lo mucho que me duelen los brazos y la espalda.

Pasado un rato, Blanca me quita el estropajo de la mano y lo pone en la pila.

—Come algo, Bianca, o te desmayarás de hambre. La comida entra en el sueldo.

Me señala una mesa que hay en la cocina y voy hacia ella. Cuando pruebo el primer bocado, me doy cuenta de que estoy hambrienta; sin embargo, mis buenos modales en la mesa me hacen no devorar todo lo que hay en el plato —mi madre me ha inculcado siempre que comer con ansia es de mala educación, pues los demás pueden pensar que no como bien en mi casa.

—Más te vale comerte todo lo que hay en el plato o me ofenderás —me reprende Blanca amablemente.

Su sonrisa hace que sus ojos plateados se iluminen y le hago caso, no dejo nada en el plato, pues tengo muchísima hambre y esta comida sabe a gloria. Solo cuando ve que he terminado, me dice: —Bien, puedes seguir.

Asiento y regreso a mi puesto con fuerzas renovadas. Esta vez lo hago mejor que antes, pese al cansancio. No sé cuánto tiempo ha pasado cuando escucho a Blanca hablar con un joven: —Vaya, no esperaba verte hoy.

—Pasaba por aquí y quería saludarte. La comida de hoy, deliciosa.

—Eres un adulator. ¿Has quedado con Laia?

—Sí, la recojo y nos vamos al cine.

—Me alegro de que ya esté bien.

—Sí, bueno, ya ha pasado más de un año, pero se ha recuperado incluso más deprisa de lo que esperaba... Oye, no sabía que hubieras contratado a alguien.

—Es Bianca y será mi ayudante a partir de ahora.

Me vuelvo al oír que hablan de mí y veo a un joven guapísimo con unos intensos ojos plateados, igual que los de Blanca.

—Encantado. Mi nombre es Adair.

—Igualmente. —Me detengo antes de hacer una reverencia y lo miro sin más.

—Bueno, me voy. No seas muy dura con ella, ¿eh?

—Descuida, hijo.

Blanca sonríe y Adair se va dejándonos a solas.

—Bueno, Bianca, ya has hecho bastante por hoy. Mañana con venir a las doce del mediodía estar  bien.

—Puedo seguir...

—Hazme caso y vete a descansar...  Tienes ya un lugar donde dormir?

—S , claro. —Me lavo las manos y cojo uno de los estropajos y algunos paños que hay cerca—.

 Me los puedes prestar?

—Te los puedes quedar si quieres.  Qu  pasa?  No est  limpia la casa donde vives?

—S , sí, solo tiene un poco de polvo, pero quer  darle un repaso.

Blanca arquea una ceja y va hacia una recámara; al poco vuelve con más trapos y los mete en una bolsa.

—Por si los necesitas.

—Gracias —digo cogiendo la bolsa.

Tras quitarme el delantal, salgo del restaurante y camino hacia el barrio donde est  mi nuevo hogar. Al entrar en el hostel, subo corriendo las escaleras hasta mi habitación, cierro la puerta con llave y, por precaución, corro el sofá para apoyarlo contra ella. Dejo en el suelo la bolsa que me ha dado Blanca y, sabiendo lo que ahora sí de fregar platos, hago el mismo procedimiento, o parecido, en el aseo con lo que compr  esta mañana. Friego el váter y la bañera con energía, bien a fondo. Me tiemblan los músculos del brazo por el trabajo de todo el día, pero merece la pena el esfuerzo: el inodoro ha dejado de estar marrón y ha pasado a ser blanco de nuevo, y las manchas viscosas de la bañera han desaparecido.

Contenta con mi logro, me siento en la cama y respiro orgullosa, pero me levanto como un resorte al notar que algo corretea por mi pierna.  Cucarachas!

Corro por la habitación dando saltitos, pero enseguida me doy cuenta de que no tengo escapatoria.  D nde me he metido? Me subo a la cama y me hago un ovillo cogiéndome los pies. Si lo pienso con fuerza, tal vez la noche llegue pronto y, tras ella, el día.

En algún momento debo de quedarme dormida, porque me despiertan unas fuertes voces en el cuarto de al lado. Me tenso y me abrazo aún más. La luz anaranjada de las farolas se filtra por la ventana, dando un aspecto aún más siniestro a mi habitación. Estiro la mano hasta el interruptor pero, al dar la luz, la bombilla suelta un chispazo que me hace dar un grito del susto y todo se queda a oscuras otra vez. Justo en ese instante suena mi móvil, sobresalt ndome de nuevo. Lo cojo y veo que es Albert. Por un momento pienso no contestar, dejar que me llame hasta que se canse, pero al final descuelgo, solo para que me deje en paz.

— D nde est s?

—En tu casa, no.

—Eso es evidente. Acabo de llamar allí y no has aparecido en todo el día. ¿Hasta dónde vas a llevar este disparate? No me importa que te gastes mi dinero, ahora eres mi esposa. —Por la forma en que lo ha dicho, no está muy contento de tener una.

—No lo necesito —replico en tono firme, aunque al mirar a mi alrededor y escuchar los gritos, tal vez lo necesite más de lo que creo.

—Tarde o temprano te cansarás. Eres una niña de papá. Esa vida no es para ti.

—¿No me conoces! —le digo con rabia. Ya estoy harta de que todos crean que soy una niña mimada. Si alguna de mis fugas hubiera tenido éxito, llevaría años viviendo mi propia vida y ya no sería una *lady*.

—No, pero eso no es importante. —Nos quedamos en silencio—. ¿Dónde estás? ¿Estás en la calle?

—No, estoy bien. He alquilado una habitación con el dinero de mis joyas.

—Tú misma. Si necesitas algo...

—Disfruta de tu libertad como yo disfruto de la mía. Seguro que tu acompañante te espera, no la hagas esperar.

—Claro.

Albert cuelga. No ha negado que esté con alguien; tampoco era necesario, la verdad. Él seguirá llevando su vida como hasta ahora y de sobra es conocido por las conquistas que va dejando a su paso.

*

Me despierto al escuchar un fuerte ruido y me doy cuenta de que me he quedado dormida abrazada a mis rodillas una vez más. Me levanto molida, sintiendo que me duele cada músculo de mi cuerpo, y camino con gran esfuerzo hacia el aseo. Me miro en el espejo: mis ojeras son evidentes y no tengo nada para suavizarlas. ¿Qué digo? Ni siquiera tengo más ropa que la que llevo puesta.

Me arreglo lo mejor que puedo y salgo escapada de aquí en dirección al restaurante, pues es el único sitio donde me siento segura. Pero como aún no es la hora, está cerrado cuando llego, así que me siento a esperar en el bordillo frente a la puerta.

—Hola. ¿Esperas para comer?

Alzo la mirada y veo a una joven rubia sonreírme. Sus ojos verdes, grandes y despiertos, me miran con interés.

—Yo... trabajo aquí.

—¿Ah, sí? Entonces tú debes de ser Bianca. Ayer Adair me comentó que su madre había contratado a una joven. Yo soy Laia, la novia de Adair.

—Encantada de conocerte.

—Es pronto para abrir —dice mirando su reloj—. Aún quedan dos horas, no son ni las diez.

—Eh... bueno, esperaré aquí.

Laia me mira seria.

—Puedes acompañarme... si quieres, claro. Iba a comprar unas cosas para mi casa. Así me ayudas con las bolsas y no estás sola.

La miro sin comprender. «Qué joven más rara. ¿Por qué quiere que la acompañe, si no me conoce de nada?»

—No, gracias. Prefiero esperar.

Veo desilusión en su mirada y presiento que ella me lo ofrecía de verdad, que no era por compasión. Tal vez la he prejuzgado demasiado pronto, como hacen siempre conmigo, y ella sea así sin más.

—Bien, pues nos veremos algún día, supongo. —Y da media vuelta para irse.

—Espera, me vendrá bien andar.

Laia me sonrío. Somos igual de altas y supongo que de la misma edad. Se me hace raro ir con ella a comprar, nunca he hecho algo parecido; ni siquiera suelo pasar mucho tiempo con jóvenes de mi edad. Mi padre controlaba mucho mis visitas y en la universidad mis compañeros de clase me trataban como una *lady*, no como una chica igual que ellos. Solo he tenido una amiga de verdad, Jenna, y mi padre me alejó de ella porque era muy soñadora y despierta y eso no le gustaba. A pesar del tiempo que ha pasado, la echo de menos. Y también a Matt, aunque a este último lo he visto en algún baile, pero se ha mantenido distante por respeto a mi padre. Según este, su influencia tampoco era recomendable para mí, pese al título que ostenta.

Dejo de pensar en el pasado y me centro en Laia.

—¿Siempre haces esto? —No puedo evitar preguntar.

—¿Hacer qué?

—Me acabas de conocer y me has invitado a ir contigo.

—Blanca ha confiado en ti y yo confío en ella. No necesito saber más. Además, te vi algo triste.

¿Así, sin más? Me sorprende su forma de ser, pero lo cierto es que no me desagrada.

—Estoy... cansada.

Laia asiente.

—Supongo que sí lo hago. Soy muy confiada y eso no siempre es bueno, te lo puedo asegurar.

—Me parece ver pasar un halo de tristeza por su rostro—. Pero no pienso dejar de ser como soy. No voy a cerrar puertas a personas buenas que pueda conocer por las malas que he conocido. Sería injusto.

—Haces bien.

Enseguida me siento atraída por la personalidad alegre de Laia. Es como si la conociera desde hace más tiempo, seguramente porque no me trata como a una desconocida. Es una joven curiosa, me agrada ir con ella por la calle y fingir que tengo

una amiga.

—Me gusta ir de compras. ¿A ti?

—No suelo ir mucho. —Mejor eso que decir que mi primera experiencia comprando fue ayer.

Entramos en un supermercado. Laia saca una lista y empieza a buscar las cosas, mientras yo lo miro todo asombrada: este supermercado es mucho más grande que el de ayer.

—¿Tú necesitas algo?

Pienso en la cantidad de cosas que me harían falta, pero luego echo cuentas del dinero que tengo y niego con la cabeza.

—No, de momento no.

—Cuando quieras algo, ven a este supermercado. De todos los del pueblo, es el mejor.

—¿Cómo sabes que no soy de aquí?

—No es un pueblo tan grande. Yo llevo viviendo aquí casi toda la vida y a ti no te había visto nunca.

Asiento por su razonamiento y seguimos recorriendo los pasillos. Cuando llegamos a la caja, Laia va poniendo los productos en una cinta transportadora y la cajera los va cobrando de manera automática, las dos a una velocidad de vértigo.

—Ayúdame a guardarlo en las bolsas.

Trato de imitar a Laia. Ella parece no darse cuenta de mi torpeza y, de hacerlo, no hace ningún comentario.

—Mi madre se ha pasado con la lista. —Laia sonrío, me tiende unas bolsas, que cojo enseguida, y salimos del supermercado—. No eres muy habladora, ¿verdad?

—Lo siento.

—No te disculpes. Yo es que soy todo lo contrario, hablo por los codos... o al menos, poco a poco he vuelto a hacerlo.

Una vez más me sorprende su comentario, pero no trato de indagar más por respeto a su intimidad.

—¿Tienes algo que hacer? Me vendría bien que me ayudaras con las bolsas.

Asiento y la acompaño a su casa. Cuando llegamos, nos abre un hombre algo mayor.

—¿Ya has hecho nuevas amistades? —El hombre sonrío y Laia le devuelve la sonrisa.

—Trabaja en el restaurante de Adair. Es de fiar —responde cruzando el umbral y andando hacia la cocina.

—Me alegra que todo sea como antes. —Me sorprende el comentario. Parece que Laia hace esto a menudo, lo de hacerse amiga de gente que no conoce. Luego, volviéndose

hacia mí, añade—: Pero pasa, pasa, no te quedes en la puerta. Bienvenida al pueblo.

—Gracias —digo algo cortada.

Entro en la casa y sigo a Laia y, mientras estoy dejando las bolsas sobre la encimera al lado de las suyas, le pregunto algo preocupada:

—¿Tanto se nota que no soy de aquí?

—Mi padre es conductor de autobús y sabe perfectamente quién es del pueblo y quién no.

Asiento.

—¿Quieres algo de comer? Mi madre ha hecho bizcocho.

Me siento y acepto la invitación, pensando en lo surrealista de la situación, mientras Laia corta dos trozos de bizcocho y los coloca en sendos platos.

—Soy una desconocida —comento al fin.

Laia me mira seria y luego sonrío.

—Eso mismo me dijo Elen cuando la conocí —dice de forma casual, casi divertida, pasándome uno de los platos.

—¿Elen? —pregunto extrañada, pues enseguida pienso en la enamorada de Liam.

—Sí, es mi mejor amiga.

—¿Es una chica pelirroja?

—Sí. ¿La conoces?

—Es posible...

Laia me mira extrañada.

—Solo sé de una Bianca que podría conocer a Elen, pero tú no..., tú no puedes ser la exprometida de Liam. Es imposible. Ella es una *lady*. —Desvío la mirada para que no lea la verdad reflejada en mis ojos, pero aun así me delato y Laia grita—: ¡Eres tú! —No es una pregunta, sino una afirmación—. Pero ¿qué demonios haces aquí? Me refiero a que... No digo que no puedas estar aquí, es solo que... no lo entiendo.

Me levanto. De repente, me siento incómoda en su compañía.

—Se está haciendo tarde, es mejor que me vaya a trabajar. Gracias por todo, lo he pasado muy bien.

—No tienes que contármelo si no quieres, pero... bueno, ya sé que no me conoces de nada, pero puedes confiar en mí.

Me giro y la miro. En sus ojos verdes se ve la sinceridad de su ofrecimiento.

—Sí, soy Bianca, pero ahora todo es distinto y esta es mi nueva vida —respondo, aunque todavía un poco a la defensiva.

—Si es tu deseo, me parece bien. ¿Te apetece un café?

Miro a Laia extrañada por que no me pregunte más y me vuelvo a sentar a la mesa

sin darle más vueltas a lo atípico que es todo esto. Además, estos últimos días son una completa irrealidad, nada tiene sentido en mi vida últimamente.

*

—Vas con la misma ropa que ayer. ¿Es por placer o porque no tienes otra?

Me vuelvo un segundo a mirar a Blanca y me concentro de nuevo en terminar de fregar los últimos platos del día.

—Me gusta. Es cómoda.

—No sabes mentir.

«Tiene gracia. Me educaron para lo contrario, para fingir en todo momento que todo es perfecto», pienso, pero no digo nada.

—Aquí no tienes por qué seguir fingiendo.

Blanca sale de la cocina y al poco vuelve y me tiende unos billetes. La miro confusa.

—¿Qué es esto?

—Tu paga de estos dos días.

—Pensaba que se cobraba a final de mes.

—Sí, pero este mes te pagaré diariamente, o a la semana, hasta que tengas todo lo que te falta.

Tomo los billetes en silencio. Aunque no es mucho, me siento muy orgullosa: es el primer dinero que gano con mi trabajo.

—Cerca de aquí hay una tienda de ropa y no es cara. ¿Por qué no te acercas a ver si hay algo de tu agrado? Ah, y toma esto también. —La mujer me tiende una bolsa. La abro y veo que es la cena.

—No tienes que hacer esto por mí.

—No, pero lo hago porque quiero.

Asiento y tomo la bolsa, agradecida por el detalle.

—Gracias por todo.

—De nada, niña.

Salgo del restaurante con mis cosas y voy hacia la tienda que me ha indicado Blanca. Enseguida encuentro ropa cómoda y económica, así como ropa interior. Al salir de nuevo a la calle, me pongo la chaqueta que me regaló Albert: esta noche hace mucho más frío que ayer, se nota que el invierno ya está cerca.

Cargada con las bolsas, camino hasta la pensión y vuelvo a subir casi corriendo a mi habitación.

Ya en ella, hago el mismo procedimiento que ayer y pongo el sofá atrancando la puerta. Después, me meto en la ducha, deseando relajar mis músculos con el agua caliente; sin embargo, lo que sale es agua fría que me va congelando conforme resbala por mi cuerpo, y lloro de impotencia. Trato de ser fuerte ante los demás, pero aquí, en la soledad

de este cochambroso cuarto, no tengo que fingir ante nadie que todo va perfecto. Porque esta libertad que tanto ansiaba y que por fin he conseguido está muy lejos de ser perfecta.

CAPÍTULO 3

BIANCA

Llevo cinco días de libertad y poco a poco siento que los nubarrones del horizonte se van despejando. En el trabajo cada vez friego más rápido y casi no tengo agujetas. Laia se ha pasado varias veces por el restaurante a hablar conmigo y ya me he acostumbrado a su forma de ser. Nunca creí que pudieran existir personas como ella, que sin más te tratan con cariño, pero ahora mismo solo puedo decir que estoy rodeada de ellas, porque Blanca también se preocupa por mí y eso me resulta una sensación rara. Aunque nunca me ha faltado de nada, ahora me doy cuenta de la cantidad de cosas no materiales de las que carecía. He visto cómo es Laia con sus padres y cómo es Blanca con su hijo, y he sentido envidia. Al verlos, me pregunto qué habría ocurrido si mis padres no hubieran sido duques, si mi vida hubiera sido diferente, pero el pasado es algo que no se puede cambiar.

«Lo que peor llevo es dormir sola en este cuarto horrible», pienso mientras cierro la puerta y miro en derredor la habitación. Dejo la bolsa de la cena sobre la cama, a mi lado, y la abro para ver qué me ha preparado hoy Blanca. El olor del filete con patatas inunda mis fosas nasales y lo degusto con placer.

Estoy terminando de cenar cuando me suena el móvil. Lo cojo sabiendo de antemano quién es.

No tengo muchas ganas de hablar con él, la verdad, aunque para mi mortificación no he dejado de pensar en él estos días.

—Dime.

—No has regresado.

—No.

—Estás loca —afirma.

—¿Para eso me llamas? ¿Para insultarme?

Albert bufa con resignación.

—No... Mañana mi padre dará una fiesta para celebrar nuestro compromiso.

—Estupendo. Pasáoslo bien...

—¿Recuerdas el trato?

Me llevo la mano a la frente y respiro para calmarme.

—Sí, lo recuerdo.

—Te mandaré un vestido a la dirección que me digas, y no me vengas con que no lo aceptas. En una semana no has podido ganar suficiente dinero para comprarte un vestido a la altura de una marquesa.

—¿Y tú qué sabes?

—¿No estarás haciendo nada indecente? —Me río al notar su voz preocupada—. Bianca, no bromees con esto...

—No estoy haciendo nada indecente. ¿Cómo se te ocurre algo así?

—Las mujeres sois capaces de cualquier cosa por dinero.

—Si vas a seguir insultándome, te cuelgo.

—Dime dónde quieres que mande el vestido.

Le doy la dirección del restaurante.

—Bien. Mañana pasaré por allí a recogerte. A las ocho de la tarde.

—Perfecto, allí estaré.

Nos quedamos en silencio y llevo el dedo al botón de colgar, pero no lo hago y Albert tampoco.

—Cuídate —le digo acercándome de nuevo el teléfono a la oreja.

—Tú también.

Cuelgo al fin sin saber por qué le he dicho eso. Supongo que porque en el fondo no le deseo mal a nadie, incluido él.

Me preparo para dormir, o más bien para intentarlo, pues al poco de cerrar los ojos empiezo a escuchar las peleas y los gritos que suele haber en la calle y, como las noches anteriores, me duermo a ratos, cuando los fuertes gritos y golpes me dejan y cuando las lágrimas se cansan de salir de mis ojos.

*

A la mañana siguiente, nada más entrar en el restaurante, me encuentro a Laia con una caja blanca enorme.

—Acaba de llegar —me dice sonriendo—. ¿Tienes un baile?

—Sí, por desgracia.

No me apetece nada enfrentarme a la sociedad que hace unos días presencié cómo salía corriendo de los brazos de mi futuro marido para casarme con otro esa misma noche. No me apetece ver cómo chismorrear ni ser la comidilla de la fiesta.

Abro la caja y observo el vestido. Siempre he llevado las mejores ropas, pero reconozco que este tiene algo especial. El color de la tela es exacto al de mis ojos: un azul intenso, casi marino. Me sorprende que Albert lo haya elegido para mí.

—Te tiene que quedar genial; seguro que resalta tus ojos y tu pelo rojizo. Vas a parecer una princesa.

Miro a Laia y asimilo sus palabras. Yo he sido educada para ser una princesa, la esposa de Liam y futura reina de este lugar, y, aunque todo eso se truncó, este vestido bien podría lucirlo una princesa. No creo que Albert lo haya hecho por casualidad... ¿O sí? No sé qué pensar de él. En el fondo me da miedo conocer al verdadero Albert. Si el falso logró enamorarme..., ¿qué no conseguiría el verdadero?

—Oye, ¿y por qué tienes que acudir a fiestas? ¿No decías que eras libre?

—Es una historia muy larga, no estoy preparada ahora para contártela.

—Está bien, no me meteré. —Laia me sonrío con cariño y agradezco que no insista

más.

—Bianca. —Me giro hacia Blanca, que ha salido de la cocina y se acerca hasta nosotras secándose las manos en un paño—. ¿Podrías quedarte un poco más esta tarde?

—Esta noche tiene una fiesta —comenta Laia.

—Hasta las ocho no vienen a buscarme, así que me puedo quedar hasta las siete y media.

—¿Te dará tiempo a prepararte? —pregunta Laia.

—Sí, lo haré aquí. Si no es molestia —pregunto a Blanca.

—No lo es. Trae el vestido, lo dejaremos en el almacén.

*

Son más de las ocho y sé que el coche que ha mandado Albert a por mí está esperando en la puerta, pero me está costando más de lo que pensaba ponerme el vestido yo sola, y me niego a pedir ayuda a Blanca como si fuera mi sirvienta. Trato una vez más de llegar a los botones de la espalda, pero finalmente me siento en una de las cajas, frustrada. Mi ánimo decae aún más cuando me miro al espejo que me ha dejado Blanca y veo el maquillaje que me he puesto. Es horrible. Nunca me he maquillado. Siempre he tenido personas que lo hacían por mí y cuando intentaba hacerlo yo, mi padre se molestaba y las regañaba. Como no quería desafiar a mi padre, al final me acostumbré a que mis sirvientes lo hicieran todo por mí para evitar males mayores y los dejaba hacer, aunque en mi fuero interno deseaba ser yo la que decidiera qué ponerme o cómo maquillarme. «Y este es el resultado. Una chica que no es capaz de vestirse sola y que se pinta la cara como un payaso. Esto es un error, voy a avergonzar a Albert más si cabe», digo echándome a llorar.

—¿Bianca?

—Sí. Ya estoy casi —digo tratando de limpiarme las lágrimas, pero Blanca entra antes de tiempo.

—Niña, ¿qué te pasa?

—No sé hacer nada normal. Me han educado para muchas cosas menos para valerme por mí misma.

—Yo creo que lo estás haciendo muy bien. Anda, date la vuelta que te ayude con el vestido.

—No hace falta...

—No es malo pedir ayuda.

Me doy la vuelta y Blanca me coloca bien el vestido y me abrocha los botones.

—¿Te ayudo con el pelo? Aunque yo lo dejaría suelto. Lo recojo un poco con unas horquillas y listo.

—Casi siempre lo he llevado recogido en los actos... —Cojo el espejo y observo como Blanca me cepilla el pelo con maestría y me lo recoge de un lado—. Me gusta.

—Ya lo sabía yo. Bueno, esto ya está —dice triunfante cuando termina de arreglarme el pelo—.

Y ahora, el maquillaje. Rebajando un poco los colores, quedará bien...

La observo en silencio mientras toma unas toallitas desmaquillantes.

—Si hubiera sabido que no sabías... —Agacho la cabeza avergonzada y ella se da cuenta—.

Estás aprendiendo muchas cosas en estos días y esta solo es una más. Que no te sepa mal que te ayude a aprender.

—Gracias —le digo sonriendo.

—Ya estás lista.

Me miro en el espejo y me parece increíble lo que ha hecho Blanca en tan poco tiempo.

—Gracias. No sé qué hubiera hecho sin ti. —Le doy un beso y enseguida me arrepiento de mi impulso, pero Blanca me da otro en la mejilla.

—Venga, que vas a llegar tarde.

Me despido de ella con prisas mientras salgo corriendo del restaurante y me monto en la limusina. El chófer no tarda en llevarme a la mansión donde será la fiesta. Nada más detenernos, la puerta del vehículo se abre y aparece en ella un ceñudo Albert que va elegantemente vestido, haciendo que aún resulte más apuesto de lo que es.

—¿Se te olvidó que habíamos quedado a las ocho? —me increpa enfadado.

—No. —Cojo la mano que me ha tendido para ayudarme a salir del coche, pero la aparto enseguida. No quiero que note lo estropeadas que tengo las manos por el trabajo, pues, aunque llevo guantes, son blancos y muy calados.

—Vamos, nos están esperando.

Albert echa a andar a grandes zancadas y yo lo sigo a duras penas. Cuando da unos pasos y no me ve a su lado, se detiene y se vuelve.

—¿Te sucede algo?

—¿Se puede saber por qué estás más cascarrabias de lo normal?

Pasamos junto a una pareja, que nos mira con seriedad.

—Por nada. No pasa nada.

—Albert.

—Todo está bien, salvo que tal vez deberías saber que ahora mismo eres el centro de todos los chismes.

—Me hago una idea. ¿Y a tu familia no le molesta?

—Mi familia está curada de espanto en lo que a chismes se refiere. ¿Te olvidas de con quién te has casado?

—Desde luego que no. Es difícil olvidarse.

Seguimos andado y, poco antes de entrar, se detiene y me mira.

—Digan lo que digan esta noche, no agaches la cabeza. Si llevas siempre la cabeza bien alta, la gente al final se cansará de tratar de que la agaches por la vergüenza. No has hecho nada malo.

Recuérdalo.

Asiento sorprendida por sus palabras y por la sinceridad que encierran. Me cojo del brazo de Albert y lo miro de reojo. No conocía esa faceta de él y, lejos de gustarme, me asusta.

Al entrar en la sala, casi puedo sentir el silencio que nuestra aparición ha obrado en la gente.

Todos los ojos están puestos en nosotros. Instintivamente me agarro más fuerte al brazo de Albert y este me sorprende poniendo su mano sobre la mía en señal de apoyo.

—Cabeza alta y una amplia sonrisa, no lo olvides.

—No lo olvido, he sido educada para esto. Al menos hay algo que sí sé hacer. —Me percató de que mi voz ha traslucido lástima, por lo que sonrío para quitar hierro a mis palabras. A continuación echo un vistazo por la sala buscando dos rostros concretos: los de mis padres. Albert adivina mis pensamientos y me susurra: —No han venido.

Me tensó, pues sé lo que eso significa y la gente también. Si ellos estuvieran aquí, la gente se lo pensaría dos veces antes de criticarme pero, al no acudir, dan por entendido que son los primeros que no aprueban esta unión.

Paso a paso atravesamos el salón hasta la mesa de refrigerios y Albert me tiende una copa.

Cuando voy a cogerla, ocurre lo que yo ya me temía: pese a los guantes, Albert se da cuenta de las

rojeces de mis manos y me las coge para examinarlas más de cerca.

—¿En qué diablos estás trabajando? —me dice con los dientes apretados por la furia contenida.

¿Y ahora por qué se molesta?

—Tranquilízate. Todos están viendo cómo me miras con cara de ogro. Y además, lo que yo haga no te incumbe.

Quito las manos y las meto entre la tela del vestido para que nadie más lo note.

—Me lo deberías haber dicho; hubiera incluido unos guantes menos traslúcidos.

—No tenías por qué.

Albert me mira muy serio y toma una de las copas de la mesa para darle un largo trago.

—Hijo, ya pensé que no vendrías. ¿No vas a presentarme a tu adorable esposa?

Albert se gira, pone una mano en mi cintura y me presenta a su padre.

—Es un placer.

—A ver si consigues que siente la cabeza, aunque lo dudo —bromea con amabilidad—. Y dime, Bianca, ¿qué tal tus primeros días de casada?

—Perfectos.

—Me alegra escuchar eso. Vamos, la cena no tardará en servirse.

Seguimos al padre de Albert. Mientras lo hacemos, siento que todo el mundo sigue observándome, pero yo los ignoro y camino erguida, o eso intento. Me apoyo una vez más en el brazo de Albert, recriminándome por acercarme a él, pero ahora mismo necesito la seguridad reconfortante que me brinda.

Empezamos a cenar. A medida que transcurren los minutos, noto que el cansancio acumulado por las noches sin dormir bien y los días de trabajo se apodera de mí y apenas consigo mantener los ojos abiertos.

—¿Estás bien? —me pregunta Albert en voz baja.

—Sí..., solo necesito ir al servicio a refrescarme un poco.

Me levanto antes de que Albert pueda añadir nada y me encamino al escusado de señoras.

Cuando entro, me dejo caer en la puerta y respiro hondo. Esta velada está siendo más dura de lo que pensaba. Nunca he sido blanco de murmuraciones, salvo cuando Liam rompió nuestro compromiso y, pese a eso, la gente me dio su apoyo, nadie pensó que fuera culpa mía que él no quisiera casarse conmigo. Ahora todo es distinto.

Me mojo el cuello con agua fría para tratar de despejarme. Nunca he estado tan cansada como hoy.

—Pero mira a quién tenemos aquí. Si es la mosquita muerta... —Roberta entra cerrando la puerta con un ligero clic—. Quién diría que cuando Albert me ayudó a pillarte, engañándote, claro, después os casaríais. Me siento un poco como una celestina.

—Sí, quién lo diría —comento sin muchas ganas de prolongar una conversación con ella.

—¿No esperarás reformarlo? Porque él no cambiará. —Sonríe mientras se mira al espejo—.

¿Qué se siente al estar en la misma sala junto a la amante de tu esposo? —La miro impactada por sus palabras y me doy cuenta por su sonrisa de que no he disimulado mi desagrado—. ¡Ah!, ¿no lo sabías? Pues la tienes sentada justo enfrente. Es Analisa. Qué coincidencia... o no.

Pienso en la mujer a la que se refiere y, aunque sabía que Albert tenía una amante, me sorprende que esta se siente en nuestra misma mesa.

—Si me disculpas, tengo que volver.

—Ah, ya veo que no te molesta... Al fin y al cabo, tú solo buscas lo que todas, un

título.

Reconozco que me vi tentada de aceptarlo hace poco, pero como todavía sigo esperando ser princesa, lo rechacé... Parece que al final consiguió encontrar a alguien que aceptara ser su esposa y le permitiera ser aún más libre de lo que ya es. Él necesitaba una esposa y tú, un título. La pareja perfecta.

Salgo del escusado y vuelvo a la sala, tratando de que no me afecten las palabras de Roberta. Ya sabía que Albert tenía un motivo oculto para casarse conmigo, de modo que no debería molestarme, ni tampoco el hecho de que antes de pedirme matrimonio se lo propusiera a Roberta, y mucho menos que su amante esté sentada enfrente de él, pero sí lo hace, y eso me entristece. Me entristece que me siga afectando todo lo referente a él.

Entro en el salón y veo a la amante de Albert, la tal Analisa, sonreírle, y a él devolverle la sonrisa como si no le importara que yo pueda verlo. Llego a mi sitio y Albert me mira.

—¿Estás mejor?

—En realidad te da igual como esté yo, así que haznos un favor a los dos y no finjas que te importa lo que me pueda suceder —le digo al oído enfadada.

Albert no dice nada y sigo comiendo, esperando que el sueño no me atrape. Cuando la cena termina, nos levantamos para ir a la sala de baile, pero no puedo más. Entre los chismes, el ver a Albert cerca de Analisa y el cansancio, decido que ya he cumplido de sobra con el trato y salgo de la sala en busca del coche de Albert.

—¿Se puede saber a dónde vas? La fiesta no ha acabado.

—Para mí sí. Tú puedes quedarte y seguir flirteando con tu amante.

—¿Mi amante?

—No te hagas el tonto, sabes perfectamente de lo que hablo.

Albert se queda callado un momento y luego replica:

—No finjas que te molesta. No cuela.

Me giro y lo miro.

—Me voy porque estoy cansada, no puedo más.

Albert se acerca, me coge las manos y me quita los guantes; pone mala cara. Yo trato de apartarlas, pero él me las sostiene.

—Están horribles.

—Es lo que tiene trabajar.

Albert me enseña sus manos; me sorprende que no estén tan inmaculadas como yo creía.

—Lo sé. ¿No te echas crema?

—No...

—¿No tienes dinero para crema?

—¡Claro que tengo! ¿Tengo que seguir en esta fiesta?

—No, puedes irte. ¿Te acompaño?

—No, prefiero ir sola.

—¿A dónde? Y no me digas que al restaurante donde te ha ido a recoger el coche, porque sé que allí no hay habitaciones de alquiler.

—¿Me estás investigando? ¡Esto es el colmo! Me voy.

Me subo en la limusina y me quedo estupefacta cuando veo que Albert se sube detrás de mí y se sienta a mi lado.

—Ten, ponte mi chaqueta. Hace frío esta noche.

La cojo por no escucharlo y permanezco callada todo el viaje de vuelta al restaurante.

—No vives aquí. ¿Por qué no me dices dónde vives?

—Me prometiste libertad. Yo he ido esta noche a tu dichosa fiesta, así que cumple tú tu parte.

Salgo del coche después de él y le devuelvo la chaqueta.

—Quédatela. A ti te hará más falta que a mí.

—No, estoy cansada de tu falsa caballerosidad. Te casaste conmigo solo porque fui la única que te dijo que sí, así que deja ya de fingir que te importa lo que me pase.

Le doy la chaqueta y espero de pie a que suba en la limusina, desafiante. No pienso dar un paso hasta que se vaya, porque es capaz de seguirme con tal de saber mi dirección. Albert me mira muy serio y, finalmente, entra en la limusina y se va.

Solo cuando lo pierdo de vista empiezo a andar. Cuando llego al barrio donde me alojo, estoy muerta de frío y varios tipos me miran y tratan de abordarme. Uno de ellos arranca parte de mi vestido antes de que pueda apartarme. Cuando llego a mi cuarto, estoy asustada, cansada y dolida. Sí, dolida, porque creí que Albert se preocupaba un poquito por mí y esa idea me gustaba. No aprenderé nunca.

Me seco las lágrimas y trato de desabrocharme el vestido, pero me es imposible con los botones a mi espalda. Al final me siento en la cama con él puesto, sin saber cómo seguir encaminando mi vida.

Al poco tocan a la puerta. «Seguramente será alguno de mis vecinos», pienso, y lo ignoro.

—Abre la maldita puerta.

La voz dura de Albert me sorprende, y le abro tras mover el sofá.

—¡¿Se puede saber qué haces aquí?! —me pregunta cuando abro la puerta. Sus ojos negros relucen a causa del enfado.

—¡Eso mismo iba a decirte yo! No tienes derecho a invadir mi intimidad.

—¡Tienes suerte de que sea yo el que haya invadido tu intimidad!

—No estás respetando el trato.

—¿El trato?! ¿Pero tú has visto este lugar? —Albert echa un vistazo asqueado a mi cuarto.

—¡Todos los días!

—Es un nido de ratas. Se acabó, recoge tus cosas. Ya has demostrado a todos que puedes valerte por ti misma, ahora vuelve a casa.

—¡No pienso irme! No hago esto para demostrar nada...

—¿De verdad te gustaría vivir toda tu vida así? ¿De verdad te imaginas levantarte cada mañana y ver esto?

Mi cara de horror debe de haber respondido a sus preguntas.

—Pronto tendré más dinero y podré buscar un sitio mejor.

—Bianca, no eres más que una niña rica que ha vivido siempre rodeada de comodidades. Esta vida no es para ti.

—Pero es la que yo he elegido. No es perfecta, lo sé, pero es mía, y por primera vez en diecinueve años soy libre y puedo decidir lo que quiero hacer con ella.

—¿Diecinueve años?

Su cara de sorpresa me dice que acaba de ser consciente de mi edad.

—¿Cuántos años creías que tenía?

—¿Tenías diecisiete años cuando dejaste la universidad?

—Con dinero se puede conseguir casi cualquier cosa. Incluso que tu padre te meta en el mismo curso de tu prometido, el príncipe Liam, solo para estar más cerca de él.

—Eras una niña.

—No era una niña. Ni lo soy ahora.

Albert se pasa la mano por el pelo, exasperado.

—Nos vamos de aquí.

—¡No! Te vas tú y me dejas en paz.

—¿Qué quieres demostrar?

—¡Nada! Ya te lo he dicho. No es mi problema si no me crees.

—Me niego a pensar que lo único que buscas es ser libre.

—Te repito una vez más: no me conoces. Y ahora márchate. Quiero dormir.

Él me mira un segundo y me pregunta, más calmado:

—¿Vas a poder quitarte el vestido sola?

—Claro que sí. Tú vete a ayudar a Analisa.

No dice nada, pero tampoco se mueve del sitio, por lo que sigo esperando que se vaya.

—Date la vuelta.

—No.

—He ayudado a suficientes mujeres a desnudarse como para saber que ese vestido... Tú date la vuelta.

—¿Y luego te irás?

—Sí —dice entre dientes.

Me doy la vuelta y me cojo el pelo cobrizo para facilitarle la tarea. Albert empieza a desabrochar los botones despacio. En cierto momento me parece sentir una caricia, pero debe de haber sido sin querer, él nunca me acariciaría.

—Ya está.

—Gracias. Y ahora, adiós —digo sin dejar de darle la espalda.

Solo cuando escucho la puerta cerrarse dejo caer el vestido y me llevo las manos a la cara. ¿Qué voy a hacer si no consigo salir de esta pocilga? No lo sé, pero me asusta que esto sea lo máximo a lo que pueda aspirar.

*

Un trueno me despierta y la habitación se ilumina brevemente con su luz. «¿Tendrán pararrayos estos edificios?», pienso alarmada. Siento la lluvia caer con fuerza y colarse por el cristal roto de la ventana de mi habitación. Me arropo un poco más con el vestido, que me he echado por encima como si fuera una manta, y trato de calmarme. Siempre me han aterrado las tormentas y hoy más. Vuelve a producirse otro relámpago y pego un bote en la cama. Aprieto los dientes para no llorar y, cuando tocan a la puerta, doy otro bote, pensando aterrada que alguien va a entrar.

—¡Abre, Bianca!

Salgo de la cama al reconocer la voz de Albert y le abro enseguida, olvidando las lágrimas que corren por mi cara.

Está calado y me mira muy serio.

—No piensas volver, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Bien, entonces me quedo aquí esta noche, lo quieras o no.

No digo nada y él entra. Mientras cierro la puerta y pongo el sofá, Albert repara en que entra la lluvia por la ventana.

—Maldito sitio.

Me siento en la cama y lo veo utilizar su chaqueta para tapar el agujero.

—¿No me vas a decir que me vaya? —Niego con la cabeza—. Te da miedo la tormenta. Solo eso te haría estar tan dócil.

Aparto la cara, avergonzada por que haya notado mi debilidad.

—Tranquila, al menos esta noche no estarás sola. ¿Es cómoda la cama?

—No vas a dormir conmigo.

—Pues te aseguro que en ese cochambroso sofá, menos.

Albert se mete en la cama. Se escucha otro relámpago y me sube un escalofrío por la espalda.

—Estás temblando.

La mano morena de Albert me acerca a él.

—Pero solo esta noche. Mañana haremos como que no ha pasado nada y cada uno seguirá con su vida.

—Lo que tú digas —dice con resignación—. Y ahora duerme un poco.

Me deja caer sobre su pecho y acepto su protección y su calor. Sé que una de las razones por las que estoy tan dócil es porque estoy aterrada; la otra, y que me cuesta admitir, es que me gusta estar cerca de este mujeriego que hace que mi corazón lata con violencia en mi pecho. Me pregunto por qué está aquí. ¿No sería más fácil para él desentenderse de mí? No entiendo a Albert y, la verdad, no sé si quiero hacerlo.

CAPÍTULO 4

ALBERT

Noto a Bianca temblar cuando escuchamos otro relámpago e instintivamente la acerco más a mí.

Frunzo el ceño cuando me doy cuenta de que no me disgusta mucho tenerla así, pero enseguida pienso que es porque me gustan las mujeres y Bianca es muy bonita... y muy joven. ¿Solo tenía diecisiete años cuando la seduje? Menos mal que aún me queda un poco de caballerosidad y solo le robé un beso valiéndome de algunas frases hechas. Roberta pretendía que me acostara con ella, que la arruinara del todo. Nunca me dejó dominar por nadie, salvo por mi padre, pero le seguí el juego porque era la única forma de que Roberta tuviera la boca cerrada.

—Si Roberta te hubiera dicho que sí, ya estarías arruinado. —Oigo la voz dulce de Bianca y me sorprende su comentario.

—¿Que sí a qué?

—A que te casaras con ella.

La miro pensando que se ha vuelto loca, que esta locura de querer demostrar no sé qué cosa le ha afectado la mollera.

—Nunca le propondría matrimonio a Roberta.

—Pues ella... Da igual..., buenas noches.

Se apoya en mi pecho, pero yo le alzo la cabeza para que me mire. Enseguida sus ojos azul oscuro atrapan los míos.

—Ella, ¿qué?

—Ella me dijo en los aseos que tú ibas pidiendo matrimonio a todas, y que te rechazó.

Me río con ganas.

—¿Y de verdad la has creído? Roberta cada año se supera. —Le sonrío—. Solo te lo pedí a ti.

Bueno, y hace años, cuando era un estúpido, también se lo pedí a una joven.

—¿Un estúpido? Eso lo sigues siendo, pero por como lo has dicho, debiste de pedírselo de corazón. —Bianca se apoya sobre los codos y me mira con ojos interrogantes—. ¿Qué pasó?

—Nada. ¿No tenías sueño?

—Sí, pero no puedo dormir cuando hay tormenta.

—¿Siempre? ¿Incluso cuando vivías con tus padres?

—Incluso entonces.

—Pero en esa gran mansión no podía ocurrirte nada. ¿Qué pasó? ¿Por qué te dan miedo las tormentas?

Bianca se recuesta de nuevo y guarda silencio durante largo rato —tanto, que pienso que o se ha dormido o no va a contarme nada—, hasta que, sorprendentemente, empieza a hablar.

—Yo era muy pequeña e iba en el coche de mi padre de vuelta a casa. De pronto estalló una gran tormenta. Era de noche. Yo iba en el asiento de atrás, sola, mirando por la ventanilla cómo caía la lluvia. Estaba asustada y no había nadie que pudiera calmar mis miedos. Así que me quedé sentada, esperando llegar a casa y estar con mi niñera. —Me sorprende que no diga «con mis padres», pero conozco a su padre y sé que es un hombre duro y severo, seguramente será igual con ella—. De pronto el coche se detuvo: había unas personas y un coche al parecer averiado en medio de la carretera. Estaba muy oscuro y no se les veían las caras, salvo cuando los rayos iluminaban la noche.

El chófer de mi padre bajó el cristal de seguridad y me dijo que me metiera en el maletero y que no delatara mi presencia. —Bianca se detiene a tomar aire—. Lo hice. Me quedé allí, acurrucada y muerta de miedo en la oscuridad, oyendo los truenos romper en el cielo. No sé cuánto tiempo pasó, pero de pronto escuché gritos, seguidos de un extraño silencio, que fue remplazado por el chirriar de las ruedas. El coche se puso en marcha a gran velocidad. Yo no paraba de darme golpes de un lado a otro en el maletero. En uno de ellos me di en la cabeza y perdí el conocimiento... Lo siguiente que vi fue al doctor inclinado sobre mí en el hospital. Al chófer de mi padre lo encontraron muy malherido, pero por suerte pudo contar a la policía lo que había pasado y en qué dirección habían huido. Gracias a eso no tardaron en localizar el coche robado y detener a los asaltantes, que ignoraban que yo estuviera escondida en el maletero. Todo podía haber acabado mucho peor..., pero cuando es de noche y hay tormenta, me sigue invadiendo ese miedo que sentí cuando estuve encerrada en aquel maletero.

Bianca sonrío. En ese instante la claridad de otro relámpago irrumpe en la habitación y siento cómo se tensa. Trato de imaginarla cuando era más pequeña, asustada en un maletero sin saber qué sería de ella.

—¿Cuántos años tenías?

—Casi tres.

—Eras apenas un bebé.

—Te puedo asegurar que nunca he sido un bebé. Y ahora es mejor que durmamos... o por lo menos que duermas tú.

Bianca se tumba en la cama, pero esta vez no lo hace sobre mí, sino que se gira y se aleja.

—Solo te he contado esto porque me afectan mucho las tormentas —me dice confirmando mis sospechas—. Mañana todo será como antes, y tú el primero. Buenas noches.

Me quedo observando su silueta en la penumbra de la habitación, pensando en lo que me acaba de contar y que desconocía de ella. Y entonces las palabras que ella tanto me repite irrumpen en mi mente: no me conoces. Y es la verdad, no la conozco. Sin embargo, no creo que esté aquí porque quiera ser libre, como ella dice, más bien pienso que quiere demostrarle algo a su padre, aunque no comprendo qué puede ser.

Cuando un nuevo trueno hace que Bianca se estremezca la acerco hacia mí y, pese a sus protestas, la abrazo. Está temblado y me temo que no solo de miedo. Este cuarto es muy frío y ni siquiera tiene una manta. Es un milagro que no haya cogido una pulmonía. Me podría ir sin mirar atrás y dejar que haga lo que quiera..., pero no soy capaz, y eso es lo que tanto me irrita de esta situación: que no puedo dejarla a su suerte.

BIANCA

Me despierto con una extraña sensación de protección y calidez. Me cuesta salir de mi letargo porque, al contrario que los días pasados, no siento ese frío que me hacía despertarme de golpe.

Cuando finalmente me obligo a abrir los ojos, en vez de la almohada, veo una camisa blanca ante mí...

Me incorporo de golpe y encuentro a Albert tumbado a mi lado, mirándome con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Buenos días, bella durmiente.

Lo miro horrorizada. El muy desgraciado está perfecto a primera hora de la mañana, mientras que yo debo de estar horrible y, para colmo, ayer estaba tan asustada que dormí con él. Maldita tormenta...

—¿Qué hora es? —digo saliendo de la cama e ignorando su comentario.

—Las once y media.

—¿¡Qué!?! ¡Llego tarde!

Tomo mi ropa y me meto en el aseo. Me visto y me arreglo de prisa, me recojo el pelo en una coleta y salgo de nuevo a la habitación. Albert, que estaba mirando por la ventana, se vuelve hacia mí, serio.

—Deberías mudarte a otro sitio.

—Cuando tenga dinero, lo haré. Ya te dije que lo de anoche no cambiaba nada. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme a trabajar.

Me da vergüenza mirarlo a los ojos, así que le doy la espalda y me dirijo a la puerta. Pero, cuando empiezo a mover el sofá, Albert me ayuda y me detiene cogiéndome de la mano.

—Es por tu seguridad. ¿Acaso no piensas en ella?

—Sí. Por eso pongo el sofá en la puerta.

—Mujer testaruda... —Se pasa la mano por el pelo despeinándose—. Haz lo que te dé la gana.

—Bien, por fin empiezas a entender nuestro trato. Adiós.

Y esta vez sí deja que me vaya y me marchó sin mirar atrás, sin querer asimilar lo que he sentido al estar en sus brazos. ¡Si hasta he dormido en una noche de tormenta! Esto no puede ser bueno.

*

Me seco las manos en el paño mientras espero que vengan más platos. Blanca está muy agobiada, ha venido más gente a comer de la que suponía.

—¿Te ayudo?

—¿Sabes cocinar?

—No, pero puedo aprender.

—Mejor otro día.

Me siento en la mesa, sintiéndome inútil por no poder ayudarla cuando es evidente que necesita que le echen una mano. La observo mientras corta verduras y las va echando en la olla, al tiempo que va poniendo filetes en la plancha. No pierdo detalle de cómo lo hace y trato de imitar sus movimientos con las manos.

—¿Puedo intentarlo?

—¿El qué?

—Cortar las verduras.

—No te ofendas, pero tengo mucho trabajo... —me dice sin detenerse ni apartar la mirada de los fogones.

—Claro.

Me levanto y voy hacia la parte del restaurante. El marido de Blanca va tomando las comandas de las mesas y las va dejando en un cesto en la ventana de la cocina para que las lea su mujer.

—¿Te ayudo con los pedidos? Tengo muy buena memoria.

Jorge me mira serio y luego asiente.

—Atiende las dos mesas que están cerca de las cristaleras. Toma, apúntalo todo, que no se te olvide nada.

Asiento y voy sonriente con mi libreta hacia las mesas, feliz por mi nuevo cometido.

—Buenos días. ¿Saben ya lo que quieren tomar?

Los clientes asienten y me lo dicen. Apunto todo con rapidez y, tras sonreírles, voy a la barra a dejar la nota donde he visto que las deja Jorge. Luego hago lo mismo con la siguiente mesa y, cuando ya he terminado, me acerco otra vez a Jorge, que está recogiendo platos de la cocina, y le pregunto en qué más puedo ayudar.

—Mira, lleva estos dos a la mesa catorce... la que está al final del todo.

Los cojo y comienzo a caminar despacio hacia la mesa que me ha indicado —los platos pesan mucho y además tengo miedo de derramar el líquido; voy muy lenta—. Pensaba que era más fácil.

Cuando estoy casi llegando, un hombre se levanta sin reparar en que estoy pasando por detrás de él y me empuja con la silla, haciendo que me derrame encima el caldo caliente y se me caigan los platos al suelo.

—Oh, lo siento —me dice.

A duras penas me trago un grito de dolor y le sonrío.

—No pasa nada —digo agachándome para recoger los trozos de loza.

Jorge aparece enseguida a mi lado y me coge de los hombros.

—Niña, ve a quitarte esas ropas mojadas.

—Puedo recogerlo...

—No, lo haré yo. Es mejor que vayas dentro y te seques.

Asiento, triste por no ser más que un estorbo, y me meto en el almacén, donde me limpio con un paño lo mejor que puedo y me quito el delantal. Observo mi piel, que está roja y dolorida. Me siento una completa inútil, pero respiro hondo y logro esconder tras una máscara de aplomo lo mal que me siento. He sabido guardar la calma durante años, esta vez no iba a ser menos. Tras recomponerme, salgo a la cocina y vuelvo a mi lugar junto al fregadero, el sitio de donde no debería haberme movido, y comienzo a fregar los platos que se han ido acumulando mientras trataba de hacer otras cosas.

—Ya está todo. Si no necesitáis nada más... —Me seco las manos y me quito el delantal sin mirar a Blanca.

—Blanca...

—Tengo prisa, he quedado.

—Blanca, ven aquí. No es malo que tú no hayas nacido para esto. Cada uno en esta vida tiene su lugar, y el tuyo no es este.

Me lo dice con cariño y es la pura verdad, pero eso no evita que sus palabras me hagan daño.

—Si no quieres que siga trabajando aquí, lo comprenderé.

—No es eso...

—Entonces, si no tienes inconveniente, mañana estaré aquí a las doce como todos los días.

Dejo el delantal y me marcho del restaurante. Ya en la calle, y sin ganas de volver a mi apesosa habitación, decido dar un paseo por el pueblo. Camino sin rumbo y, cuando me canso de dar vueltas, voy a mi hostel.

Al abrir la puerta de mi habitación, me quedo paralizada en el umbral. Está irreconocible. La recorro con los ojos, viendo lo que ha cambiado en ella —el cristal nuevo de la ventana, el sofá reluciente, el suelo limpio y cubierto por alfombras, el colchón nuevo y las sábanas limpias, la ropa que hay sobre la cama...— y noto la furia crecer en mi interior, porque enseguida sé quién ha obrado este cambio. Albert. ¡Lo odio! Odio que trate de dominar mi vida. Odio que nadie confíe en mí. Que nadie me crea capaz de salir adelante por mí misma. Que no puedo ser una chica más. ¿Acaso todos me ven solo como una *lady*?

Enfurecida con él y con todos, salgo al pasillo y grito:

—¿Alguien quiere muebles gratis?

Al instante llegan varias personas e invaden mi cuarto. Cojo mis ropas, las que yo he pagado con mi esfuerzo, y la ropa que me prestó Albert el día que decidí empezar mi nueva vida, y dejo que se lleven todo lo demás. Con los ojos llenos de lágrimas veo como se llevan la cama, las cálidas mantas y el cómodo sofá. Todo va desapareciendo y pronto

la habitación vuelve a parecer la misma, horrible y austera habitación de siempre, solo que ahora no tiene ni siquiera los viejos muebles.

Dejo mis cosas en el suelo y bajo a la recepción.

—Quiero mi antigua cama y mi sofá.

—¿No le gusta cómo le han dejado su cuarto?

—No. ¿Dónde están?

El hombre me señala una puerta. Al entrar, veo que el cuarto está lleno de muebles rotos y mohosos. Localizo la cama y el colchón y, sabiendo que nadie va a ayudarme, saco la cama en primer lugar y comienzo a arrastrarla escaleras arriba. No es que pese mucho, pero la dura jornada de trabajo hace que me suponga el doble de esfuerzo. Cuando llego a mi cuarto la dejo en su lugar, bajo sin perder tiempo a por el horrible colchón —me cuesta un poco menos subirlo, pues no es más que una colchoneta podrida— y después hago lo mismo con un sillón que hay, pues mi sofá no lo veo por ningún lado, o al menos lo intento, porque pesa como un demonio, y eso que es escuálido y casi no tiene espuma. Mis músculos pronto se resienten y me dejo caer en la sucia escalera para tomar aire y tratar de coger fuerzas. «Yo puedo conseguirlo, yo puedo conseguirlo...», me digo como un mantra, pero nada, por más que me lo repito, no surte efecto.

—Dime que tras ese mugroso sillón no está la cabezota de Bianca.

—Vete al infierno —contesto a Albert.

—¿No has mirado a tu alrededor? Esto es el infierno, *bonita*.

—Déjame en paz.

Siento que el sillón se alza y me levanto de la escalera.

—Ya puedo yo con él.

—¿Podrías callarte de una vez y dejar que suba este apestoso sillón a tu cuarto, que me imagino que estará vacío?

—¿Y cómo lo has sabido?

—Porque he visto a un hombre en la puerta vendiendo las cosas que te he comprado.

Me hago a un lado, incapaz de discutir más, y subo delante de él a la habitación. Cuando entramos, Albert deja el sillón en el suelo y mira hacia la cama.

—¿No te has quedado ni la manta? ¡Eres una insensata!

—¡No soy una insensata, y estoy cansada de que todos penséis que no soy capaz de valerme por mí misma! —le chillo—. Todos estáis esperando el momento en que vuelva a mi mundo. ¡Pues no lo haré! Ya va siendo hora de que asumáis que esta es mi nueva vida.

Le observo desafiante. Albert no dice nada, solo me mira como si no acabara de creerse mis palabras. Al final, sorprendiéndome, se quita la cazadora de cuero marrón y me la tiende.

—Acepta al menos esto. Te abrigará por la noche.

—Puedo ahorrar lo suficiente para comprarme una manta.

—De acuerdo, pues acéptalo hasta entonces y luego haz lo que te dé la gana —me dice con malos modos, y no entiendo el motivo. Debería estar contento de que no le pida nada pero, por su reacción, es evidente que está muy lejos de estarlo. La cojo y la tiro en la cama.

—¿Y las sábanas?

—No lo sé.

Albert se pasa la mano por el pelo, desesperado.

—¿Qué te ha pasado en la ropa? —pregunta cambiando de tema.

Miro las manchas de aceite y caldo en mi camiseta y mi pantalón.

—Se me cayó un plato.

—¿Estás trabajando en el restaurante donde te envié el vestido?

—Sí. Y ahora me gustaría estar sola. Tengo que lavar esta ropa si quiero que mañana esté seca.

La otra aún no se ha secado.

—Ni lo hará, aquí hace mucho frío. Anda, coge la ropa que tengas sin secar o sucia. Te llevaré a un lugar.

—No necesito tu ayuda...

—Solo te voy a decir dónde hay una lavandería cercana. ¿Tienes dinero? —Asiento—. El resto lo harás y lo pagarás tú.

Meto toda mi ropa en una bolsa y salgo detrás de él.

Llegamos a un supermercado y Albert toma un carro. No encaja en este sitio vestido con su ropa de marca y su impecable pantalón, pero me ahorro el comentario.

—Debes comprar detergente y suavizante. —Albert toma dos botellas y miro lo que cuestan; puedo permitírmelo.

Llegamos a otro pasillo y coge un bote de espray.

—Matacucarachas. Así podrás dormir sin que se te suban por las piernas.

No comento nada y lo dejo hacer. Pago en la caja y salimos; unos metros más adelante entramos en una tienda de ropa.

—No tengo mucho dinero.

—Es un barrio humilde, los precios son asequibles.

Me sorprende que lo sepa, al igual que la soltura con la que se ha movido por el supermercado.

No me imagino a Albert comprando nada; de hecho, solo me lo imagino de fiesta y con mujeres.

—Este juego de sábanas no es muy caro.

Miro el precio y saco el dinero del bolsillo.

—Es lo único que me queda.

Albert lo toma y lo veo moverse por la tienda. Al poco vuelve con un juego de sábanas y unas toallas.

—No me mires así. Están dentro de tu presupuesto.

Paga con mi dinero en la caja y nos encaminamos con las bolsas hacia otra tienda. Cuando llegamos, veo que se trata de una lavandería, llena de lavadoras gigantes en funcionamiento.

—Dame tu ropa.

—Es... personal —digo pensando en mi ropa interior.

—No será la primera ropa interior femenina que vea.

—Lo sé, pero quiero hacerlo yo.

—Está bien, cabezota. Pon la ropa clara en esta lavadora y la oscura en esta otra, y echa detergente y suavizante en las dos. —Lo hago y a continuación Albert me señala unos botones—. Para la ropa oscura, es mejor que le des a este programa para que lave en frío y no te encoja. Y la clara, a cuarenta grados está bien.

Asiento y sigo sus indicaciones. Cuando empieza la ropa a moverse en las lavadoras, le pregunto:

—¿Cómo sabes todo esto?

—¿Sorprendida? —Asiento—. A veces he tenido que hacerlo.

—Me cuesta creerlo.

—No más de lo que me cuesta a mí verte en ese cuartucho y observar cómo aguantas día tras día.

Tiene razón, por lo que no digo nada más. Nos quedamos en silencio mirando como las lavadoras hacen su función.

—Voy a por algo de comer... ¿O eso tampoco me lo vas a aceptar?

—Solo por esta vez.

—Chica testaruda... Ahora mismo vengo.

Sigo mirando la lavadora y, cuando acaba, abro la puerta para sacar la ropa, pero no sé qué hacer ahora con ella y Albert aún no ha llegado. ¿Dónde la tiendo?

—Joven, puede meter la ropa en estas secadoras.

Miro a una abuela de semblante amable y voy hacia donde me dice. Me doy cuenta de que también ha terminado la otra lavadora que tenía puesta, así que aprovecho para meter toda la ropa en la secadora, echo una moneda y me siento cerca.

—Perdona, no he podido venir antes. No había un restaurante decente por aquí y he tenido que ir un poco más lejos... Vaya, veo que ya la has metido en la secadora.

—Me lo dijo una mujer.

—¿Lo has metido todo junto? —Asiento—. Esperemos que no te encoja.

Albert se sienta y me tiende un bocata envuelto en papel de aluminio.

—Es de lomo con tomate.

—Gracias. —Me tiende un refresco y lo abro.

Empiezo a comer. Tengo verdadera hambre. Me fui del restaurante sin tomar nada y mi estómago ya estaba protestando. Me detengo al ver que Albert me observa divertido.

—A tu madre le daría un ataque si te viera comer así.

De todos es conocido lo poco que come mi madre y a mí siempre me ha inculcado lo mismo.

—Sí, pero por suerte no está aquí.

—Mejor, aunque sería interesante ver su cara. —Albert sonrío pícaramente y da buena cuenta de su bocadillo.

—Está muy rico.

—Me alegro. Te he comprado unas magdalenas para que desayunes mañana.

—Gracias. Pero se llenarán de cucarachas...

—Están en un bol de aluminio.

Lo miro y le sonrío.

—Piensas en todo.

Albert se ríe.

—Nunca imaginé que sorprendería a una chica por saber dónde guardar unas magdalenas.

—Y poner una lavadora.

Comemos en silencio y disfruto de este extraño momento. Cuando termina la secadora, me levanto a abrirla y voy sacando la ropa.

—Dóblala para que no se te arrugue. Dudo que tengas dinero para una plancha.

—Ahora no, pero lo conseguiré.

—Eso es lo que tú crees. —Albert niega con la cabeza. Me concentro en la ropa para evitar que vea el daño que me han hecho sus palabras.

Una a una, voy doblando las prendas y las meto en la bolsa que Albert sujeta. Cuando está todo, tomo la bolsa.

—Gracias. Y ahora, si no tienes más que enseñarme, me voy a mi habitación.

—Te acompaño.

—No, ya es suficiente por hoy. Al contrario que todos, incluido tú, yo sí creo que puedo conseguirlo, y no quiero tenerte a mi lado sabiendo que solo estás esperando el

momento en que te pida que me lleves contigo de vuelta a lo que conozco. Así que desiste y déjame en paz.

Salgo de la lavandería y empiezo a andar. Ha comenzado a caer una fina lluvia, por lo que acerco la bolsa a mi cuerpo para que no se moje la ropa, y al hacerlo me doy sin querer en mi carne enrojecida y me trago un grito. Pese a eso, no dejo de andar, y solo me derrumbo cuando ya estoy de nuevo en la «seguridad» de mi cuarto.

CAPÍTULO 5

ALBERT

Regreso a casa tras ver entrar a Bianca en su cochambroso hogar. Una vez en mi habitación, me siento tras el escritorio.

—Señor, su padre le está esperando en el comedor.

Me sorprende que mi padre haya venido a verme, pero enseguida sé por qué está aquí: para hablar de Bianca y de mi boda. Y yo que creía que me dejaría en paz...

—Buenas noches, hijo... —Mira detrás de mí cuando entro en el comedor y pregunta —: ¿Tu esposa no te acompaña?

—No.

—Espero que no esté olvidando sus obligaciones. Al fin y al cabo las mujeres solo sirven para eso y para gastar hasta el último céntimo de tu cuenta corriente. —Mi padre se ríe de su particular gracia pero yo lo ignoro, como hago siempre—. ¿Habrás hecho separación de bienes? Con la dote que le dio su padre, tiene más que suficiente.

—Está todo resuelto.

—Espero que seas más listo que yo, porque aún sigo pagando mi error.

Su «error», como él lo llama, es mi madre: se marchó cuando las cosas se pusieron feas y mi padre casi lo perdió todo, pero con el tiempo, cuando él volvió a recuperar su fortuna, regresó como si nada para pedir su parte. Yo hace años que no la veo y, sinceramente, no tengo ganas de hacerlo.

—Al menos tu madre cumplió con su cometido antes de irse y me dio un hijo legítimo.

—Sí, qué bien para ti. Aunque, de no haberte dado hijos, siempre podrías haber nombrado heredero a uno de tus bastardos. El mayor estaría encantado y se te parece mucho.

Mi padre se tensa, pero luego toma un trago de su copa y me sonrío.

—Soy un hombre fértil, qué le vamos a hacer.

No sé muy bien quiénes son mis hermanastros. A veces he tratado de buscarlos, pero mi padre se ha encargado de tenerlos ocultos, gracias al dinero que les pasa. Sé que tiene más hijos, por lo que él ha comentado alguna vez, pero los considera y los trata como bastardos. Solo conozco a uno y no sé si hubiera sido mejor no saber de su existencia...

—Sí, qué le vamos a hacer. Si no quieres nada más, me retiro a mi cuarto.

—Venía a preguntarte por tu hermanastro. —Mi padre se refiere al primer hijo que tuvo fuera del matrimonio—. ¿Sabes algo de él?

Me tenso por su pregunta y me acuerdo de otra época, hace muchos años, cuando nuestras vidas cambiaron por la mala cabeza de mi hermano.

—No, no sé nada de él. Además, ya deberías saber que el contacto que tenemos es mínimo salvo para recordarme que debería ser él el marqués.

Mi padre se queda serio. A pesar de no haberlo reconocido públicamente como su hijo, lo tiene trabajando en la empresa y le ha dado muchas veces responsabilidades que nos han salido caras... Es lo que tiene estar obligado a pagar el silencio.

—Esperemos que no se meta en problemas esta vez. Si hablas con él, dile que me llame.

Mi padre apura su copa y se va sin añadir nada más.

Lo veo salir y me preparo una copa. Suspiro tras tomármela de un trago y me acerco al ventanal.

La frialdad de mi padre no debería sorprenderme a estas alturas, pero lo hace. Aprieto los puños y pienso en Bianca, para mi desgracia. Sigue lloviendo y no dejo de pensar que está sola en esa habitación y sin nada más que una fina chaqueta para protegerse. ¿Será como mi madre? ¿Estará solo probando a su padre para que venga a por ella y le dé todo? No lo sé. Y tampoco entiendo por qué no puedo dejar de pensar en ella y en su seguridad. No debería importarme... ¡Maldita Bianca! Y maldita la hora en que se me ocurrió casarme con ella. Pensaba que no nos veríamos, que ella haría su vida y ya está. Nunca imaginé que pasaría esto. ¿Tan importante es para ella su libertad? Empiezo a creer que sí, aunque me cuesta mucho admitirlo. Me parece que lo mejor es alejarme de ella.

BIANCA

Ha pasado una semana desde que vi a Albert por última vez, y cada vez que espero que aparezca me regaño por no dejar de pensar en alguien que solo me hará daño. Lo único que he sabido de él fue un mensaje en el que me daba la dirección de una tienda de segunda mano y me sugería que fuera para comprar una manta —eso sí, me advirtió que la lavara antes de usarla—, pero tengo que agradecerle la información, ya que encontré una manta en muy buen estado y a buen precio y por lo menos he dejado de pasar frío por las noches.

Termino de fregar y me seco las manos. Desde el incidente del otro día no he vuelto a intentar hacer tareas que no se me mandan y he hablado lo justo con Blanca. Con quien sí hablo es con Laia, que se pasa muchas tardes a ver qué tal me va todo. Es una joven atípica pero me cae bien. He aceptado el hecho de que ella confíe en mí sin apenas conocerme y me gusta poder considerarla casi amiga.

—Hola, Blanca. —Laia entra en la cocina y me sonrío—. ¿Terminas a las ocho? —Asiento—.

Bien, porque Dulce y yo íbamos a ir a comprar unas cosas al centro comercial. Por si te querías venir...

—Eso me recuerda... —Blanca saca un sobre de su bolsillo y me lo tiende—. La paga de estos días.

Cojo el sobre y lo abro. Tras contar el dinero, la miro asombrada. No es mucho, pero para mí es un gran sueldo y lo he conseguido yo sola.

—Gracias.

—No es una fortuna, pero no está mal para empezar. —Blanca me guiña un ojo—. Me voy a ver si Jorge me necesita. Pasáoslo bien.

Me pongo la chaqueta de cuero de Albert. Es la única que tengo aparte de la chaqueta fina que me dio el primer día; me queda un poco grande, pero abriga bastante.

—¿Necesitas cambiarte? —Me miro la camisa manchada y la chaqueta grande.

—Yo...

—Ven, nos cambiamos en mi casa y te dejo algo de ropa. Creo que usamos la misma talla y así evitamos que tengas que ir hasta tu casa. ¿Te parece bien?

Miro a Laia, pues ha tenido la delicadeza de que parezca que no me está dando ropa suya, que solo me la deja. Asiento.

—Venga, que Dulce no tardará en llegar.

Vamos andando a casa de Laia y al entrar nos saluda un joven muy guapo y con unos ojos verdes iguales que los de Laia.

—Bianca, te presento a mi hermano, Ángel.

—Encantado. —Ángel me da dos besos y me sonrío—. Espero verte algún día con más calma,

ahora me tengo que ir. Es lo que tiene trabajar en un periódico. La noticia nunca duerme.

Se despide de nosotras y Laia me conduce hasta su cuarto. Me siento algo incómoda cuando saca un pantalón negro y un jersey azul de cuello vuelto muy bonito.

—Toma, te sentará muy bien. Y esto también —añade sacando unas botas y una chaqueta negra

—. Estas botas me las compré pequeñas; a ver si a ti te están. Y la chaqueta nunca me la pongo; me queda un poco corta y me gustan más las que son algo más largas.

—Laia, no tienes por qué dejarme nada...

—Tú harías lo mismo por mí. —Y con esa simple frase da por zanjado el tema.

Tomo la ropa y voy hacia el aseo. Cuando termino de cambiarme, Laia entra y me deja su neceser de maquillaje.

—A mí me gusta maquillarme poco, que se note pero no demasiado. Si quieres, te enseño mi técnica. Hay muchas —comenta Laia cuando ve que observo las pinturas con cara rara. Estoy decidida a aprender y, por primera vez, no temo que mi padre pueda regañar a quien me enseña.

—Está bien.

Laia me explica lo básico y la imito. Al rato estamos las dos maquilladas y, cuando me miro al espejo, me gusta cómo me veo. Me dejo el pelo suelto y, tras ponernos nuestras chaquetas, nos vamos, pues Dulce acaba de llamar a Laia.

—¿No te has traído el bolso? Espera, que te dejo uno. —Saco mis cosas del bolsillo de la chaqueta y Laia no tarda en volver con uno sencillo—. ¿Te gusta?

—Es muy bonito. Gracias.

Salimos y nos montamos en el coche de Dulce, que se vuelve sonriente para saludarme.

Enseguida me siento fascinada por sus ojos, de un raro color violeta.

*

Dulce nos lleva al centro comercial. Cuando entramos, después de dejar el coche en el *parking*, me sorprendo al ver la cantidad de gente y de tiendas que hay. De pronto me doy cuenta de que Laia se queda retrasada. Me vuelvo a ver qué le pasa y la veo tomar aire con respiraciones. Luego me mira y me sonrío como si no hubiera pasado nada, pero no se me escapa la angustia que había en sus ojos y que ahora trata de ocultar tras una sonrisa. «Tal vez le agobien este tipo de sitios», pienso sin darle más importancia. Sigo observando mi entorno asombrada. He hecho muchos viajes, he visto muchas cosas, pero pocas veces he ido a un centro comercial o simplemente a pasear. Cuando no teníamos actos a los que acudir, mi padre me incitaba a estudiar cómo ser mejor esposa para Liam. Me sé la vida de Liam casi al dedillo y, pese a eso, nunca sentí nada por él. Para mí, él era mi obligación. Más tarde, cuando le conocí en persona, me cayó muy bien, pero su presencia nunca me hizo vibrar de la emoción.

—Mira, esa tienda tiene de todo y no es cara.

Entramos. Efectivamente, cuando veo los precios, sonrío encantada por la cantidad de cosas que me puedo comprar sin que suponga un gran despilfarro para mi escaso dinero. Repongo ropa interior y camisetas de las que abrigan, algún que otro jersey y un par de pantalones.

—Gracias —le digo a Laia cuando salimos con las bolsas. Ellas también se han comprado algo.

Seguimos mirando escaparates y acabamos en una tienda de maquillajes, en la sección de ofertas de productos que han sido descatalogados. Me compro varias cosas, pero las justas, y con ellas salimos a ver más tiendas.

—¿Es la primera vez que haces esto?

Dulce me mira extrañada por la pregunta de Laia. Yo decido no mentir, aunque eso suscite preguntas por parte de Dulce.

—Sí, y me lo estoy pasando muy bien.

—¿Y por qué no has venido nunca a comprar?

—Porque de donde yo vengo me lo traían todo a mi casa —respondo mirando incómoda a mi

alrededor por si alguien me pudiera escuchar.

—¿Os apetece cenar algo? Tengo hambre, y hoy Adair tampoco puede quedar.

—Cuando no está trabajando como el que más, está estudiando sin parar. No sé cómo lo soportas —bromea Dulce sobre el novio de Laia.

—Porque sé que es importante para él. Vamos, no hay mucha gente en la hamburguesería.

Me pido lo mismo que ellas y nos sentamos a una de las mesas. Observo cómo se las preparan y yo lo repito paso por paso. Cuando por fin pruebo mi hamburguesa, me encanta, por lo que enseguida doy buena cuenta de ella y de mis patatas. Dulce nos comenta que el otro día un chico la abordó y trató de ligar con ella. Mientras Laia y yo nos reímos por cómo lo cuenta, yo las observo sin que se den cuenta. Me siento feliz por estar aquí. Nunca creí que pudiera vivir un momento como este. Cuando salía con Liam, debía ser una *lady* y comportarme como tal. No podía ir a donde quería, comer lo que quería o simplemente ser yo misma.

—¿Y cómo va la cosa con Jon?

Dulce alza los hombros.

—Nos estamos conociendo. Aún es pronto para saber si queremos ser algo más que amigos.

Aunque lleve tanto tiempo detrás de mí...

Laia asiente y me mira.

—¿Y tú tienes a alguien?

—No.

En cierta forma no es mentira. Lo único que me une a Albert es un contrato matrimonial, no hay ningún lazo amoroso por medio.

—Seguro que un día lo encuentras. Además, ahora eres libre.

—Vosotras dos sabéis algo que yo ignoro. ¿Me lo podéis contar?

Miramos a Dulce y luego Laia me mira a mí y me dice:

—Es de confianza.

—Total, no es ningún secreto. —Suspiro resignada—. No tardará alguien en reconocermé y dar la noticia a mi círculo social.

—¿Círculo social?

—Mi padre es un duque. Yo soy *lady* Bianca.

Dulce abre la boca de golpe y luego la cierra.

—¿De verdad? —Asiento—. ¿Y qué diablos haces aquí? Quiero decir, no me molesta que estés aquí con nosotras, sino que... bueno, que debes de tener un motivo; que esa vida te agobie o algo así...

Por la forma en que lo dice, me da la impresión de que la vida de la nobleza no le es tan desconocida.

—¿Tú no lo harías si no fueras libre? ¿Si decidieran todo por ti, qué debes ponerte o con quién debes casarte?

Dulce me mira comprensiva mientras asiento y luego me coge cariñosamente la mano.

—Claro que lo haría. Te entiendo y, si hay algo en lo que pueda ayudarte, lo haré encantada.

Sonrío feliz por su ofrecimiento y Laia me mira sonriente.

—¿Te gusta la hamburguesa?

—Está riquísima.

—Ya, pero no veas cómo engorda. Aunque a mí me es lo mismo —dice Dulce sonriente—. Por

mucho que coma, no engordo nunca.

—Es policía y no para un instante —me explica Laia.

—¿Eres policía? —Dulce asiento—. Tiene que ser muy emocionante.

—Me gusta mucho poder ayudar a la gente.

—¿No te da miedo? —pregunto.

—A veces sí, pero cuando con tu ayuda logras salvar a las personas, te sientes muy gratificada.

El miedo es solo una parte más de tu vida que hace que seas prudente, pero no es la que la domina.

—Me guardo esa frase para mí.

—Toda tuya —me contesta Dulce.

Seguimos comiendo y hablando de temas triviales. Luego nos pedimos un helado y damos un paseo por el centro comercial. Cuando decidimos volver, me siento en el coche con una tonta sonrisa en el rostro por la tarde tan estupenda que he pasado.

—¿Dónde te dejo?

La pregunta hace que pierda la sonrisa en el acto.

—Déjame en el restaurante. No vivo lejos de allí.

—No me importa acercarte hasta casa.

—No, tranquila, me apetece pasear.

Dulce me deja en la puerta del restaurante, que está abierto para la cena, y espero a que el coche se aleje para dirigirme hacia mi hostel con las bolsas.

Cuando llego al barrio donde vivo empiezo a sentir miedo, pero consigo reprimirlo. Llevo aquí ya muchos días y no me ha pasado nada, así que no hay razón para asustarme ahora.

Escucho como me llaman unos hombres desde la acera de enfrente y yo sigo caminando a mi ritmo.

—Qué cosa más bonita.

Un borracho trata de tocarme, pero le esquivo y echo a correr. Cuando llego a mi habitación, cierro la puerta y la atranco con el sillón para que nadie pueda entrar. Dejo mis cosas en el suelo y, tras cambiarme, me siento en la cama y miro la puerta, asustada. No debería estar asustada a estas alturas. Sin embargo, nunca había vuelto tan tarde; casi siempre regreso a las ocho y hoy son cerca de las doce de la noche.

Aún con la imagen del borracho en la mente, me meto en la cama y me cobijo bajo la manta, esperando que el sueño me atrape rápido.

*

Me despierta un gran estruendo. En un primer momento pienso que son mis escandalosos vecinos de la habitación de al lado, pero al escuchar un segundo golpe, me doy cuenta de que alguien está intentando tirar mi puerta abajo. Salgo de la cama y busco algo con lo que poder defenderme si llegaran a entrar, pero no he acabado de levantarme cuando la puerta de la habitación se rompe hecha trizas y veo aparecer en el umbral al borracho que trató de asaltarme antes en la calle.

—¡Serás mía! —dice empujando el sillón y moviéndolo con una facilidad pasmosa. ¿Y yo pensaba que eso serviría de algo?

Grito pidiendo auxilio y corro a encerrarme en el aseo, pero el hombre me alcanza antes de que llegue y me tira sobre la cama, tumbándose encima de mí.

—Hola, preciosa.

Forcejeo con él, resistiéndome. Justo cuando creo que estoy perdida, el hombre se eleva en el aire como si fuera una pluma y es lanzado contra la pared.

—¡Ve con Bianca! —Escucho gritar al hombre que me ha salvado, y enseguida veo a otro hombre bien vestido venir hacia mí.

—Ni se te ocurra tocarme —le digo.

—Tranquila, *lady* Bianca, trabajamos para el marqués. Estábamos cuidando de usted por orden suya.

Veo al otro hombre sacar de mi cuarto al borracho a empellones, y luego vuelve y empieza a poner mis cosas sobre la cama.

—¡Eh, eso no es tuyo! —le digo.

—Recoja sus cosas. Nos vamos de aquí.

—¡Yo no voy a ningún sitio! —Pero nada más decirlo, miro la puerta destrozada y me doy cuenta de que no puedo quedarme aquí. Además, aún sigo temblando por la agresión. ¿Qué habría pasado si estos hombres no llegan a intervenir?

—El señor quiere hablar con usted. —Me tienden un móvil y lo cojo sin creerme todavía que Albert vaya a estar al otro lado.

—¿Albert?

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡No debí dejarte que siguieras con esa locura! Ven ahora mismo.

No hay duda de que es él.

—No pienso ir.

—Bianca, te lo advierto, no colmes más mi paciencia. Te espero aquí.

Cuelga y me quedo mirando el móvil antes de devolvérselo al hombre que está a mi lado.

—Vamos, señora, es mejor que no tiente más a la suerte por esta noche.

—No voy a ir con vosotros.

Se miran entre ellos y, cuando veo que uno de ellos viene hacia mí, trato de huir inútilmente, pues enseguida me atrapa y me carga sobre sus hombros. Pataleo y grito mientras recorremos el pasillo de la pensión, pero nadie hace nada por ayudarme, se limitan a mirar la escena sin más.

—La joven deja la habitación —le dicen al casero al pasar por la puerta y salimos hacia un coche negro que hay no muy lejos de aquí.

—Os pienso denunciar.

—Lo que usted quiera.

Me rindo cuando me doy cuenta de que soy un peso pluma comparada con ellos. Abren la puerta trasera del coche y me meten dentro. Pese a que activan el cierre

centralizado para que no pueda salir, intento abrir las puertas durante un rato sin éxito, hasta que finalmente me dejo caer en el asiento.

Cuando llegamos a casa de Albert, espero a que me abra la puerta uno de ellos para seguir gritándoles mi descontento, pero quien lo hace es Albert, y con cara de pocos amigos.

—¡Esto es...!

—Por tu bien, no digas nada —dice cogiéndome del brazo y ayudándome a salir del coche.

Andamos por su casa sin hablar, él molesto, no sé por qué, y yo enfadada y aún nerviosa por lo sucedido. Me conduce a la habitación donde dormí el primer día y a continuación entra uno de los hombres que me han traído aquí y deja mis cosas en la mesa. Solo entonces me doy cuenta de que voy en pijama. Me tapo en un acto reflejo.

—Ya es tarde. A estas alturas te ha visto todo el mundo.

—Eres...

—¿Te das cuenta de lo que podría haberte pasado? No, claro que no. Tú, en tu mundo de fantasía, crees que la vida real es de color de rosa, pero no tienes ni idea de nada —me regaña, alzando cada vez más la voz—. Te metes de lleno en la boca del lobo y tan feliz, como si nada. Eres una insensata, una irresponsable...

—¡Basta! Ya me has dejado claro que soy una inútil. Si tengo que pasar aquí la noche, quiero que te vayas. Ya.

—No será solo una noche...

—Naturalmente que sí. ¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo es todo en estas semanas?

Apenas he dormido pensando en que lo que ha pasado esta noche me sucediera en cualquier momento. He llorado y he pasado más miedo que en toda mi vida. Tengo agujetas en lugares que no sabía que podían doler así y las manos ásperas como lijas. ¿De verdad crees que para mí la vida es de color de rosa? —Los ojos negros de Albert no pierden detalle de mis palabras—. Pues te diré una cosa. Cuando estaba en la mansión de mi padre, pese a tenerlo todo y sentirme protegida, era desgraciada. Antes lloraba porque me sentía vacía. Ahora lloro por miedo, pero sonrío porque soy feliz. Aun con todas esas calamidades, soy feliz, y no pienso renunciar a esa felicidad solo porque las cosas no hayan empezado bien.

El silencio se hace entre los dos. Albert me sostiene la mirada unos segundos más antes de apartarla y dice flemático:

—En el aseo tienes toallas limpias. Si necesitas algo, estaré en el cuarto de al lado. Buenas noches.

Me quedo mirando la espalda de Albert mientras se marcha, y luego la puerta cuando sale y cierra tras de sí. ¿Qué me he perdido? ¿Por qué no ha dicho nada? Por un momento había creído que me gritaba y me había traído a su casa a la fuerza porque de verdad estaba preocupado por mí, y me ha gustado que lo estuviera, pero tal vez me he

precipitado en mi juicio y yo le dé igual. Tanto como para que no le merezca la pena mantener una conversación conmigo.

CAPÍTULO 6

ALBERT

Doy otro sorbo a mi copa y pienso en Bianca o, mejor dicho, continúo pensando en ella. No puedo borrar de mi mente sus ojos azules llenos de determinación. No paro de darle vueltas al hecho de que quizá me he equivocado con ella. Que realmente se casó conmigo porque quería ser libre, no porque aspirara a mí título o porque prefería casarse con cualquiera antes que con el hombre que había elegido su padre para ella.

Tal vez Bianca sea diferente... No, imposible. Ella es una *lady*, lo lleva en la sangre. No obstante, no puedo negar la sinceridad y el convencimiento con que me ha hablado. ¿De verdad es feliz con su nueva vida? ¿O es que se ha vuelto loca de remate?

Apuro mi copa y me preparo para ir a dormir. Cuando paso por delante de su habitación de camino a la mía, oigo sollozos silenciados por la almohada, supongo. Alzo la mano para tocar y abrir la puerta, pero enseguida reprimo ese pensamiento y sigo andando.

Nada más meterme en la cama, mi mente me lleva al instante en el que me llamaron para decirme que Bianca había sido atacada. Lo cierto es que desde que supe dónde vivía esperaba que algo así pudiera pasar; por eso le puse seguridad. Lo que no esperaba es que cuando me dieran la noticia sintiera esa opresión en el pecho y ese miedo por lo que le hubiera podido suceder. Y eso me ha enfurecido; es más, sigo molesto por ello. No comprendo por qué mi subconsciente actúa de esta manera.

Doy vueltas en la cama, tratando por todos los medios de olvidar lo que sentí. Finalmente lo consigo cuando pienso en mi madre. Eso siempre funciona.

*

Tomo un trago de mi café y miro el reloj. Son más de las diez y Bianca aún no ha bajado a desayunar. Paso la página del periódico y, cuando escucho la puerta, alzo la cabeza para ver quién entra.

—¿Se te han pegado las sábanas?

Me mira seria y sé por el cansancio que muestra su rostro y las ojeras que, pese a la cálida y mullida cama, no ha dormido muy bien. Lleva el pelo mojado y se ha puesto unos vaqueros y un jersey sencillo. No hay rastro de aquella joven fría y distante de las fiestas, que vino hace dos años y se presentó en sociedad como la prometida de Liam, haciendo gala de lo perfecta que era. No parece la misma... ¿O siempre ha sido así y yo no me había dado cuenta?

¡Maldita sea!

—¿Quieres café?

—Ya me sirvo yo.

Bianca va hacia la mesa de desayuno; cuando vuelve, me sorprende ver que ha llenado el plato.

—Me alegra que sepas apreciar la buena comida.

Me mira con cara de perro y me ignora, sirviéndose café con leche.

—He estado buscando otro alojamiento para ti.

—Puedo hacerlo yo sola.

—Sí, nos has demostrado a los dos lo capaz que eres de encontrar un lugar seguro.

Me lanza otra mirada asesina, pero esta vez la encuentro hasta divertida. Como va sin maquillar, descubro que varias pecas resaltan en su nariz. ¿Me estoy fijando en sus pecas? Estoy peor de lo que creía. Carraspeo molesto y le paso el periódico.

—Mira esto.

Bianca lo coge y lee lo que le señalo con el dedo. Un anuncio de la sección de clasificados en el que se ofrecen estudios en alquiler a buen precio.

—No me llega para la fianza y el primer alquiler. Pero gracias por el interés.

—Sí te llega. —Me levanto un poco de la silla, lo justo para sacar mi cartera, y le tiendo el dinero.

—No pienso aceptarlo.

—No te lo estoy regalando, es un préstamo. Cuando lo tengas, me lo devuelves. Y por el bien de los dos, acéptalo.

—¿Por el bien de los dos? —pregunta con ironía—. ¿En qué momento te pedí que te preocuparas por mí? Creo que nuestro acuerdo fue simple: yo me casaba contigo a cambio de ser libre, pero desde que lo hice, no he sentido que me dejes mucha libertad, la verdad.

—¿No? Vaya, yo creía que te había dejado vivir en ese lugar cochambroso...

—Con tu vigilancia —puntualiza.

—Sí, y gracias a ella no te han violado. ¿Se te ha olvidado ese detalle? ¿O eres demasiado inocente para creer que solo quería acariciarte?

Veo que por sus ojos azules pasa un halo de tristeza, pero la oculta rápidamente tras su mirada furiosa.

—No, aunque no te lo creas, no soy tonta.

—Pues entonces coge el maldito dinero y alquila ese dichoso piso.

Bianca me mira desafiante. Casi puedo oír su mente trabajando, tratando de decidir si aceptar el dinero o no. Finalmente el orgullo es vencido por la razón y lo coge, aunque noto lo mucho que le cuesta hacerlo. Después mira su desayuno y lo aparta.

—¿No vas a desayunar?

—No tengo hambre. Me voy ya, si no tienes inconveniente.

—Te llevo.

—No.

—Sí.

—Estoy empezando a odiarte, ¿sabes?

—Ese es tu problema.

Bianca suspira y salimos de la mansión hacia uno de mis coches, pero antes me acerco a una sirvienta y le pido que me preparen en una bolsa algunos bollos y algo de comer. Cuando me subo en el asiento del conductor, Bianca me mira extrañada, pero no dice nada por que elija conducir yo en lugar de que nos lleve el chófer.

—Tengo que ir a por mis cosas —me dice recordándolo de golpe.

—Está bien. Te espero aquí.

La veo entrar de nuevo en la casa. Al poco me traen la bolsa con el desayuno de Bianca y esta no tarda en bajar con sus cosas y montar en el coche.

Conduzco hasta la dirección que aparecía en el anuncio del periódico y cuando llegamos, vemos que se trata de una zona tranquila. Nada que ver con el otro horrible lugar. Ya lo sabía, pero verlo con mis propios ojos me reconforta.

—Si accedo a quedarme aquí, es sola. Sin nadie que me vigile —me advierte.

Miro a Bianca por el retrovisor: ella lo hace desafiante. Observo de nuevo el lugar, tratando de calibrar si entraña peligro o no. Me remuevo inquieto en el asiento.

—Como me vigiles y no me dejes ser libre, me iré lejos y no me encontrarás. Y romperé el trato al igual que tú.

—De acuerdo, de acuerdo, lo que tú digas. ¿Quieres ser libre? Pues lo serás. Haz lo que te dé la gana. Pero antes de irte, coge la bolsa que hay a tu lado. Y no pienso aceptar que lo rechaces.

Ella la toma y la abre curiosa; cuando ve que son dulces y bollos, la cierra sin decir nada.

—Bien. No necesito que vengas conmigo.

Y sale del coche dando un portazo antes de que pueda decirle siquiera adiós. ¿Pero quién se ha creído que es? Observo como entra en el edificio y sigo mirando hacia allí incluso después de perderla de vista, hasta que me doy cuenta de lo que hago y pongo el coche en marcha, furioso conmigo mismo. Nunca me he preocupado por una mujer y, desde luego, no pienso empezar a hacerlo ahora.

BIANCA

Nada más entrar en el portal, me atiende una mujer y me enseña uno de los estudios que están libres. Cuando entro, sonrío agradablemente sorprendida de ver lo lejos que está de ser la habitación horrible donde vivía antes. Tiene una cama que invita a acostarse, amplia y con sábanas limpias, un aseo pequeño pero con una ducha y váter relucientes, una salita con televisión y una pequeña cocina americana.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Me tienes que dar este mes y un adelanto.

Saco el dinero del bolso y se lo tiendo.

—Cobramos el día uno de cada mes y no está permitido hacer fiestas. Por lo demás, esta es tu casa.

La mujer se va, dejándome sola en mi pequeño apartamento. Me vuelvo y cierro la puerta —la mujer ha dejado las llaves puestas en la cerradura— y las miro ilusionada. Esto va mejorando. Poco a poco lo estoy consiguiendo.

*

Ha pasado una semana desde que vivo en mi nuevo hogar. Ya duermo por las noches, por lo que estoy más descansada y me siento mucho mejor. Blanca no ha vuelto a sugerirme que me vaya a mi casa y ha empezado a enseñarme en sus ratos libres a cortar verduras y algunas cosas de cocina básica. Y Jorge, por su parte, me está enseñando a servir mesas, sobre todo cuando hay poca gente.

En resumen, me siento integrada y ya no me considero un estorbo.

—Buenas tardes —dice Laia entrando en la cocina seguida de Adair.

—¿No deberías estar estudiando? —recrimina Blanca a su hijo.

—Yo también me alegro de verte, mamá. —Adair da un beso a su madre ignorando la pregunta.

—Bianca, vamos a ir a tomar algo esta noche a la discoteca del pueblo. ¿Te apetece venir? —me dice Laia ilusionada.

Pienso en el dinero que me queda y niego con la cabeza.

—Tenía pensado quedarme en casa a ver la tele... —Cosa que no suelo hacer mucho; en realidad solo la enciendo algunas veces, para no sentirme tan sola.

—Anda, vente, lo pasaremos bien.

Laia me insiste y Adair se ríe.

—Yo que tú le diría que sí. Cuando Laia quiere algo, no suele rendirse con facilidad.

—Está bien, acepto.

Quedamos en que pasarán por mi casa a recogerme. Una vez que se han ido, Blanca

me dice sonriente:

—Toma, tu paga de esta semana.

La cojo y le doy las gracias.

—No me las des. Me estás ayudando mucho y te la has ganado.

Agradezco su comentario más que el dinero, pues me hace sentirme útil y eso me hace muy feliz.

Llego a mi coqueto estudio y empiezo a prepararme para salir. Laia me ha dado ropa suya que, según ella, no usa, y gracias a eso tengo algo más decente que ponerme para salir de fiesta. Nunca he salido con jóvenes de mi edad. Mis fiestas siempre han sido con mis padres, bailes y cenas con la alta sociedad, y la única noche que fui con Liam a una discoteca no lo disfruté, porque estaba demasiado ocupada representando mi papel de prometida perfecta. Cuando estuve aquí la otra vez, casi siempre estaba en el palacio de Liam, o con él en la universidad.

Me miro al espejo para ver qué tal me quedan la falda negra y la camiseta azul. Me gusta; la verdad es que estoy bastante bien. Me pongo las botas y, tras coger el abrigo, bajo a la puerta a esperar a los que podría empezar a llamar mis amigos.

*

Llevamos un rato en la discoteca. Me he pedido un refresco y lo tomo a pequeños sorbitos para que me dure más. Observo a Laia abrazar a Adair y este la acoge en sus brazos. Hacen una pareja perfecta y siento envidia por lo que tienen; se les nota muy unidos. Me pregunto, aun sabiendo que esa pregunta solo me hace daño, cómo sería que alguien me amara de esa forma y yo a él. No he nacido para enamorarme, desde niña he sabido que mi destino no lo decidiría yo, sino mi padre..., pero ahora eso ha cambiado. ¿O no?, porque aunque me enamorase algún día, si no fuera de Albert, siempre estaría atada a él. Lo peor de todo es que tengo más posibilidades de enamorarme de Albert que de cualquier otro. Quiero que mi corazón no lata desbocado por él, que mis ojos dejen de buscarlo siempre, y dejar sobre todo de ansiar su presencia, pero no puedo evitarlo y cada vez que lo hago me doy cuenta de que la noche que me casé con él quizás cometí un gran error. Porque estar casada sin amor es una cosa, pero estar casada con la persona que amas, viendo que nunca será tuyo y sin poder alejarte de él porque tenéis un pacto, es muy duro. Mi única esperanza es que esto que siento sea pasajero, aunque si en dos años no he conseguido olvidarlo del todo...

Dulce me dice algo y la miro para escucharla mejor.

—Por allí vienen Don Perfecto y Robert.

Sigo su mirada y veo llegar al hermano de Laia, que supongo que será Don Perfecto, y a otro joven con unos ojos dorados y muy atractivo.

—Hola, chicos. Os presento a Bianca.

Los saludo y se sientan en la mesa con nosotros.

—¿No has quedado con tu amigo especial? —pregunta Ángel acercándose a Dulce para que lo escuche.

—Sí, ahora viene, pero me iré. No quiero obligarlo a soportar tu presencia.

Los ojos de ambos se miran retadores y puedo sentir la tensión entre ellos.

—Están siempre así —me comenta Robert—. Nosotros ya nos hemos acostumbrado, pero es normal que te choque su actitud. Todos pensamos que entre ellos ha habido algo, pero ambos lo niegan categóricamente. ¿No es sospechoso?

Robert me sonrío mostrándome su blanca dentadura y le respondo con una sonrisa. Luego mira hacia la puerta y su cara se alegra.

—Pensé que no vendría. —Robert se va hacia la joven que acaba de entrar. Cuando me fijo mejor, la reconozco y me pongo rígida.

—¿Pasa algo? —me comenta Dulce.

—Iba a mi clase.

—¿Ainara? —pregunta tras localizar entre la gente a quién me refiero.

Le digo un simple sí. No le explico que, aparte de ir a mi clase, es la hermana de la que fue mi mejor amiga hace muchos años, si bien Ainara y yo nunca tuvimos trato.

—¿Nos vamos? —me pregunta Dulce.

—No, este momento tenía que llegar algún día.

—Bianca, te presento a...

—¿Bianca? ¿Eres tú? ¡Qué alegría verte!

Ainara me da dos besos y siento excesiva su confianza, pues apenas nos hablamos cuando estábamos estudiando y ahora, sin embargo, me sonrío como si de verdad se alegrara de verme.

—Sí, qué sorpresa.

Me separo un poco y voy junto a Dulce.

—Qué lástima lo de tu compromiso con Liam. Podrías haber sido reina —comenta Ainara de manera casual, como si todo el mundo lo supiera.

Robert y Ángel me miran sin entender. Pese a la música alta, lo han escuchado perfectamente, para mi desgracia.

—Lo prefiero así.

Doy un trago a mi bebida y escucho a Ainara contarles a Ángel y Robert quién soy yo, con pelos y señales. Supongo que ahora les dirá que estoy casada y con quién, pero para mi sorpresa no lo hace; no debe de saberlo.

—¿Una *lady*? ¡Qué fuerte!

Robert me mira sonriente. No me trata de forma distinta y Ángel tampoco parece muy impresionado por quién soy. Solo han sentido curiosidad.

—Sus motivos tendrá para estar aquí. —Ángel me guiña un ojo y le sonrío agradecida.

Enseguida dejan de interesarse por mi vida privada y noto que Ainara los mira con desilusión, pero pronto centra su atención en Robert. ¿Están juntos? Por la forma que tiene Ainara de mirarlo bien podría decir que sí, pero no están como Laia y Adair, pues entre ellos no hay esa química que los hace perfectos el uno para con el otro.

—Ainara y Robert están... digamos que saliendo. Pero no son novios formales aún —me comenta Dulce adivinando mis pensamientos.

—Ah, algo así me imaginaba.

Dulce se ríe y seguimos hablando y tomando el refresco. Observo a la gente bailar en la pista y siento envidia, pero me da un poco de corte ir yo sola.

—Por tu cara diría que te apetece bailar. No seré yo quien deje de cumplir el deseo de una joven hermosa.

—Sobre todo por lo de hermosa —le pincha Dulce.

—Ignórala, es lo que yo hago siempre —contraataca Ángel, pero algo en su tono de voz me hace pensar lo contrario y, cuando me quiero dar cuenta, me arrastra con él a la pista.

Una vez en ella, me da corte bailar con él, pero Ángel me coge la mano y empieza a darme vueltas para un lado y para otro que me hacen parecer estúpida, pero que me quitan enseguida la vergüenza y me hacen sonreír. Al final me olvido de todo y me muevo siguiendo el ritmo de la música e imitando a los de mi alrededor.

Pasado un rato, Ángel me mira sonriente y me dice que está muerto de cansancio.

—¿Vienes?

Asiento, pero, antes de poder seguirlo, alguien me coge de la mano y me vuelvo a ver quién es.

—Perdona. Me preguntaba si podrías quedarte a bailar conmigo.

El chico me sonrío y luego mira a Ángel, por si fuera mi pareja y le hubiera molestado su descaro, pero este no dice nada, solo me guiña un ojo incitándome a que le diga que sí.

—Yo...

—Vamos, solo será un baile —me dice acercándose a mi oído.

No lo conozco de nada, pero finalmente asiento y me dejo llevar por él. No veo nada malo en hacerlo. Con Ángel me lo he pasado muy bien y me apetece seguir bailando.

—Somos vecinos, ¿sabes? —me dice cuando estamos bailando. Lo miro sorprendida, por lo que me pregunta—: ¿En serio no me has visto nunca?

Niego con la cabeza y lo observo con más atención. Su pelo rubio le cae por la frente y sus ojos marrones me miran simpáticos.

—No.

Se ríe y yo le sonrío. Esta noche me siento diferente, como si no fuera yo misma, sino otra persona, y mi única meta es disfrutar. Además, salvo Albert —y todo fue mentira—,

nadie ha intentado ligar conmigo nunca y, pese a que el chico no me gusta, me siento halagada por que quiera bailar.

—Espero que a partir de ahora nos veamos más a menudo.

Asiento sin ver nada raro en su comentario.

—Por mí bien.

—Me llamo Aitor.

—Yo, Bianca.

El joven me da dos besos y noto que uno de ellos se aproxima mucho a mi boca. Me separo un poco mosca, pero él me mira sonriente. Ha debido de ser sin querer. Luego me pone una mano en la cintura y me hace moverme al ritmo de la música. Sonrío y, cuando se acerca más a mí, pienso que es parte del baile y le dejo hacer.

—Eres preciosa.

Me sorprende su comentario. Nadie me había dicho nunca que soy bonita; de hecho, cuando era pequeña, mis padres me repetían a menudo que era una suerte que ya tuviera un marido concertado, que con esos ojos tan grandes y la cara llena de pecas, y encima pelirroja, me sería casi imposible pescar uno.

—Gracias.

—Seguro que no soy el primero en decírtelo. —El joven se ríe pero yo no digo nada.

La canción termina y decidimos volver a la mesa. Cuando llegamos, presento a Aitor a mis amigos.

—Voy a por algo de beber. ¿Quieres que te traiga algo? —Estoy seca, pero no tengo mucho más dinero, por lo que niego con la cabeza—. Ahora vengo.

Cuando se va, Laia y Dulce me observan con mirada cómplice.

—¡Te está tirando los trastos! —me dice Laia, que se ha acercado adonde yo estoy—. ¿Te gusta?

—Es mono, pero no... Solo es simpático.

Laia se ríe y Dulce niega con la cabeza.

—Créeme, está siendo más que simpático —dice Dulce.

No digo nada y Dulce recorre con la mirada el local.

—Lo gracioso es que no es el único tío al que has llamado la atención. Allí hay uno que no te ha quitado el ojo de encima mientras bailabais... aunque desde aquí parecía incluso molesto.

Miro en esa dirección y me quedo petrificada al ver a Albert al otro lado de la pista. Él me está observando y alza su copa en señal de brindis. Lo ignoro. No así su acompañante, que no tarda en llamar su atención plantándole un beso en la boca.

—Es Albert...

—¿Lo conoces?

—Algo —miento apartando la mirada, porque me duele verlo besándose con otra.

—Ya estoy aquí. —Aitor llega con la bebida—. ¿Vamos a bailar?

Asiento y me toma de la mano para llevarme a la pista. Me ofrece de su bebida y, guiada por la rabia de sentir celos por Albert, bebo un trago sin importarme nada. Seguimos bailando y, al rato, noto que Aitor posa de nuevo su mano en mi cintura y me acerca poco a poco a él. Lo miro desconfiada y doy un paso hacia atrás, pero al hacerlo choco con alguien y me vuelvo a pedir perdón.

Mis palabras mueren en mis labios: es Albert y está mirando con cara de asesino a Aitor. ¿Pero de qué va este?

—Te la robo —le dice y sin más me coge de la mano y tira de mí, sacándome de la pista y llevándome a una parte más alejada donde no se escucha tanto la música.

—¡Déjame en paz! —Me suelto de su agarre. Albert me contempla serio y desafiante.

—¿Para qué? ¿Para que así puedas montártelo con ese?

Lo miro asombrada. No me puedo creer lo que ha dicho.

—¡Él solo quería bailar!

Se ríe en mi cara.

—Claro, y luego jugar al parchís, ¿no te jode? Qué inocente eres. ¿Eres tonta acaso?

Le suelto una bofetada y le chillo:

—¡Tú no eres mi padre!

Me siento mal por haberle pegado, pero no entiendo su salida de tono, ni sus insultos ni su enfado. ¿A él que le importa? Es mi vida. Si llego o no llego a acostarme con Aitor, es cosa mía.

—Eres mi esposa y no pienso criar bastardos.

Alzo la mano para golpearlo otra vez, pero Albert me detiene.

—Solo un bofetón por noche, preciosa.

Me suelto y lo miro desafiante.

—Tú no eres nada mío, solo mi pasaje a la libertad, ¿lo has olvidado? ¿O es que estás celoso?

—le digo, sabiendo que es mentira.

Albert se tensa y finalmente se aleja.

—Haz lo que te dé la real gana.

Y se va, dejándome plantada. ¿Por qué hace esto? Contrariada, regreso adonde están mis amigos, sin comprender su actitud. Cuando llego, Aitor está hablando con Ángel y Dulce me mira seria.

—¿Qué ha pasado? —me dice tendiéndome un refresco, al cual le pego un trago agradecida.

—Nada.

—Os he visto discutir desde aquí y le has cruzado la cara. ¿Te ha hecho algo? He estado a punto de ir en tu ayuda —me dice cerca del oído.

—Todo va bien. Solo somos amigos...

—A mí no me parecía tu amigo.

—Tienes razón, parecía un ogro. —Miro el refresco y lo muevo sin ilusión. Ya no tengo ganas de estar aquí.

—¿Estás bien, preciosa? —Aitor se pone a mi lado.

—Sí..., es que estoy cansada.

—Si quieres, te acompaño a casa. Yo también estoy algo cansado y como vivimos en el mismo edificio...

Levanto los hombros y miro a Dulce, que me está diciendo que no con la cabeza, pero sonrío rápidamente cuando Aitor se vuelve hacia ella. Ahora mismo solo pienso en desafiar a Albert.

Busco a Laia y la veo en la pista bailando con Adair, aunque, más que bailar, están abrazados siguiendo su propia música. Me acerco a ellos para despedirme.

—Me voy con él. Es mi vecino.

Dulce me mira seria, pero asiente.

—Ten cuidado.

—Es de fiar —le digo al oído cuando nos despedimos.

Me despido de los demás y salimos del local. En ningún momento me giro hacia Albert; no quiero verle mirándome de esa forma que no comprendo o, peor aún, liándose con su nueva amante.

—¿Conocías a mis amigos? —le pregunto a Aitor cuando llevamos un rato andando para romper el hielo.

—Sí, es un pueblo pequeño. Ángel y yo íbamos juntos al colegio de pequeños; hacía tiempo que no hablábamos. Él empezó la carrera antes que yo, porque no era muy buen estudiante y me ha tocado repetir algún curso. Pero nunca es tarde si la dicha es buena.

Sonrío y seguimos andando en silencio.

—Tú eres nueva por aquí. ¿Has venido por estudios?

—No, por trabajo.

Seguimos hablando de temas triviales y cuando llegamos al edificio donde vivimos, entramos al ascensor juntos.

—¿A qué piso vas? —pregunto.

—Estoy en el mismo que tú.

Le doy al número tres y sigo con los ojos fijos en el panel sin saber bien qué decir.

Esta situación me resulta algo incómoda y lo que ahora me apetece es meterme en la cama y dormir para olvidar cuanto antes a Albert.

Salimos del ascensor y voy hacia mi casa, esperando que en cualquier momento Aitor me diga que se queda en la suya, pero cuando estoy frente a mi puerta, él sigue a mi lado.

—Bueno, ya he llegado. Muchas gracias por...

No puedo terminar porque Aitor se acerca a besarme. Yo giro la cara, evitando así que me bese en los labios, y retrocedo dos pasos rápidamente, poniendo distancia entre los dos. Él, al ver mi rechazo, se aparta y me mira contrariado.

—Lo siento. Yo creí que...

—Yo...

—Buenas noches.

—Sí, buenas noches —le respondo confundida por lo que acaba de pasar.

Se marcha y yo finalmente entro en casa. ¿Qué esperaba que hiciéramos? Mi cara se torna escarlata cuando me doy cuenta de que Albert tenía razón: solo quería pasar la noche conmigo.

Estoy a punto de cerrar la puerta cuando una mano me lo impide. Asustada, trato de empujar para que se vaya, creyendo que es Aitor, pero es más fuerte y la puerta se abre. Cuando veo quién es, mi cara sonrojada se torna seria.

—¿Qué haces tú aquí?

Albert me mira con el ceño fruncido y cierra la puerta tras él. Su presencia ocupa toda la habitación —o, lo que es lo mismo, todo mi pequeño apartamento— y mi traicionero corazón late desbocado en el pecho. Lo evoco besándose con la chica de la discoteca y sin querer me imagino siendo yo esa chica.

—¿Otra vez tratas de engañarme para algún fin? —digo de pronto, pues una luz se ha hecho en mi cabeza. ¿Y si fuera eso? ¿Y si todo lo que ha hecho desde que lo conozco respondiera a un plan premeditado que no alcanzo a ver?

—¿Eso crees?

Por cómo me mira, me doy cuenta de que le ha chocado mi razonamiento. ¿No está aquí por eso? Entonces, ¿para qué ha venido?

—Si no, no encuentro otra explicación a que me hayas seguido hasta casa.

Albert me mira serio. Finalmente se pasa la mano por el pelo y se quita la chaqueta.

—Ese es el problema. Ni yo mismo sé qué hago aquí.

Y con esa simple frase, me deja aún más desconcertada de lo que ya estaba.

CAPÍTULO 7

ALBERT

Dejo la chaqueta sobre el sofá de Bianca y me paseo inquieto por la habitación, tratando de calmarme. Ni siquiera sé qué hago aquí, qué locura me ha atrapado que me ha incitado a seguirla, pero cuando vi a ese desgraciado tocarla, la furia me invadió y no pude dejar que se fuera con ella sin más. ¿Qué diablos me pasa? Sea lo que sea, no quiero saberlo.

—Mira, será mejor que me vaya.

—Sí, es lo mejor para los dos.

Cojo la chaqueta y me dirijo a la puerta, pero me vuelvo a mirarla.

—¿De verdad pensabas que solo quería acompañarte a casa? —le pregunto incrédulo pero intrigado por su inocencia.

—Sí. Creí que solo quería bailar conmigo y charlar un rato, no vi nada raro en ello... bueno, salvo quizá lo de decirme que era preciosa. —Sonríe con tristeza—. Es evidente que quería pasar la noche con alguien, nada más. Le daba igual con quién.

Alzo las cejas contrariado por su respuesta.

— *Eres* una chica preciosa, Bianca; me niego a creer que no lo sabes.

Bianca agranda los ojos y, sonrojada, baja la mirada. ¿De verdad no se ve bonita? ¿O es una treta para que le regale los oídos? Pues no va a funcionar.

—No hace falta que me mientas. Ya lo hiciste hace dos años y ya no soy esa tonta que creía que podías interesarte por mí.

Suspiro y me masajeo el puente de la nariz.

—Siento lo que pasó, pero supongo que, al igual que entonces, hoy tampoco me creerás.

—Tienes razón, no te creo, pero gracias por tus disculpas.

—Pese a todo, no te mentí tanto como tú crees —admito.

—¿A qué te refieres?

—Cuando te decía que me parecías bonita, no te mentía, y de no haber sido la prometida de Liam, seguramente hubiera intentado acercarme a ti.

—Como a todas las jóvenes de la universidad...

—Como a todas las jóvenes guapas —puntualizo.

—Pero lo hiciste. Me dijiste todas aquellas frases hechas solo para seducirme y que Liam nos pillara besándonos y rompiera nuestro compromiso. Da igual que pensaras de verdad que era bonita; eso no te exculpa de que te aprovecharas de mi buena fe. Me utilizaste, te reíste de mí. Alguien al que yo consideraba mi amigo.

—En eso tienes razón.

Antes de que Bianca aparte la mirada, veo en sus ojos el dolor que le produce que la

engañara, y eso rompe algo en mi interior y me hace sentir un miserable.

—Tuve un buen motivo para hacer lo que hice; de lo contrario, jamás lo habría hecho.

—No te creo.

—No esperaba otra cosa.

Bianca va hacia la ventana.

—Albert, nunca estaremos de acuerdo sobre esto, así que es mejor que lo dejemos estar. Por el bien de nuestro pacto, es mejor que nos respetemos.

—O que seamos amigos.

En cuanto pronuncio esas palabras me reprocho por imbécil. ¿Amigos? ¿De dónde he sacado eso? Miro furioso a Bianca y es así como me encuentra cuando se da la vuelta.

—Sí, claro, se te ve en la cara que te encantaría tener mi amistad. Buenas noches, Albert. Y, por favor, no vuelvas a entrometerte en mi vida.

Empiezo a irme, porque sé que es lo mejor, pero un extraño impulso que está empezado a cansarme me hace detenerme en la puerta y preguntarle: —¿Tan difícil sería para ti ser mi amiga?

—Sí, porque no confío en ti.

Asiento y me marcho sin decir nada más. Desde luego, la desconfianza de Bianca hacia mí es más que merecida. Cuando pienso en lo que pasó, en la expresión de su cara cuando me miró, con esa total indiferencia, supe que le había hecho daño. Si nos hubiéramos enrollado sin más y luego no hubiéramos vuelto a quedar, como suelo hacer con muchas mujeres, se habría sentido despechada, pero con el tiempo me habría perdonado. Lo malo es que ella confiaba en mí. En esa universidad, donde todos la trataban de forma diferente por ser quien era, yo traté de ser su amigo y mi presencia la hacía sentir menos sola. Eso hizo que bajara las defensas y que con solo decirle alguna cosa bonita consiguiera seducirla, pero después, cuando descubrió que todo había sido un montaje para que le fuera infiel a Liam y este se apartara de ella, se sintió doblemente traicionada.

Mientras conduzco de camino a casa, pienso en el motivo por el que la engañé. Roberta tenía en sus manos el destino de mi familia y no podía dejar que la volviera a hundir. Mi padre no se recobraría del golpe. No debería importarme lo que le pase, pero no soy tan egoísta como él y sabía que no se sobrepondría una segunda vez. Pero, pese a que tengo mis razones para hacer lo que hice, no dejo de sentirme mal por haber engañado a la joven Bianca.

BIANCA

Termino mi jornada de trabajo y, tras despedirme de Blanca, voy hacia mi casa dando un paseo.

No he dejado en todo el día de pensar en Albert y en su propuesta de ser amigos. Sé por qué le dije que no y la principal razón no era porque no confiara en él, que también, sino por miedo a conocerlo más y enamorarme otra vez de él.

Llego a mi casa y me vuelvo cuando alguien me llama. Aitor me mira sonriente y yo le sonrío sonrojada por el malentendido de anoche.

—¿Qué tal el día?

—Cansada.

—Vaya, entonces no tendrás ganas de ir a tomar nada.

—Aitor, yo no...

Él me sonrío.

—Tranquila, ya me quedó claro ayer. Pero me pareces una chica interesante y me gustaría conocerte. Quién sabe, tal vez yo también te llegue a parecer un día interesante.

Lo miro. Es un chico muy guapo, pero enseguida pienso que su pelo es muy rubio y sus ojos no tienen ese matiz chocolate de los de Albert. Me inquieto por las comparaciones y asiento.

—No me parece mal.

—Cerca de aquí hay una cafetería que tiene unos dulces exquisitos. ¿Te apetece ir?

Acepto, en parte para darme la oportunidad de olvidar a Albert, o por lo que sea que otra vez está despertando en mí.

—De acuerdo. Subo a cambiarme y quedamos aquí dentro de quince minutos.

—Aquí estaré.

*

—... Y ya me ves, con veinticuatro años y sin terminar la carrera. Pero tengo esperanzas de que este año sea el definitivo.

Le sonrío y me como otro trozo de bollo de chocolate. Llevamos un rato en la cafetería hablando y he podido confirmar que Aitor es un chico simpático y bastante atractivo. Tiene una bonita sonrisa, aunque le falta ese hoyuelo en el lado derecho... ¡Ya basta! Si casi no he visto a Albert sonreír en la vida. ¿Cómo sería si lo hiciera? Detengo mis pensamientos, pues de lo contrario, acabarán por volverme loca.

—Yo no terminé mis estudios. Mi padre no vio importante que yo siguiera cultivando mi mente.

—Eres joven, quizás algún día puedas retomarlos.

—Me gustaría. —Y es la verdad. Me gustaría elegir yo misma la carrera y formarme

en algo que me entusiasme, no para agradar a nadie, ni para graduarme en lo mismo que el que iba a ser mi futuro marido.

—La universidad pública de aquí no está mal. Te lo digo por experiencia, llevo allí muchos años. —Sonrío—. Luego está la privada, pero matricularse allí requiere tener mucho dinero o ser un cerebritito y poder conseguir una beca.

—Prefiero estudiar en la universidad a la que tú vas.

—No será por mí, ¿verdad? —Agrandando los ojos y Aitor se ríe despreocupado—. Tranquila, era broma.

Sonrío relajada. Es curioso, no siento esa tensión que tengo siempre que hablo con Albert. Con Aitor me encuentro tranquila y me pregunto si eso es bueno o una mala señal. Por desgracia, no tengo experiencia en estos menesteres. Seguimos hablando y Aitor me comenta que está trabajando por las mañanas en un supermercado para poder costearse los estudios.

—¿Y tú qué tal?

—Trabajo en un restaurante —le digo cuál y me dice que lo conoce.

—Un día me pasaré a verte.

—Suelo estar siempre en la cocina.

—Qué lástima. ¿Y qué hacías antes de venir aquí?

Pienso en mi vida anterior. Parece mentira que no haya pasado tanto tiempo, pero para mí es como si me hubiera ido del yugo de mi padre hace una eternidad. Y no lo echo de menos. Podría echarlos en falta como padres, pero la realidad es que nunca he recibido de ellos un amor paternal. Es triste que ahora que estoy lejos de ellos no les extrañe por lo que son, sino por lo que nunca han llegado a ser.

—De todo un poco.

—No sé por qué, intuyo que no quieres hablar de eso.

—No. Te agradecería que cambiáramos de tema.

—Claro, preciosa.

Me sonrojo por el piropo, sintiéndome algo incómoda. Seguimos hablando de temas triviales y, cuando empieza a anochecer, nos vamos hacia el edificio de apartamentos.

El trayecto se me hace largo. He estado cómoda hablando con él, pero hace rato que no he sabido qué más decirle y me he limitado a responder sus preguntas, sin realizar yo ninguna. Estoy distraída y no tengo la cabeza en Aitor.

—¿Ese no es el joven que te arrastró ayer de la pista de baile?

Miro hacia donde señala y veo a Albert apoyado en su coche. Cuando se percata de que le estoy mirando, me saluda y se levanta para acercarse a nosotros. Me vuelvo hacia Aitor, ignorándolo.

—Sí, el mismo.

—¿Es algo tuyo?

—Solo un amigo. Y bastante molesto, además.

Escucho una risa y sé enseguida que no procede de Aitor, sino de Albert.

—¿Bastante molesto? Y yo que creía que no éramos amigos. ¿Cuándo me has concedido tal honor?

—Lo mejor es no hacerle caso —le digo a Aitor.

Este nos mira a uno y a otro e, ignorando a Albert, me pregunta:

—¿Te apetece quedar mañana?

—No puede. Ni mañana, ni pasado, ni nunca. Así que vete a buscar a otra a la que llevarte a la cama.

Me giro y me encaro con Albert.

—¿Pero tú de qué vas? ¿Has perdido la cabeza o qué?

—¿Es tu exnovio? ¿Te está molestando? —pregunta contrariado Aitor.

—Sí, me está molestando. —Albert sonrío, el muy cretino, por mi salida de tono—. Y no, es mi exnada, de modo que puedo hacer lo que me dé la gana.

—En ese caso... Es mejor que la dejes en paz. Ella no quiere nada de ti —concluye Aitor, poniéndose de mi lado.

—Fíjate tú que eso no va a ser posible. Yo la dejaría en paz, pero es un poco difícil hacerlo ya que...

Rápidamente le tapo la boca a Albert para que no suelte lo que creo que está a punto de soltar.

—Ya que nada. Nos vemos pronto, Aitor.

Tiro de la mano de Albert, pero este se queda quieto mirando a Aitor y, sin ningún atisbo de sonrisa, le revela lo que yo no quería que nadie supiera: —Aléjate de ella, porque Bianca no es mi amiga, es mi mujer. No quiero verte cerca de ella.

Aitor lo mira desafiante y luego a mí, que observo furiosa a Albert. Sin esperar más tonterías por su parte, echo a andar hacia mi casa deseando que se pierda, o que se olvide de mí, o mejor, que desaparezca para siempre. ¿Por qué hace esto? ¿Y si Aitor me gustara de verdad? ¿Acaso me he librado de mi padre para caer en manos alguien que tampoco me va a dejar llevar mi vida como yo quiera?

Entro en mi casa cerrando la puerta con fuerza, pero esta no se cierra, pues Albert me ha seguido de cerca y la ha detenido a tiempo. Furiosa, me dirijo a la ventana tratando de calmarme.

—Te diría que lo siento, pero lamentablemente no es así. Ese joven no te conviene.

—Ni a ti tampoco tus amantes y yo tengo que mirar hacia otro lado. ¿O quieres que la próxima vez te monte alguna escena? Porque ayer no fui a tirarle de los pelos a la morena que te besaba. ¿O lo hice?

—¡Yo no tengo la culpa de que las mujeres se tiren a mi paso! No busqué que me besara. Y, para que lo sepas, no es mi amante.

—Me es lo mismo. —Miro por la ventana—. ¿Por qué lo haces? ¿Para atormentarme? ¿Este era tu plan desde el principio? No eres más que un mentiroso rompenormas.

—Sinceramente, no lo sé.

Me río por no llorar.

—Últimamente nunca sabes nada. —Nos quedamos en silencio—. Esto es una locura..., creo que lo mejor será romper este matrimonio y que yo vuelva a casa de mis padres. —Solo el hecho de decirlo hace que sienta una gran tristeza en mi interior.

—¿Es lo que quieres?

—¿Y qué importa lo que yo quiera? Yo solo quería ser libre y no puedo serlo...

—No me gusta ese tío.

—¿Por qué?

—Porque no.

Bufo y me siento en el sofá, cansada.

—Lo siento —me dice serio Albert.

—No lo sientes.

—No, pero parece que es lo que tú esperas oír.

Albert se sienta en el butacón que hay frente a mí.

—¿A qué has venido? Aparte de para amargarme la vida, me refiero.

Albert me observa serio.

—Aunque no te lo creas, lo que está pasando me gusta menos a mí que a ti. Si pensé en ti para casarme fue porque creía que serías indiferente a todo. Cuando te conocí, no hablabas mucho, solo escuchabas las sandeces que te decía y aceptabas mi presencia sin más. Llegué a pensar que no tenías sangre en las venas. —Lo observo enfadada—. Pero por lo visto no eres así, solo actuabas como se esperaba que lo hicieras, con sumisión.

—Sumisa. —Sonrío con tristeza—. Mi padre hace años descubrió que no lo era y puso remedio.

—¿Qué hizo?

—Nada. —Desvió la mirada.

—Era la imagen que dabas. Parecías una belleza de hielo.

—Pues ya ves que no soy así.

—Sí, y por lo que dices, tu padre también se dio cuenta y te obligó a que ignoraras toda esa fuerza y el fuego que hay en ti.

Lo miro sorprendida por sus palabras.

—¿Tan malo es estar casada conmigo?

Me parece escuchar en su voz un atisbo de inseguridad. Lo miro a los ojos y decido responderle la verdad:

—No lo sé.

Albert asiente. Lo que no le digo es que, cada vez que lo veo, mi corazón late desbocado, y que pese a su bravuconada con Aitor, me he sentido querida. Sin embargo, sé que todo eso es mentira, que él no está celoso porque no siente nada por mí, salvo ese afán por fastidiarme que no entiendo.

—Nada está saliendo como tenía pensando —dice después de un rato, como pensando en voz alta.

—¿Y cómo tenías pensado que sería? —le pregunto intrigada.

Albert sonrío.

—Pues... que tú estarías en una de mis casas, irías de compras, harías lo que siempre has hecho y nos veríamos de vez en cuando en las fiestas.

—En ese caso, tienes razón, la realidad no se parece mucho. Pero yo te dije lo que quería antes de seguir adelante.

—Sí, lo sé, pero cuando acepté, pensaba que me daría igual lo que hicieras y dónde estuvieras...

Se calla y yo ansío que diga lo que he podido entrever en sus palabras.

—¿Y? —le pregunto con el corazón saltando en mi pecho.

—Que no me eres tan indiferente como yo creía. Y no me gusta que sea así.

Sonrío con tristeza.

—Tal vez solo sea porque no puedes desentenderte sin más de alguien que lleva tu apellido.

—Es posible.

—Seguro que es eso.

Nos quedamos en silencio unos momentos.

—¿Te das cuenta de que estamos hablando sin gritarnos? —le digo para romper el hielo.

—En el fondo, no soy tan malo.

—Muy en el fondo —le corrijo.

Albert sonrío de medio lado, pero no se queja.

—¿Te gusta ese chico?

—¿Aitor?

—Como se llame.

—No... Pero es agradable gustar a alguien. Y me caía simpático.

Tampoco esta vez le digo que solo trataba de comprobar si mi corazón podía latir de la misma manera por Aitor que cuando estoy a su lado.

Albert me mira como si me estudiara.

—Tienes la autoestima muy baja, Bianca.

Alzo los hombros.

—Sé para lo que valgo.

—O solo sabes lo que te ha dicho tu padre.

—Desde que no estoy sujeta a lo que él me manda, en cierta forma me estoy descubriendo a mí misma, y me gusta lo que veo.

—Y temes que yo sea como él.

—No, no eres como él.

—¿Cómo estás tan segura? Hasta ahora, solo he sido un capullo.

—¿Te importa haberlo sido?

—Seamos justos. No siento haberte quitado de en medio a ese tal Aitor, pero sí hacerte daño.

—Lo dices como si te costara reconocer que tienes corazón.

—Y lo tengo. Lo escucho latir todos los días —bromea.

Me río sin poder evitarlo.

—Al menos ya no tienes esa cara de tristeza.

—Tenía cara de furia.

—Y ganas de matarme.

—Sí. ¿Quieres que lo haga?

Albert sonrío; se le ve relajado. Lo miro sin entender en qué punto estamos ahora, pero disfrutando de nuestra momentánea tregua.

—¿Qué te hacía tu padre para que no olvidaras cómo debías ser?

Siento un escalofrío al recordarlo.

—No me apetece hablar de eso.

—Cuando yo era pequeño, mi padre me obligaba a estudiar libros de empresariales hasta altas horas de la noche.

Me sorprende su confesión y, por la cara de Albert, a él también habérmelo contado.

—Mi padre me hacía pasar la noche sola en el porche de la casa cuando había tormenta, para que no olvidara sus lecciones. Solo cuando pedía perdón me dejaba pasar.

Noto que la respiración de Albert se agita.

—Qué padres más crueles.

—Solo hacían lo que les habían enseñado —respondo.

—Puede ser. Mi abuelo le hacía lo mismo a mi padre; le obligaba a estudiar cosas que no correspondían con su edad, y él hizo lo mismo conmigo. —Hace una pausa—. Por eso yo no quiero tener hijos. No quiero ser como él.

Lo miro a los ojos y veo que dice la verdad.

—No creo que fueras como él.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Sabes lo que es el dolor y, además, todos podemos ser como queramos. La elección es nuestra.

—Entonces, ¿por qué te arruino tu libertad cada dos por tres? —Albert se levanta y se acerca a mirar por la ventana—. No, creo que en el fondo soy igual que el cabrón de mi padre, y que tu padre.

Solo hago esas cosas porque tengo poder.

Pienso en lo que ha dicho y en lo que ha sucedido estos días.

—Mi padre no cuidaba de mí.

Albert se da la vuelta.

—Una de las veces que pasé la noche fuera, en el porche, me constipé y estuve muy mala con fiebre. Pensaba, cuando me recuperé, que no volvería a imponerme ese castigo..., pero lo hizo. No le importaba que volviera a enfermarme, solo quería que aprendiera a no desafiarle y a ser la mejor prometida para Liam.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Tú no tenías por qué cuidarme. Podías haber pasado de mí... pero cuando te enteraste de dónde vivía, me pusiste a dos guardaespaldas para que no me pasara nada y me sacaste de allí. Y

luego me dejaste marchar, pero no sin antes asegurarte de que iba a un sitio mejor.

—No me hagas un santo.

—Eso está lejos de mi intención.

Albert sonrío.

—De acuerdo, dejaré de meterme en tu vida. Si te quieres liar con alguien, lo respetaré...

—Gracias.

—... Aunque sigo pensando que en el fondo no eres así. Que tú solo podrías estar con alguien a quien amaras.

—¿Acaso está hecho el amor para nosotros? No, eso es algo, y lo sé desde niña, que no está a mi alcance. Siempre supe que nunca podría elegir con quién casarme. A la vista está.

—Yo no creo en el amor, pero tú eres mujer y a las mujeres os gustan esas chorradas románticas.

Me río por su lógica.

—Machista.

—Realista. He estado con unas cuantas mujeres y sé alejarme de ellas cuando veo que quieren algo más de mí.

—Sí, seguro que dejarlas plantadas se te da muy bien.

—Nunca he estado con alguien el tiempo suficiente como para que me costara decirle adiós.

Su fanfarronada me hace sonreír, sobre todo porque él mismo me confesó que a una sí le pidió matrimonio porque quiso.

—Eres un donjuán —le digo sin mirarlo a la cara porque no quiero que vea lo mucho que me molesta imaginarlo con otras.

—No tanto como las malas lenguas cuentan. —Mira su reloj—. Tengo que irme, pero antes he de decirte para lo que he venido hasta aquí.

—Dime.

—La semana que viene es la reunión anual en la mansión...

—... De los condes «amigables» —le corto, recordando ese evento y usando el mote irónico que se les ha puesto siempre a los condes por su seriedad.

—Ya sabes lo importante que es asistir a esa fiesta.

—Sí, mis padres seguramente irán.

—Supongo. Y nosotros debemos ir también. Mi padre tiene importantes reuniones con accionistas de su empresa y yo..., yo tengo que ayudarlo.

—Ya veo. Trabajo...

—Bianca, no te pediría que vinieras si no fuera importante. —Lo miro con las cejas arqueadas

—. Vale, está bien, necesito que vengas. Recuerda el trato.

—¿Ese que tú no paras de romper?

—Bien, olvida el trato. Necesito que vengas. Mi padre me ha insistido en que debes estar allí.

—Y tú no quieres desafiarlo.

—Es importante para el ducado.

La frialdad con la que lo dice me hiela la sangre.

—Es un fin de semana completo. Tendré que hablarlo con mi jefa para que me dé dos días libres.

Albert asiente.

—Me voy. Si sales, ten cuidado.

—Al final voy a pensar que sí te preocupa lo que me pase.

Albert se pone su chaqueta y me mira serio.

—No me gustaría que te ocurriera nada malo, nada más. Como tú has dicho antes, ahora compartimos apellido, para lo bueno y para lo malo.

—Y el apellido es algo que hay que cuidar.

—Naturalmente. Buenas noches.

Por un instante había creído que yo le importaba por mí misma, no por lo que nos une, por el título o por el buen nombre de su familia. Solo ha sido un instante, pero ha servido para darme cuenta de que, por mucho que me mienta, que trate de convencerme a mí misma de que no me gusta, no dejo de sentir esta loca atracción por él que cada día crece más y más. Esto es una locura, no tenía que haberme casado. Al menos con el conde no estaba en peligro mi corazón; con Albert, sí.

CAPÍTULO 8

ALBERT

Ya en casa, me meto en mi estudio aún con la sensación de ser un miserable. No merezco que ella piense que no soy tan mala persona. Ella no sabe la verdad...

—Ya era hora de que llegaras.

Alzo la vista y veo a mi padre. A pesar de ser mucho mayor que yo, su pelo aún conserva ese color azabache igual que el mío, y sus ojos casi negros me miran con intensidad. Somos iguales, lo he sabido desde niño. Esta noche, sin embargo, cuando Bianca habló de mí tan dulcemente, por un instante fantaseé con que tal vez no lo fuera.

—¿Ya la has convencido para venir? La necesitamos.

Con esa sola frase, mi padre me hace olvidar mis estúpidos pensamientos y le sonrío amargamente.

—Ella estará —respondo. Aunque Bianca no me lo ha dicho con seguridad, sé que ella, al contrario que yo, no rompería un trato con tanta facilidad.

—Bien, no esperaba menos de ti. Todo está saliendo genial.

—Sí, maravillosamente bien. —Voy hacia el mueble bar y me sirvo una copa de mi mejor bebida.

—Espero que no tardéis mucho en darme un nieto.

La bebida se me atraganta al oír eso, pero hago lo posible para que mi padre no lo note.

—Ese no era el trato.

—Solo te estoy recordando quién eres. Un duque no puede permitirse el lujo de no asegurar la continuidad de su linaje.

—Ella aún es joven, hay tiempo.

—Sí, pero siempre puede salir huyendo como hizo tu madre, no lo olvides.

—No lo olvido. Y si lo hago, sé que tú te encargarás de recordármelo. —Termino mi copa y me vuelvo hacia él—. Si no tienes nada más que decirme...

—No, nada más. Solo venía a ver cómo había ido todo con la joven. ¿Aún no se le ha pasado la tontería esa de vivir en la pobreza? No quiero hacer enfadar a su padre.

Como últimamente mi padre me visita muy a menudo, al final no me quedó más remedio que contarle dónde vivía Bianca, porque nunca la encontraba en casa cuando él venía.

—Ella es libre para hacer lo que quiera...

—No es libre, Albert. Es una *lady* y está educada para cumplir órdenes. Ahora eres su marido, haz que te obedezca.

—¿Como te obedeció a ti mi madre?

La mandíbula de mi padre se tensa.

—Precisamente, no quiero que cometas mis mismos errores. Yo por lo menos la dejé ir cuando ya te tenía a ti. Y además, ella volvió.

—Sí, para pedirte dinero.

—Pero volvió. —No digo nada, es inútil discutir con mi padre—. Nos vemos en la fiesta.

Cómprale ropa. Una futura duquesa no puede ir con andrajos.

Aprieto los dientes por la furia y, cuando mi padre se va, estrello el vaso contra el suelo.

Piense lo que piense Bianca, yo soy como mi padre. De lo contrario, nunca me habría casado con ella, pues aunque ella no lo sepa, una vez más la estoy engañando y saberlo me amarga por dentro. Porque, aunque me molesta reconocerlo, Bianca se está colando poco a poco en mi interior.

BIANCA

Dulce y yo sonreímos ante el comentario de Laia. Estamos en su casa viendo una película e hinchándonos a comer. Frente a mí tengo un bol de patatas con sabor a queso mezcladas con helado de chocolate pero, pese a la extraña combinación, debo decir que está buenísimo. Eso sí, lo que más me ha gustado han sido las palomitas con chocolate.

—¿Y dónde será la fiesta?

Les he contado a las dos todo lo referente a Albert, nuestro trato y todo lo demás.

—En casa de unos horribles condes. Cuando era pequeña tenían fijación por mis mejillas y no paraban de pellizcármelas.

—¡Qué horror! Odio que me hagan eso —dice Dulce.

—¿Entonces el chico del otro día es tu marido...? —pregunta Laia—. Se me hace tan raro pensarlo...

—Ya, pero si no hubiera sido él, habría sido otro. El matrimonio concertado con alguien de mi clase es algo inherente a ser una *lady*.

—No me imagino teniéndome que casar con alguien que no me gusta. —Noto que a Laia la recorre un escalofrío—. Acostarte con él... es como una violación consentida, ¿no?

Siento dolor en sus palabras y asiento.

—He sido educada para aceptar y callar.

—Pero Albert te gusta —sentencia Dulce.

—No... No me puede gustar, no confío en él.

—¿Por? —pregunta curiosa Laia. Yo les cuento esa parte de la historia que me faltaba, lo que ocurrió hace dos años—. ¡Qué desgraciado! ¿Y no piensas que tal vez ahora tenga también un motivo para todo esto? Apareció de la nada la noche de tu pedida de mano..., todo es muy mosqueante.

—Claro que lo he pensado, pero...

—... Te gustaría creer que no es así —termina Dulce por mí.

Asiento.

—No confío en él, pero eso no quita que me sienta atraída por él. No sé cómo luchar contra esta atracción. No tiene sentido...

—Te comprendo muy bien —dice Dulce.

—¿Y tú por quién sientes algo así? —pregunta Laia sonriente.

—No voy a caer, no te lo pienso decir.

—Al menos, lo intenté —Laia me mira y creo que las dos sabemos que se refiere a Ángel.

Seguimos comiendo un poco de todo sin hacer mucho caso a la película, pues parece que mi vida resulta más interesante.

—Tal vez se casó contigo porque no soportaba verte con otro —opina Laia de pronto. Dulce se ríe y me explica:

—Laia es una romántica.

—De acuerdo, lo admito, pero tal vez... Bueno, vale, se casó por un motivo, pero lo del otro día, la forma de sacarte de la pista, pudieron ser celos. Lo mismo empieza a quererte...

—Siento desilusionarte, Laia, pero Albert solo me sacó de la pista porque no quiere que engendre bastardos. Palabras textuales tuyas. Aunque me haya prometido libertad, sé que no lo cumplirá —digo con tristeza—. Acabará siendo como mi padre o como cualquier otro con el que mi padre hubiera dispuesto que me casara. Al final no cumplirá su promesa, me sacará de aquí... y querrá que tengamos hijos, quiera yo o no, para dejarles su ducado.

Las miro resignada, pues a veces pienso como Laia, que esas reacciones que tiene son porque en el fondo siente algo por mí, pero luego descarto esa idea rápidamente. He nacido y crecido en la alta sociedad y sé que solo se muestra así porque quiere preservar la reputación de su familia.

—Lo siento, Bianca.

—Veamos la peli. —Me fuerzo a sonreír para no dejar que la tristeza me atrape.

Mañana será la fiesta. Ayer le pregunté a Blanca si podría no ir a trabajar y me dijo sonriendo que ya era hora de que pidiera días libres, que me los merecía. Pese a eso, me sabe mal perder dos días de trabajo. Con la nueva casa, al ser más cara, el dinero me llega más justo que antes.

—Bianca, te está sonando el móvil.

Miro mi bolso y me levanto a cogerlo. Como no lo uso, ni me acordaba de qué melodía tenía puesta.

—Hola —contesto a Albert al descolgar.

—¿Dónde estás?

—En casa de Laia. ¿Por qué?

—Estoy en la puerta de tu casa. Te he traído unas cosas para mañana. Paso a buscarte... si puedes.

Me sorprende ese «si puedes». Lo ha dicho mecánicamente, como si tratara de obligarse a no recordar que tenemos un trato.

—Sí, no hay problema.

—Perfecto. Dime la dirección y estoy allí en unos minutos.

Se la doy y cuelga, no sin antes decirme que me espera en la puerta.

—Era Albert. Va a venir a darme unas cosas para mañana.

Laia sonrío.

—No pongas esa cara. Para él todo esto no es más que una transacción comercial. —
Me pongo la chaqueta y cojo el bolso.

—Pásatelo bien. Ya nos contarás —dice Dulce.

—No habrá mucho que contar. Solo estar quieta, bailar con quien te lo pida y aguantar charlas insufribles. Ah, y poner buena cara y no opinar de nada, pues no es lo que se espera de mí.

—Qué horrible —alega Laia.

—Estoy acostumbrada.

Tras despedirme de ellas bajo a esperar a Albert. Me sorprende al ver que su coche negro ya está en la puerta.

—Buenas noches —digo cuando monto en el coche.

—Buenas —Albert me saluda mirándome de reojo y pone el coche en marcha.

—Has venido muy rápido, ¿no?

—¿Preocupada por mí?

—Sueñas.

Se ríe y me explica:

—Iba conduciendo cuando te llamé; hablaba por el manos libres.

—Ah.

En pocos minutos estamos frente a mi portal. Al salir, Albert abre el maletero, en el que hay varias bolsas; las toma todas sin dejarme ninguna.

—Yo también puedo coger alguna.

—Puedo con todo, gracias.

—Cabezota.

Saco las llaves y abro la puerta, sin hacer más intentos de ayudarle con las bolsas. Mientras subimos en el ascensor, me dedico a mirarlo disimuladamente. Está increíblemente guapo, como siempre, y mi corazón no ha parado de latir con fuerza desde que lo vi. Tengo miedo de que sepa lo que provoca en mí cuando lo tengo tan cerca, pero dudo que se dé cuenta. Solo tiene ojos para sí mismo. Hasta siento un malestar extraño en el estómago; seguramente será por los nervios de tenerlo a mi lado.

Salimos en mi planta y abro la puerta de mi estudio. Albert entra detrás de mí y deja las bolsas en el sillón.

—Te he comprado varias cosas, para que elijas qué quieres ponerte para el viaje y qué para cuando lleguemos.

Albert va abriendo las bolsas y enseñándome los caros vestidos, pero no digo nada. El dolor de estómago va a peor y empiezo a pensar que no se debe solo a su presencia.

—¿Te gustan?

Asiento mientras comienza a recorrerme un sudor frío por el cuerpo.

—¿Bianca?

Tomo aire intentando controlarlo y le digo:

—Estoy bien.

—¡Y una mierda! ¡Estás pálida!

De pronto, noto una arcada. Noto que todo lo que he comido está subiendo por mi esófago y, sinceramente, no me extraña.

—Voy a... —Me llevo la mano a la boca y doy dos pasos hacia el aseo, pero Albert me coge en brazos rápidamente y me lleva en dos zancadas—. Sal y cierra la puerta.

Albert no lo hace y no puedo evitar echar parte de lo que llevo dentro en el váter, delante de él.

Me siento débil cuando termino y me dejo caer en el suelo del baño. Albert tira de la cadena y me pone una toalla mojada en la nuca y en la frente.

—Ya puedo yo..., solo necesito un poco de tiempo para recuperarme —digo y respiro hondo varias veces para que se me pasen las náuseas.

—¿Se puede saber qué has cenado?

—De todo un poco. —Lo miro con una sonrisa. Albert me seca las lágrimas que tengo bajo los ojos por el esfuerzo de las arcadas—. ¿Puedes dejarme sola un rato, por favor?

—No.

Trato de insistir en que se vaya, pero una vez más siento que mis tripas se revuelven y me levanto para vomitar. Cuando se me pasa, Albert repite el mismo procedimiento que antes y yo me dejo hacer, pues ahora sí que estoy sin fuerzas.

—Estoy mejor —le digo cuando pasa un rato y mi estómago se mantiene quieto.

Siento la mirada de Albert sobre mí, pero yo prefiero no hacerlo. Estoy avergonzada por mi comportamiento. Nunca he vomitado delante de nadie, y que él me haya visto hacerlo me hace sentir vulnerable.

Albert me levanta y me lleva con cuidado a la cama.

—No soy una inválida.

—Pero pueden fallarte las piernas. Estás blanca como el papel.

Me dejo caer en los almohadones y Albert se va; le oigo trajar en mi cocina, abriendo todos los armarios y buscando no sé qué.

—¿No tienes limón? —me pregunta con un deje molesto.

—No.

—Tienes la nevera casi vacía. ¿Es que no te cocinas nada?

—No sé cocinar... Nadie me enseñó.

—¿Y te gustaría aprender?

—Pues... sí. Me gustaría poder hacerme mis propias comidas —respondo, aunque en lo último que pienso ahora mismo es en comer.

—¿Te encuentras lo suficientemente bien como para que te deje sola un momento?

—Claro —miento, pues al hablar de comida se me ha revuelto todo otra vez. Juro que no volveré a tomar más helado con patatas con sabor a queso. Laia y Dulce deben de tener el estómago a prueba de bombas si pueden soportar estas comidas.

—¿Seguro?

—Que sí. Vete o empezaré a pensar que te preocupas por mí de verdad.

Albert no dice nada; solo le oigo coger las llaves y cerrar la puerta.

Me levanto de la cama cuando las náuseas me vuelven con fuerza, pero me flaquean las piernas.

Me apoyo en la cama para no caerme y luego me mentalizo y voy andando lo más rápida que puedo hacia el aseo, que afortunadamente está cerca. Una vez frente al váter, mi estómago se contrae violentamente y vomito de nuevo. Las arcadas son tan terribles que siento que mis ojos se llenan de lágrimas otra vez. Cuando termino, tiro de la cadena y trato de volver a la cama, pero no tengo fuerzas y me dejo caer en el suelo, frustrada y agotada.

No recuerdo haberlo pasado tan mal en mi vida, pero también es cierto que siempre he comido muy poco. Desde que estoy aquí como bastante más de lo que estoy acostumbrada y esta noche ha sido el colofón.

Pego la espalda contra la pared, apoyo la cabeza en mis rodillas y me abrazo a ellas, esperando recuperar fuerzas poco a poco.

—¿Estás bien? —oigo decir a Albert desde la puerta del baño, y me parece notar un deje de preocupación en su voz, pero cuando levanto la cabeza para mirarlo, veo que está tan serio como casi siempre.

—Sí, genial —comento con ironía.

No protesto cuando Albert me coge en brazos y me levanta; no tengo fuerzas ni para eso. Dejo caer la cabeza en el hueco de su cuello y aspiro su aroma, me embriago con él y cuando me deja en la cama y se aleja, me invade la tristeza porque el instante haya sido tan corto.

—Tómate esto. —Abro los ojos y veo un vaso ante mí lleno de un líquido que ahora mismo no sé identificar—. Limón con azúcar y una pizca de sal.

—¿Está bueno?

—Te sentará bien. Anda, no seas remolona.

Miro a Albert, sorprendida por su cariño. Nunca antes alguien había cuidado de mí. Cuando me ponía enferma, mi padre no dejaba que nadie me cuidara más de lo necesario.

Es curioso que él sea el primero en hacerlo, más cuando esto no entraba en el acuerdo. O tal vez solo le preocupe que me recupere para la fiesta.

—Vale, me lo tomo. Así no romperé el acuerdo de mañana. —Me lo bebo sin degustarlo mucho y cuando lo termino, me dejo caer en la cama y cierro los ojos algo más relajada.

—Es posible que con esto y después de hacer echado lo que te ha sentado mal, te recuperes.

—Mañana estaré bien, tranquilo. Cumpliré con el trato.

—¡Me importa una mierda el trato! —grita, levantándose de la cama como un resorte. Luego, toma aire como si necesitara calmarse y añade—: Ahora duerme y descansa.

Albert se ha puesto hecho una furia cuando le he mencionado nuestro acuerdo. No lo comprendo. Nuevamente me asalta la tentación de pensar que le importo, aunque sea un poquito, pero enseguida me reprendo y me digo que él no siente nada por mí y que pensar de otro modo solo me haría daño. Es mejor pensar mal que sufrir una nueva decepción con él.

ALBERT

Miro a Bianca mientras recuesta la cabeza sobre la almohada. Acabo de traerla del aseo de vomitar una vez más. Ya no le queda nada dentro y, sin embargo, su cuerpo sigue contrayéndose por las náuseas. Está pálida y tiene la frente cubierta por un sudor frío. Le tiendo otro vaso de suero de limón y se lo toma antes de dejarse caer sobre la cama.

La observo mientras se va quedando dormida de puro cansancio y pienso en sus palabras. Ella cree que solo hago esto porque quiero que mañana esté bien para la fiesta y, aunque esa debería ser la única razón, no es solo por eso. Y saberlo me molesta. Lo mejor hubiera sido llamar a un médico y desentenderme, que otros cuidaran de ella, pero no he sido capaz. Cuando la vi pálida ante mí, me asusté y eso me desconcertó, pues de verdad me preocupaba que pudiera tener algo peor.

No sé qué me pasa con Bianca. Esta sensación es nueva para mí.

Me siento en el sofá y me quedo dormitando en él. Cuando los rayos del sol dándome en la cara me despiertan, me levanto y miro qué hora es. Es tarde si queremos llegar al almuerzo en la casa de los condes.

Voy a la cocina y cojo el café que compré ayer en la tienda 24 horas del pueblo suponiendo que Bianca no tendría, y pongo una cafetera. Dormito en el sofá hasta que escucho salir el café y la apago, tras lo cual me preparo un café y regreso al sofá. Lo necesito si quiero despejarme del todo; por desgracia, la cafeína no surte efecto, sigo ausente y pensando sandeces que no son propias de mí.

Oigo un ruido y me vuelvo a tiempo de ver a Bianca salir de la cama.

—¿Dónde te crees que vas, insensata?

Alza sus ojos azules y me mira seria.

—Me encuentro mejor y llegamos tarde.

—No hay prisa. Además, deberías quedarte y guardar cama. —«¿De dónde me ha salido eso?», pienso tras mi comentario.

—No, yo cumplo mi palabra, y en realidad me siento mejor —dice mientras se pone las zapatillas de andar por casa y va hacia el aseo.

Me termino el café y me paso nervioso la mano por el pelo. ¿De verdad le he dicho que se quedara? Sí, y lo peor es que en el fondo esperaba que me hiciera caso. Sé mejor que nadie que no ha pasado buena noche, pero es necesario que venga. Respiro agitadamente y, cuando Bianca sale del baño, la veo acercarse a las bolsas que traje ayer.

—Me voy a cambiar. Tú deberías irte y hacer lo mismo. Nos vemos aquí dentro de... ¿una hora?

La miro sabiendo que tiene razón. Finalmente asiento y salgo tratando de alejarme de ella y de mis extraños sentimientos.

*

Vuelvo a casa de Bianca con todo preparado para el viaje y habiendo mandado ya un

coche con todas las cosas y los vestidos de Bianca a la mansión de campo de los condes. Toco a la puerta y me abre Bianca, que me mira seria y me deja pasar. Lleva uno de los vestidos que le he comprado para el día, aunque su cara sigue mostrando los signos del cansancio de anoche.

—¿Por qué me has comprado ropa interior?

Me mira desafiante y sonrío. Enseguida pierdo la sonrisa; por enésima vez desde que se la compré, me pregunto qué aspecto tendrá con ella puesta, y aún más el deseo que siento por averiguarlo —no soy ciego, me he fijado en las curvas bien proporcionadas que tiene y en lo deseable que es—. Me enfurece porque nunca he sentido esto por una mujer y, de haberlo hecho alguna vez, no lo recuerdo; ni siquiera cuando le pedí matrimonio a Clara me asaltaban estos pensamientos.

—¿Qué pasaría si decidieras meterte en la cama de alguien? ¿Quieres que piensen que tu marido es pobre? —le digo.

—Eres un cerdo. ¿Qué pasa?, ¿no te importa ser un cornudo?

—No. —«Sí, y solo de imaginarla con otro pierdo la razón, pero mejor que piense eso a que se dé cuenta de lo mucho que me afecta su persona».

—Bien, si ocurriera eso, no creo que piensen que eres pobre, sino que eres poco hombre.

La miro sin entender por dónde van los tiros.

—¿Se puede saber por qué pones en duda mi hombría?

—Porque si me acostara con otro, se daría cuenta de que no he estado con ningún hombre. Soy virgen —me dice con el ceño fruncido y desafiante—. Siéntate. Voy a seguir tratando de disimular estas ojeras.

Se aleja y me quedo plantado sin saber qué decir. ¿Virgen? Vale, lo esperaba, pero que ella lo reconozca me ha dejado noqueado. Es tan inocente... y yo, un maldito cabrón.

Me paso la mano por el pelo y me siento a esperar. Al poco sale.

—No lo consigo. Laia me dijo que había algo para las ojeras, pero no lo había necesitado hasta ahora y ayer no me lo compré. Tenía que ahorrar.

—En ese caso, termina lo que tengas que hacer y te acerco a casa de Laia; que ella te deje ese no sé qué para las ojeras. No perdamos más tiempo.

Bianca coge la chaqueta a juego con la falda que lleva. Es un traje de chaqueta elegante y sofisticado. Con él parece la Bianca que era, es decir, la joven de hielo que todo el mundo creía que era. Lo cierto es que, al mirarla ahora, echo en falta su ropa sencilla, que le da un aire más juvenil.

—Vamos.

Salimos y nos dirigimos a casa de Laia. Cuando llegamos, hay sitio en la puerta, e intrigado por la nueva amiga de Bianca, aparco el coche y subo con ella a conocerla, ganándome una mirada de reproche de Bianca por mi atrevimiento.

Nos abre la puerta una chica muy bonita con unos grandes ojos verdes. Primero mira

a Bianca, luego me mira a mí de arriba abajo, y entonces muestra una gran sorpresa.

—Laia, este es Albert. No ha querido esperar en el coche. Hemos venido a ver si me puedes ayudar con mis ojeras —dice Bianca con voz molesta. Me choca que me presente así, sin dar más detalles de quién soy, por lo que intuyo enseguida que le ha contado todo a Laia.

—Encantado de conocerte, Laia.

—Pasad, enseguida te ayudo con el maquillaje. —Entramos y Laia me dice—: Puedes esperar aquí si quieres.

—Claro.

Me quedo en la sala y al poco baja un joven de mi edad, que me mira con unos penetrantes ojos grises.

—Hola. Mi nombre es Adair.

—Me llamo Albert. —Evito usar el título. De hecho, salvo en las fiestas o en mi círculo social, nunca lo uso.

—Encantado.

Al poco bajan otros dos jóvenes y me miran igual de serios. Un poco hartos ya de tanta miradita hostil, les sonrío:

—¿Hemos interrumpido algún tipo de fiesta?

—No, y de ser así, no estarías invitado —me comenta el que tiene los ojos verdes—. Me llamo Ángel. Soy hermano de Laia. Y él es Robert.

Robert me saluda con una inclinación de cabeza y se queda mirándome.

—¿Me encontráis atractivo o qué?

—Solo me preguntaba cómo es posible que Bianca no se diera cuenta de dónde se metía. Se ve a la legua que no eres de fiar —me suelta Ángel a las bravas.

Aprieto la mandíbula enfurecido, pero me fuerzo a sonreír.

—Tienes razón, no soy de fiar, pero eso no es algo que a vosotros os importe. Además, ella ya lo sabe.

Nos quedamos mirándonos retadores hasta que Bianca baja, rompiendo la tensión que se palpa en el ambiente.

—No me habías comentado que te has buscado protectores.

—Son amigos. —Bianca les sonrío y se acerca a Robert, que sonrío en cuanto la ve—. Siento lo de tu abuelo. Espero que se mejore.

—Gracias.

—Me ha dicho Laia que el lunes te traen a tu hermana por la mañana temprano, y que irán todos.

¿Te importaría si...?

—Me gustaría mucho que estuvieras allí tú también.

Veo la sonrisa de Bianca y aparto la mirada, corroído de envidia porque esa sonrisa llena de felicidad no me la dedique a mí. ¿Por qué me afecta tanto?

—Nos vamos. No queremos llegar tarde a casa de los condes.

Me despido de ellos con una inclinación de cabeza y salgo de la casa detrás de Bianca.

—Veo que no has podido ser amable —me dice en el ascensor.

—¿Y cuándo lo he sido?

Bianca me mira sin decir nada. Yo le sostengo la mirada, a la espera de que haga algún comentario. Finalmente desvía la mirada y se concentra en su diminuto bolso.

—Laia me ha dejado el corrector de ojeras por si lo necesitara y me ha explicado cómo usarlo.

—Bien por ti —contesto borde, aún molesto conmigo mismo por mis reacciones.

Salimos del edificio y Bianca me sigue al coche sin decir nada. Mejor, no tengo muchas ganas ahora mismo de darle conversación. Al poco de empezar el viaje, me percató de que se ha quedado dormida y solo entonces cambio mi gesto serio y austero para mirarla, para admirar, aunque me pese reconocerlo, su hermosura. ¿Qué me está sucediendo? Esto no entraba en mis planes cuando la pedí en matrimonio.

CAPÍTULO 9

BIANCA

—Despierta, Bianca, estamos llegando.

Siento la mano de Albert sobre la mía y abro los ojos. Está conduciendo, con los ojos fijos en la carretera, y cuando se da cuenta de que me he despertado, quita la mano y sigue conduciendo hasta donde están los aparcacoches.

Me espabilo del todo y bajo el espejo del acompañante para comprobar si estoy presentable. Veo que está todo en orden y me yergo en el asiento.

—Adiós, Bianca; hola, marquesa.

La broma de Albert no me hace gracia y lo miro seria.

—Estos días quiero que me sigas la corriente en todo.

—No tienes que dudar de mi capacidad, sabré ocupar mi lugar. Ahora soy la marquesa de Lionword, no lo olvido. —No puedo evitar decirlo con frialdad, pues, como bien ha recalado Albert, ahora no soy Bianca, sino una *lady* esposa de un marqués. Lejos quedan las risas viendo películas con mis amigas o mi trabajo en el restaurante lavando platos.

Apenas Albert frena delante de la mansión, los aparcacoches nos abren la puerta y nos hacen una reverencia cuando salimos del vehículo.

—Milord, su padre lo espera en una de las salitas habilitadas para los huéspedes... en compañía del duque. —Me mira y sé que se refiere a mi padre.

—Comunícales que me reuniré con ellos en cuanto acompañe a mi esposa a sus aposentos.

—Marqués... —El mozo duda y finalmente se pone serio y le habla a Albert—. Su padre ha especificado que no podía demorarse, que era importante.

Miro intrigada a Albert y noto como se tensa brevemente.

—Nosotros acompañaremos a la marquesa.

Albert me mira y asiente. Sin decir nada, se marcha, dejándome con la curiosidad de saber lo que quiere su padre con tanta urgencia, y aún más, el mío. ¿Querrán hablar algo de nuestra boda? No tengo ni idea, pero por unos instantes me entran ganas de olvidarme de mi educación y salir corriendo de aquí. No obstante, enseguida recuerdo quién soy y sigo a los empleados de los condes a mi habitación como siempre he hecho, escondiendo mis sentimientos tras una máscara de frialdad, que es lo único que puedo hacer para que la gente no vea lo que pasa por mi mente.

*

Termino de vestirme para el almuerzo y me pongo un poco de corrector de ojeras. Me contemplo en el espejo y no me reconozco. Pero esta soy yo, y tal vez un día Albert empiece a representar su papel de esposo y me corte las alas. Quizás esta falsa libertad de la que estoy disfrutando solo es una broma para demostrarme que siempre estaré bajo el yugo de alguien y que nunca podré decidir por mí misma lo que quiero hacer con mi vida.

Me pregunto si mi padre estará hablando con Albert precisamente de eso; si estará al tanto de que su hija ha estado viviendo en un cuarto cochambroso y estará ufano de poder enseñarme una lección más, pensando que un día volveré y les pediré perdón... De ser así, no me conocen. Sonríó con amargura a mi reflejo, pues aunque desearía que todo fuera diferente, esa es la cruda verdad: no me conocen.

—¿Estás lista?

Me sobresalto un poco al escuchar la voz de Albert cerca de mí. Me doy la vuelta hacia él, preguntándome qué habrá visto en mis ojos mientras me miraba al espejo.

—Sí. Estoy lista.

Me pongo recta y guardo mis emociones bajo un escudo de frialdad.

—Aquí nadie te ve. Aquí puedes ser solo Bianca.

Lo miro atónita, sorprendida de que él haya sabido ver lo que pensaba, y por lo visto él también lo está, pues enseguida se pone serio y se aleja de mí.

—Nos están esperando.

Empieza a abrir la puerta, pero en un arranque de valor, le digo lo que siento:

—Conmigo quiero que solo seas Albert y me gustaría conocer esa parte de ti que ocultas a todos.

La risa amarga de Albert no tarda en llegarme.

—No, no te gustaría. Vamos.

Salgo tras él y coge mi mano para posarla sobre su brazo.

¿Por qué piensa que no me gustaría? Lo miro de reojo mientras bajamos las escaleras. Va impecablemente vestido con un traje informal, pero sin llegar a ser de *sport*. Su seguridad al caminar me traspasa y me aferro a ella para que no mengüe la mía, para no olvidar cuál es mi sitio.

Cuando estamos llegando al salón lleno de invitados, los murmullos se van apagando y todos se vuelven para mirarnos.

—Démosles algo de lo que hablar —me susurra Albert—, ahora que creen que no los hemos visto.

Y sin darme tiempo a pensar o a negarme, posa una de sus morenas manos en mi cintura y otra en mi barbilla y me alza hacia él para que reciba sus labios entreabiertos que esperan un beso de los míos. Cuando los siento, mi mente evoca nuestro primer beso, lo dichosa que me sentí en sus brazos, incluso un poco querida. Creía que él me besaba a mí y no a la *lady* que era. Creí que me veía hermosa y que de verdad podía gustarle, pero todo era mentira. «Igual que ahora», pienso mientras saboreo el dulzor de sus labios, y sé que mi corazón no entiende de teatros ni de actuaciones, sino de sentimientos, y ahora está sintiendo cada instante de este beso. Tonto corazón, que no sabe que la razón tiene las de ganar en esta partida. Tonta de mí, por creer que lo había olvidado.

—Ahora se han callado del todo.

Albert se ha separado y me sonrío. Lo miro seria y entro en el salón cogida de su brazo, tratando de que no vea cómo me ha afectado su beso.

La gente está reunida junto a la puerta de la estancia donde se dará la comida, a la espera de que los anfitriones abran la comitiva. No tardamos en ser abordados por algunos curiosos que se acercan a saludarnos con el único fin de saber más sobre nuestra repentina boda.

—Vaya, parece que las malas lenguas son ciertas —comenta la mujer de un rico empresario—.

¿Para cuándo el bebé?

Me sonrojo y miro a Albert con cara de asesina, pero este sonrío.

—No, no está en estado aún, pero espero que pronto. Yo pongo todo mi empeño en ello, desde luego..., ustedes ya me entienden. —Tanto ella como su marido sonrían y yo aprieto el brazo a Albert para advertirle que mi actuación tiene un límite—. Si nos disculpáis...

Nos alejamos, pero antes de que pueda abrir la boca se nos acerca otra pareja y Albert deja claro que está muy orgulloso de la boda e incita a pensar que nos casamos por amor y que no salimos de nuestro cuarto; solo, como él ha dicho, para lo estrictamente necesario. Enseguida la gente nos mira con otros ojos y saca la conclusión de que somos una pareja de jóvenes enamorados incapaces de reprimir más su amor y, pese a que la mayoría de estos matrimonios fueron concertados, enseguida aflora en ellos la vena romántica y pasan página del incidente.

De pronto, me tenso, pues mi instinto me advierte de la presencia de mi padre. Albert se da cuenta y me pregunta:

—¿Estás bien?

Miro hacia mi derecha y, efectivamente, allí en la puerta están mis padres. Nuevamente la gente guarda silencio mientras mis padres vienen hacia nosotros y nos sonrían. Eso me hace ponerme alerta y dar un paso hacia atrás, pero la habilidosa mano de Albert hace que me quede quieta y que nadie note que he tratado de huir.

—Padres. —Les saludo con una inclinación de cabeza y mis padres me devuelven el gesto, pero se nota la tensión del momento.

Mi padre saluda amigablemente a Albert y, cuando nos llaman a comer, entra conmigo del brazo, dando a entender a todos que aprueban nuestra unión. Ni él ni yo decimos nada, todo es frío y calculado, solo una representación para que todos crean esta vil mentira. Cuando mi padre se va a su sitio después de dejarme en el mío, me pregunto por qué, por qué hace esto. Conozco lo suficiente a mi padre para saber que nunca hace nada porque sí.

Como en silencio, o más bien trato de hacerlo, porque no me entra nada.

—Deberías comer algo. El pescado no es tan fuerte y te sentará bien —me comenta Albert al oído.

—Deja de fingir que te importo —le susurro con una sonrisa para que la gente piense

que estamos diciéndonos confidencias de tortolitos.

Albert me mira, pero no comenta nada más.

Seguimos comiendo. Observo a Albert mientras charla con los que nos rodean. Es un buen conversador, sabe llevar a los demás a su terreno, pero me quedo realmente sorprendida cuando habla de negocios. La forma en que lo hace me da a entender que no es tan inexperto como pensaba.

¿Por qué sabe tanto de negocios? Sé que me dijo que su padre le castigaba obligándole estudiar temas de empresariales que no correspondían a su edad, pero hay algo más. Tengo la sensación de que a Albert incluso le gusta.

Siempre he creído que su padre era el único que llevaba la administración del ducado y de las empresas que tienen pero, al ver cómo se desenvuelve, diría que Albert hace algo más que gastarse el dinero de su padre. Eso explicaría que sus manos no estén tan perfectas, como deberían ser las de un señorito. Hasta ahora reconozco que dudaba de ello.

Cuando terminamos de comer estoy algo cansada, pero hago de tripas corazón y sigo a las mujeres a la sala del té. Nada más entrar me preguntan por mi boda y por mi huida. No les digo gran cosa y, cuando dan por hecho que salté a los brazos de mi amado, no lo desmiento.

Me empieza a entrar sueño y noto un pequeño malestar en el estómago, pero lo reprimo y me siento más recta en la silla para no dormirme.

—Discúlpenme, he sentido la necesidad de venir a por mi esposa.

Me vuelvo al escuchar la voz de Albert y lo veo acercarse a mí con una sonrisa.

—Nada de disculpas. Más bien nos da envidia, joven —comenta una mujer mayor y las demás se ríen por su comentario.

Albert les sonrío y, cuando llega a mi lado, me coge la mano y la pone sobre su brazo.

—Nos vemos en la cena —les dice.

Nos despedimos de ellas y salimos de la sala hacia nuestras habitaciones. Cuando llegamos a la mía, Albert cierra la puerta con llave, yo me separo de él y abandono mi postura erguida.

—¿Qué tal estás? He supuesto que bastante cansada.

Lo miro sintiéndome agradecida por su consideración, pero enseguida me recuerdo que lo hace para conseguir un fin que ignoro.

—Bien. En cuanto me eche un poco de agua en la cara me encontraré mejor.

—Duerme un poco. Yo estaré en mi habitación, por si necesitas algo.

—No me hace falta...

—Bianca, ahora no estás fingiendo ante todos que eres una perfección de decoro. Se ve a la legua que no estás tan bien como me quieres hacer creer.

—Estaré bien para la cena —digo sentándome en el sillón.

—No tienes que asistir si no quieres.

Lo miro extrañada, pues he sentido que lo decía de verdad.

—¿Y no será eso un impedimento para tus planes?

Siento como Albert se tensa.

—Haz lo que quieras, Bianca. ¿Tanto te cuesta creer que tal vez sí me preocupo un poquito por ti? —Y es ese poquito lo que me hace mirarlo de otra forma, y pensar que tal vez sí sea verdad lo que me dice. De ser mentira, no diría que se preocupa por mí, pero no lo ha dicho.

—Descansaré un poco. Lo cierto es que no me encuentro muy bien.

—No has comido nada.

—No me entraba.

—Diré que suban algo...

—Ahora no tengo ganas... pero gracias.

Albert asiente y empieza a irse.

—Si necesitas algo más, estaré al otro lado.

—Tranquilo, estoy bien.

Cuando Albert se va, me siento en la cama sintiendo el peso de mi cansancio, y el de mi corazón, pues cada vez tengo más claro que lo que siento por Albert no es una atracción sin más. De ser así, no me habría hecho feliz pensar que se preocupa por mí, aunque solo sea un poquito.

ALBERT

—Han surtido efecto los comentarios sobre vosotros..., ahora todo el mundo piensa que os casasteis por amor. Qué ilusos. Un hijo mío nunca caería tan bajo.

Mi padre se ríe mientras yo miro por la ventana, ignorándolo.

—Todo está saliendo de maravilla —prosigue.

«Para ti», pienso.

—Sí. Voy a ver si Bianca está lista para bajar.

Mi padre asiente y salgo del salón camino de su habitación. Es casi la hora de la cena y la gente ya ha empezado a bajar. Yo, tras ver que Bianca dormía, decidí irme y no despertarla, pero ahora mismo prefiero volver a mi cuarto a estar cerca de mi padre. Cuando estoy llegando escucho la voz de Bianca.

—Estás genial, Liam. —Me tenso al escuchar la familiaridad con que habla a su exprometido.

Me asomo por la esquina del pasillo sin que me vean y descubro a Liam dándole un abrazo. Pienso en irme, pero me doy cuenta de que eso sería aceptar mis celos y desechar la idea enseguida.

—Bianca. ¿Estás bien? No pensaba asistir a la fiesta anual de los condes, pero al enterarme de que estarías aquí quise venir para ver cómo estabas. ¿Por qué te casaste con él? Solo te hará una desgraciada.

—Si no hubiera sido él, habría sido otro. Mi padre estaba decidido a casarme pronto. Ya era una molestia para él.

—Lamento oír eso.

—No es culpa tuya.

—En parte, sí.

Bianca le sonrío y siento deseos de borrarle su sonrisa. Últimamente no para de sonreír a todo el mundo, menos a mí.

—No te enamores de él, te hará daño. Recuerda lo que te hizo.

—Tranquilo, nunca cometería ese error.

Me enfurezco al escuchar las palabras de Bianca. ¿Tan malo soy?

—Él nunca te daría lo que te mereces.

—¿Y qué es?

—Algo que yo tampoco supe darte. Amor.

Se quedan en silencio, hasta que Bianca dice:

—Nosotros no nacimos para eso, Liam. Yo ya sabía que nunca me casaría por amor.

Observo a Bianca sonreír con tristeza tras su comentario y salgo de mi escondite.

—Bueno, será mejor que bajemos. Por cierto, me tienes que reservar un vals. Esta noche estás preciosa.

—Encantada.

—Yo no lo creo. —Ambos se giran y me miran. Liam me saluda y yo hago lo mismo.

—¿No? Pero eso significaría que te molesta que Bianca baile con otros hombres, que te pone celoso...

Me río por el comentario de Liam.

—Y eso sería una absurda mentira. Haced lo que os dé la gana.

—Bien. En ese caso —Liam coge la mano enguantada de Bianca y la besa—, nos vemos luego.

Liam se va, no sin antes sonreír a Bianca.

—No tenías que haberte preparado para la cena —le digo a Bianca.

—Estoy mejor.

—Si tú lo dices...

Le cojo la mano y la pongo sobre mi brazo. Mientras bajamos las escaleras la miro de reojo: tiene mejor cara, pero está seria; ya no tiene esa sonrisa despreocupada que le dedicó a Liam o a sus nuevos amigos. En el fondo me merezco este trato, me merezco que me odie, pero no quiero que lo haga y estoy cansado de negar esa verdad.

—Estás preciosa esta noche —le digo entre dientes cuando estamos llegado.

—No hace falta que mientas, ahora no nos escucha nadie.

La miro serio y furioso porque no haya sabido ver que lo decía de verdad.

—Tienes razón, para qué malgastar cumplidos.

¿Qué me pasa? «Que no sé ser de otra manera», me respondo de inmediato.

Veo a mi padre saludarnos cuando entramos en el salón, donde se ha preparado un pequeño aperitivo antes de la cena, y nos acercamos a él. Nuevamente, al mirarlo, me veo reflejado en él y, aunque lo detesto, no puedo ignorar el hecho de que somos iguales. Alguien que no fuera como él no hubiera engañado a Bianca... una vez más.

BIANCA

Pasamos a la sala de baile. La cena no ha ido mal, salvo porque ha venido mi exprometido, el conde Cypres, y, cuando me miró, sentí un gran escalofrío recorrerme la espalda. Lo más curioso de todo es que Albert también lo notó y puso su mano sobre la mía, pero cuando me volví hacia él, estaba hablando despreocupadamente con los demás comensales y nadie podía ver su gesto bajo la mesa. Eso me ha desconcertado.

—Por mucho que quieras bailar un vals con Liam, el primero es mío —dice Albert entre dientes llevándome a la pista.

Solo entonces me percaté de que la música ha empezado a inundar la sala. Al llegar, Albert coloca una de sus manos en mi cintura y la otra coge la mía. Me dejo llevar y, aunque no quiera, acabo alzando la mirada y dejo que sus intensos ojos marrones me atrapen. Enseguida sé que es un error, pero la música, su cercanía, su presencia, hacen que pronto me olvide de todo y solo existamos él y yo.

He bailado el vals muchas veces, pero nunca he sentido que encajara a la perfección con mi acompañante. Sus pasos y los míos están unidos por un lazo invisible, como si en vez de seguir nosotros la música, esta siguiera el compás de nuestro baile privado.

Me pierdo una vez más en él y, aun sabiendo lo que puedo perder, me dejo llevar saboreando este momento. Y cuando comprendo que estoy perdida, pese al miedo que esto me produce, me siento libre por reconocer la verdad, tanto tiempo silenciada.

ALBERT

El vals toca a su fin y con el rabillo del ojo veo que alguien se acerca a bailar con Bianca, su padre. La dejo en sus manos, reticente. Aunque me cueste admitirlo, no quería dejar de sentirla en mis brazos. Me ha gustado bailar con ella; mucho, la verdad.

Me despido de ella con una sonrisa y voy hacia la mesa de refrescos, cuando oigo que me llama alguien a quien no tenía intención de volver a ver.

—¿Escapando de mí? —dice Analisa, mi ex amante, caminando hacia mí—. Es una lástima que no me hayas guardado el primer vals. Tú y yo sabemos movernos muy bien juntos...

En otra ocasión habría aceptado su clara invitación, pero hoy no.

—No lo veo así. Si me disculpas...

—No, no te disculpo. Me debes un baile.

Algunos invitados nos están mirando. No puedo rechazarla en público, de modo que la llevo a la pista y empezamos a bailar. No es un vals, pero a Analisa le es indiferente — hace tiempo que se dejaron de guardar las formas en los bailes.

Aunque procuro que no se me acerque mucho, lo hace. Me pregunto si esto puede molestar a Bianca. La busco entre las parejas de baile y la pillo observándome, por lo que rápidamente desvía la mirada. ¿Le molestará?

—Mi esposo no ha venido... —me susurra Analisa como quien no quiere la cosa, y a continuación me dice cuál es su cuarto y se va, no sin antes guiñarme un ojo.

Yo la dejo marchar e ignoro su sugerencia.

Cuando llevo un rato viendo como Bianca es llevada de unos brazos a otros en la pista, me canso de ser un mero espectador y voy a sacarla a bailar; pero entonces veo que Liam se acerca a ella y le pide el siguiente baile, por lo que decido ir a por otra copa y mantenerme alejado. Mientras les observo bailando, mi mente no para de pensar que estuvieron prometidos y que ella se ha pasado toda la vida aprendiendo a ser la mujer perfecta para él...

Salgo de la sala enfurecido cuando la veo sonreír, odiándome por estas ganas que tengo de apartarla de sus brazos. Eso sería declarar abiertamente mis celos y no pienso reconocer tal cosa.

Porque, sea lo que sea, esto no son celos. No pueden serlo.

BIANCA

Hace mucho calor en la sala, así que, tras bailar con Liam, decido salir fuera a tomar un poco el aire.

El frío del invierno me golpea nada más cruzar las puertas acristaladas. Me sumerjo en las sombras del jardín, lejos del bullicio de la fiesta, y respiro hondo para relajarme y eliminar la tensión de todo el día. Me siento en un banco que hay cerca del laberinto floral y disfruto de la soledad y de la tranquilidad de la noche.

No tarda en ponérseme la piel de gallina por el frío. Me sobresalto cuando noto caer una extraña calidez sobre mis hombros y, al volverme, veo que Albert se está sentando a mi lado después de poner su chaqueta sobre mis hombros.

—Estabas temblando.

—Seguro que lo has soñado —niego, pero le sonrío por el gesto. Miro a mi alrededor pensando que lo ha hecho porque hay alguien delante, para quedar bien, pero al no ver a nadie, aún me gusta más.

—Mentirosa.

Le vuelvo a sonreír, pero Albert me mira más serio de lo normal, casi podría decir que sorprendido.

—¿Pasa algo? —Me llevo la mano a la cara, por si tuviera algo en ella.

—No, no pasa nada —responde apartando sus ojos y mirando la noche.

Yo estudio su perfil y, cuando se gira, sé por su expresión que se ha dado cuenta de que le estaba observando. Abro la boca para decir algo y que pase este incómodo momento, pero Albert alza la mano y me acaricia la mejilla, dejándome sin palabras.

—Me gustaría que esto no fuera así... —Lo miro un segundo sin comprender. Enseguida pienso que se refiere a la razón que le llevó a casarse conmigo y le sonrío con tristeza. Aunque me alegre que sienta culpa por esos motivos, no puedo evitar sentir dolor —. Odio... ¡a la mierda!

Agrado los ojos por su exabrupto, pero antes de que pueda decir nada para recriminarle, Albert me sorprende aún más cuando me acerca a él y me besa. Y esta vez no hay ternura ni fingimiento —al menos por mi parte—. Los labios de Albert atrapan los míos y los devoran, los llevan hasta el límite de la pasión. Todos los besos anteriores se quedan en nada comparados con este. Siento su lengua pedir paso en mi boca y, embriagada por esta magia que me transmiten sus labios, la abro y me dejo guiar por su experiencia y mi naciente deseo. Cuando su lengua acaricia la mía, me siento morir de un extraño placer jamás conocido y me acerco más a él, atrevida, queriendo que la poca distancia que nos separa se reduzca al máximo. Quiero sentirlo y hacer que este beso sea eterno. No quiero que sus labios abandonen los míos, nunca.

Albert pone su mano en mi nuca y profundiza aún más el beso; yo lo sigo y mis labios pasan de ser vírgenes a expertos en los suyos.

Cuando Albert pone fin al beso, dejándonos a los dos jadeantes, me doy cuenta de lo

que acaba de ocurrir y me separo de él, mortificada por haberle dicho tanto con mis labios. Por haberme entregado por entero a él.

—¡Ah! Estabais aquí —observo a Analisa aparecer entre los setos del jardín y mirar sonriente a Albert—. Hacéis muy buena pareja.

En ese instante, pienso que Albert debía de saber que alguien venía y me ha besado a propósito, para aparentar que lo nuestro es cierto, pues aquí no teníamos por qué seguir fingiendo.

—¿Qué quieres? —La voz de Albert suena más dura de lo habitual, pero no me vuelvo a mirarlo.

—Hablar contigo, y es de algo muy importante.

—No tengo nada...

—Ve con ella, yo prefiero estar sola —le corto, aun sabiendo que esta es la chica de la que se rumorea que tuvo un lío con Albert.

Albert me mira un segundo y finalmente sigue a Analisa. Me duele verlo irse con ella y me pregunto por qué lo ha hecho, por qué ha tenido que besarme de esa manera. No confío en él, salta a la vista que sigue siendo el mismo mujeriego de siempre, pero ojalá mi corazón entendiera que se está volviendo a enamorar de un mentiroso.

*

No sé cuánto tiempo llevo sola en la oscuridad del jardín. Mis labios aún siguen calientes por los besos de Albert. Sé que debo volver a la fiesta. No tengo ninguna gana de seguir fingiendo que soy una esposa enamorada, pero he de representar mi papel.

Me levanto y me quito la chaqueta de Albert, cosa que debería haber hecho hace rato, pues su perfume no ha dejado de embriagar mis sentidos.

—¡Vaya, vaya, vaya! ¡Menuda suerte la mía!

Me sobresalto al escuchar la voz de mi exprometido, el conde Cypres, a mi espalda, e instintivamente doy un paso atrás por la impresión de verlo, chocándome con el banco. No deberíamos estar aquí solos. Sin embargo, recobro enseguida la compostura y los buenos modales.

—Buenas noches, conde Cypres. ¿Qué hace aquí?

—Salí a dar un paseo, pero nunca imaginé que te encontraría aquí.

Con una rapidez pasmosa para su edad, llega a mi lado y me toma del brazo acercándose a él y aspirando mi aroma. Siento asco y lo separo de un empujón, pero él sonríe.

—Eres tan bonita... Estaba desando que se celebrara nuestra boda para hacerte mía... y acariciar tus cremosas carnes... pero por tu culpa no lo he podido conseguir, y para colmo me has dejado como un imbécil delante de todos.

—Yo... lo siento mucho...

—No lo sientas. Tal vez puedas hacer algo para consolar mi deseo... Ahora que eres

una mujer casada, tienes más libertades. No tengo que casarme contigo para poseerte.

Lo miro asqueada y doy un paso atrás para irme, pero él me toma del brazo impidiéndomelo.

—Si quiero, te tendré. Acabarás abierta de piernas para mí... —Alzo la mano para abofetearlo.

Él me detiene y me dice—: ¿Te parece un mal momento ahora?

—Es usted un ser horrible.

—Sí, eso me dicen a menudo.

Consigo zafarme de su agarre y empiezo a caminar hacia la mansión.

—No lo encontrarás en la fiesta —me dice alzando la voz—. Tu maridito ya se ha cansado de ser un esposo ejemplar y está en el cuarto de Analisa. ¿Por qué no haces tú lo mismo?

Me duele imaginarme a Albert con su amante, pero me repongo y no dejo que vea mi dolor. Me detengo y me doy la vuelta para decirle:

—No vuelva a acercarse a mí, se lo advierto.

—¿No? ¿Y qué vas a hacer para impedírmelo?

En ese momento oigo que alguien me llama y voy hacia la voz sin pensarlo. Al rodear un seto, me encuentro al marqués de Greanplace, el padre de Ainara y de mi antigua amiga de la infancia, Jenna.

—Estás aquí, niña.

Sonrío aliviada al verle y él me coge la mano, la apoya en su brazo y volvemos al salón.

—No deberías andar sola —dice cuando nos alejamos unos pasos del conde, que se ha quedado junto al banco.

—Necesitaba un poco de aire fresco.

—Ten cuidado con el conde, Bianca.

Asiento en silencio, al tiempo que un escalofrío me recorre la espalda al pensar en lo que podía haber pasado. El marqués no parece haberse dado cuenta, pues continúa hablando: —Albert es un buen muchacho. Es una lástima que su padre no quisiera seguir siendo mi socio, aunque con el tiempo me he dado cuenta de que fue una suerte... —Se ríe para restar importancia al comentario—. Dale tiempo para que aprenda a quererte.

Lo miro extrañada y él sonrío.

—¿Te sorprende que no me haya creído vuestro idilio de amor?

No respondo por miedo a que sea una trampa, pero lo dudo viniendo del marqués. Le conozco desde hace muchos años, prácticamente desde niña, y es un buen hombre.

—De todas formas, me alegro por vosotros dos, sea cual sea la razón por la que os casasteis.

Cuando me enteré de que estabas prometida con el conde, traté de disuadir a tu padre, pero no me hizo caso. No te merecías a un hombre así.

—Mi padre solo veía el título...

—... Y el dinero.

Pese a conocer la verdad, me duele oírlo tan a las claras y me invade la tristeza.

—Ya no puedes cambiar tu boda con Albert pero, cuando tengas dudas de si hiciste lo correcto, piensa que siempre podría haber sido peor. Créeme, cuando pase el tiempo, no te arrepentirás de cómo salieron las cosas.

Le sonrío con cariño y él me da unas palmaditas de consuelo en la mano que descansa en su brazo.

Cuando llegamos al salón, me conduce junto a su mujer y a Ainara, su hija mayor.

—¿No ha venido Jenna? —pregunto, al no verla con ellos.

—Ya sabes cómo es mi hija. Nunca le gustó eso de alternar con la alta sociedad — comenta su madre resignada.

—Ella se lo pierde —dice Ainara antes de marcharse con un joven que se ha acercado a pedirle un baile.

Me quedo un rato con los marqueses de Greanplace hasta que decido retirarme a descansar. Ha sido un día muy largo y además estoy cansada de buscar a Albert. Aún no ha regresado a la fiesta y saber dónde está me hace mucho daño. Estoy de acuerdo con el marqués en que todo podía haber sido peor, pero ahora mismo me es difícil imaginar algo peor que sentir como tu corazón se rompe por momentos.

Agradecimientos

En especial a mi prometido y a mi familia, por vuestro apoyo incondicional, por ilusionaros con cada uno de mis logros y vivirlos como propios. Por quererme tanto como yo os quiero a vosotros.

A mi editora Adelaida Herrera y a Click Ediciones por confiar en esta serie y amarla tanto como la amo yo. Y a Mónica Yáñez, por ser tan maravillosa y corregir mis novelas para que brillen con luz propia.

A todos mis lectores y a toda la gente que está a mi lado, por dejaros seducir con mis novelas y vivirlas con la misma intensidad con que yo lo hago cuando les doy vida. Gracias por entender mi mundo y por estar a mi lado. Por vuestros comentarios y opiniones que me ayudan y me animan a querer mejorarme en cada libro.

A todos vosotros, ¡¡gracias por ser simplemente maravillosos!! Y a los nuevos lectores, encantada de teneros a mi lado y de que os unáis a mi pequeña gran «familia».

Nació el 5 de febrero del 1983. Desde pequeña ha contado con una gran imaginación.

Imaginativa y despierta no tardó mucho en empezar a decantarse por el mundo literario, ya que con 9

años empezó a escribir un pequeño teatro y con 12 años escribía poesías y frases

sueñas. Pero no fue hasta los 18 años hasta que «descubrió» el ordenador cuando escribió su primera novela en serio, siendo este el comienzo de su carrera literaria. Desde entonces no ha dejado de escribir y de inventar diversos mundos llenos de magia, fantasía y amor. Publicó una serie de 9 libros de forma gratuita en su blog «Mi error», que cuenta con miles de descargas por todo el mundo y ha conseguido con ello un mayor reconocimiento.

Libros publicados en papel:

- **El círculo perfecto** (Editorial Ambar 2010)
- **Me enamoré mientras dormía** (Editorial Nowe Volution Enero 2014)
- **Me enamoré mientras mentías** (Editorial Nowe Volution Noviembre 2014)
- **Por siempre tú** (Ediciones Kiwi Marzo'15)

Administradora de la web literaria de éxito [«teregalounlibro.com»](http://teregalounlibro.com) que cuenta con más de un millón de visitas.

Además, la autora ha conseguido colocarse en las **primeras posiciones de las listas de más vendidos en Amazon y iTunes** con sus novelas «Me enamoré mientras dormía» y «Por siempre tú» y su novela «Me enamoré mientras mentías» ha sido nominada a mejor novela romántica juvenil este año en club romántica.

Más sobre ella: <http://www.moruenaestringana.com/>

Su frase:

« *La única batalla que se pierde es la que se abandona*»

Y ella no piensa abandonar su sueño.

Próximamente

Queridos lectores,

Esperamos que hayáis disfrutado mucho con la lectura y os animamos a seguir leyendo la serie

«Mi Error». Aquí tenéis los próximos lanzamientos.

Volumen II

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte I (02/02/16)

Mi error fue buscarte en otros brazos. Parte II (16/02/16)

Volumen III

Mi error fue confiar en ti. Parte I (01/03/16)

Mi error fue confiar en ti. Parte II (15/03/16)

Volumen IV

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte I (05/04/16)

Mi error fue enamorarme del novio de mi hermana. Parte II (12/04/16)

Volumen V

Mi error fue amarte. Parte I (03/05/16)

Mi error fue amarte. Parte II (17/05/16)

Volumen VI

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte I (07/06/16)

Mi error fue creer en cuentos de hadas. Parte II (21/06/16)

Serie Mi error

Mi error fue confiar en ti

Parte I

Moruena Estríngana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2016

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la portada, solominvictor / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2016

ISBN: 978-84-08-15136-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y

necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte I*](#)

Moruena Estríngana

[*Mi error fue amar al príncipe. Parte II*](#)

Moruena Estríngana

[*Viaje hacia tu corazón*](#)

Moruena Estríngana

[*Ella es tu destino*](#)

Megan Maxwell

[*Heaven. El hilo rojo del destino*](#)

Lucía Arca

[*La suerte de encontrarte*](#)

Helena Nieto

[*Mariposas en tu estómago \(primera entrega\)*](#)

Natalie Convers

[*La chica de los ojos turquesa*](#)

Jonaira Campagnuolo

[*Mis alas por un beso*](#)

Marta Conejo

[*Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón*](#)

Alexandra Roma

[*Una canción bajo las estrellas*](#)

Laura Morales

[*Suki Desu. Te quiero*](#)

Kayla Leiz

[*Tú eres mi vez*](#)

Judith Priay

Document Outline

- [Dedicatoria](#)
- [Prólogo](#)
- [MI ERROR FUE CONFIAR EN TI. PARTE I](#)
 - [Capítulo 1](#)
 - [Capítulo 2](#)
 - [Capítulo 3](#)
 - [Capítulo 4](#)
 - [Capítulo 5](#)
 - [Capítulo 6](#)
 - [Capítulo 7](#)
 - [Capítulo 8](#)
 - [Capítulo 9](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Biografía](#)
- [Próximamente](#)
- [Créditos](#)
- [Click](#)

Table of Contents

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[MI ERROR FUE CONFIAR EN TI. PARTE I](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía](#)

[Próximamente](#)

[Créditos](#)

[Click](#)